Capítulo 1.

Llevaba trabajando en aquella improvisada enfermería apenas unos seis meses después de la caída del campamento de Cúatin y lo cierto es que no lo echaba de menos pues nos tenían sometidos a todos a un estricto y duro trabajo que apenas daba para dormir tres horas. Me iba moviendo veloz y con facilidad entre los camastros comprobando el estado de los heridos durante la batalla que se desató en dicha caída. Fue una historia larga y personal entre unos y otros miembros de ambos campamentos, unos con razones más nobles que las de los otros, pero sin mucha más historia.

- ¡Bella! – mi nombré sonó en la misma entrada de dicha enfermería.

Mis ojos se movieron en dicha dirección encontrando a mi compañera de trabajo Mafi, traía con ayuda de Roderic, el líder del campamento, a un tipo enorme lleno de tatuajes con una chupa vaquera, este se encontraba balbuceando algo por lo bajo. Terminé de dejar el instrumental en una de las mesas y me apresuré a dirigirme hasta ellos.

- Asegura la cama- me pidió Roderic mientras intentaban tumbarlo, así obedecí y en cuanto lo tumbaron y su cabeza quedó a la altura de la mía, pude comprobar sin ningún problema que se encontraba delirando por la fiebre.

Instantáneamente di un salto atrás y me cubrí la boca y nariz con la manga de mi sudadera, Mafi me miró con comprensión y alzó las manos tratando de calmarme, Roderic sin embargo, me miró como si me hubiera salido un tercer ojo en mitad de la frente.

- Bella, tranquila. - Habló la mujer de nacionalidad ecuatoriana. - No es lo que crees, ha sufrido una infección muy severa por una herida, no tiene nada que ver.

Los ojos de Roderic entonces se iluminaron en entendimiento y creo que, sin pensarlo, dio un paso atrás y desvió un poco su rostro del hombre postrado.

- ¿Cómo estás tan segura? - inquirí.
- Yo misma le he examinado. – La miré, la miré… y tan sólo encontré sinceridad resbalando por sus facciones – Necesito que me traigas antibióticos, suero, aguja e hilo y vendas.

Fue como si saliera de un trance en el que me había sumergido sin buscarlo, di media vuelta y casi corrí en busca del instrumental.

- Mierda… - La oí murmurar, desde mi posición pude ver su semblante preocupado y tan sólo atiné a fruncir el ceño- Roderic, tienes que salir de aquí, ahora. – Su voz era calma pero llena de autoridad, se encaminó hasta mi posición haciéndome una seña y al mismo tiempo que nuestro líder salía ella se ponía guantes de látex- Está peor

de lo que creía, le he retirado los puntos.

- ¿Y? – la insté a continuar viendo que se había quedado muda.
- Hay que removerle el tejido muerto.
- Pero habrá que sedarle. – Mi boca se secó y moví mi vista hacia aquel hombre que apenas cabía en el camastro de lo grande que era.
- No queda anestesia. – Me comunicó en un susurro cuando volvimos junto al tipo.
- Será una broma de muy mal gusto, ¿verdad? – Amagué una sonrisa que se extinguió cuando vi que negaba una sola vez, iba a ser imposible inmovilizar a aquel gigante.
- Habrá que apañarnos como sea.
- Mafi, una cosa es apañar una solución salina y otra esto, - siseé – está febril y el dolor lo va a notar mil y una veces más.
- ¡Ya lo sé! – Bramó y yo callé al ver ~~como~~cómo se llevaba durante un segundo las manos a la cara con angustia, su firme pulso de médico parecía fallarle pues le temblaban a morir las manos. – Pero no queda otra, no podemos dejarlo morir. Hey, Dakota.

El grandullón se removió y abrió levemente los ojos.

- ¿Dakota? – murmuré confusa llamando su atención, sus ojos oscuros y vidriosos dieron con los míos, no aparté la mirada pues vi como sigilosa como un gato Mafi

se puso manos a la obra. - ¿Eso no es nombre de chica? – Intenté bromear, y surtió efecto pues un gorgojo salió de su garganta y sus comisuras se curvaron levemente.

- Suelen decírmelo mucho. – Casi no alcancé a escuchar su susurro.
- Necesitamos que te intentes quedar quieto lo máximo que puedas, sé que va a doler y va a ser complicado, pero tienes que intentarlo. – Habló Mafi a sus pies, fue entonces cuando vi la fea herida que tenía en el zurdo, salía pus a montones y un feo olor me llegaba desde mi posición a la altura de su torso.
- Lo intentaré. – Asintió y volvió a mirarme, en silencio, intenso.
- Bella, necesito que vayas pasándome las cosas.

Comencé a ayudar a Mafi, quien con una delicadeza envidiable comenzó a limpiar el enorme saco de pus que tenía, mientras trabajaba con ella podía notar la mirada de aquel hombre clavada en mi nuca. Cuando llegó la hora de quitar el tejido que se había muerto no pude hacer otra cosa que rezar a algo en lo que no creía y apretar las muelas. Fue inevitable que aquel grandullón estallase en dolor entre gritos, había aguantado como una piedra la limpieza y tan sólo le vi agarrar en un puño la tela de su cazadora.

- ¡Bella, bloquéalo! – ordenó ella, - ¡se está empeorando la herida, si no para quieto puedo destrozarle la pierna!

- Dakota, - traté de hablarle intentando sujetar sus manos a la altura de sus ojos, - tienes que calmarte, mírame. – Pedí, pero él se sacudió mi agarre como si fuera una muñeca de tela y caí sobre su pecho. Gruñí y volví a intentarlo- ¡Mírame! – Entonces si conseguí su atención, respiraba agitado y apretaba los dientes con fuerza. Su ceño fruncido hacia que sus ojos fueran si cabía más oscuro. – Necesito que te quedes quieto unos segundos, es lo que tardará Mafi en eliminar la parte infectada, va a doler, pero tienes que centrarte en otra cosa.

Mientras le hablaba, Mafi había proseguido con el corte y Dakota apretó mis brazos con fuerza intentando aguantarlo. Yo al mismo tiempo mordí mi labio inferior tratando de resistir el dolor que aquello me producía pues, aquel pobre hombre necesitaba aflojar de alguna manera. De un momento a otro, dejo de apretar y sus ojos se cerraron mientras gotas de sudor resbalaban de su frente, al haber perdido el conocimiento yo pude deslizarme hasta la pierna herida y pude ayudar a la mujer a terminar de curarlo. Tras aquello le administramos antibióticos por vía intravenosa y nos centramos en tratar de bajarle la fiebre.

Tras largas horas en la enfermería, tratando y limpiando volví a la choza que se me había asignado. Cerré la puerta a mis espaldas y dejé una hilera de ropa a mi paso en dirección

del baño. Rellené la bañera con agua fría puesto que no disponíamos de caliente, pero aquello era mejor que nada. Me metí y comencé a rascar la suciedad de mi piel y cabello, repasé con suavidad las marcas oscuras que habían dejado los dedos de aquel hombre en mis brazos, el frio contacto del líquido daba dentelladas contra mi piel desnuda, pero por cosas peores había pasado mi cuerpo durante aquellos años…

El agua en seguida cambio de color mientras me sumergía más y más en los recuerdos y cuando menos lo esperé algo tibio resbaló por mi mejilla, mi respiración se entrecortó y rompí a llorar. Me abracé a mí misma en un intento desesperado por mantenerme de una pieza, pero de poco sirvió porque el pasado comenzó a alcanzarme nuevamente.

Nuevamente comencé a notar aquel temor tan conocido… pero ya no era tan intenso, o al menos no tan intenso como antes, no tanto como debería serlo. Cada vez era más complicado encontrar una motivación para despertar al día siguiente, planteándome cada mañana si de verdad merecía la pena. Las cosas seguían doliendo, otras no tanto, ya no pedía ayuda y me hundía yo sola en este mar de angustia. Nada sentía aparte de una profunda frustración y vacío, pues nada importaba y nadie importaba, al menos ya no, pues nada quedaba de aquel mundo de antaño repleto de comodidades y a medio destruir, sólo quedaban estragos como muestra de que aquel caos menospreciado existió en algún momento: Edificios convertidos en escombros,

coches en metal fundido, explosiones por todas partes y risas escalofriantes por sobre los gritos aterrorizados de la gente.

Seguir recordando era… cruel, y con total seguridad sabía que aquello estaba destruyéndome… Pero no podía evitar sentirme tan perdida y rota, con pensamientos tan incoherentes como crudos, tan confusa… Pero ahora no había tiempo para ocuparse por sanar el alma, pues nadie estaba a salvo en este nuevo mundo, uno sin reglas o confianza, en aquel en el que tan sólo el más fuerte sobrevivía. Tan sólo viviría aquel que tuviera más ganas de vivir que ningún otro.

Capítulo 2.

La lluvia caía en cantidades demenciales, salpicaba contra los cristales y formaba hondos y pringosos charcos de barro en los que saltaban los tres niños que había en la comunidad.

A pesar del aguacero, todos seguían con sus labores, en el mecánico, Zak y Parris trabajaban a destajo cubiertos en aceite de motor hasta los codos, los de la torre de vigilia se echaban unas risas mientras tomaban algo que humeaba en sus tazas y en enfermería tan sólo quedaban los heridos más graves junto con Mafi y conmigo. Dakota se estaba recuperando bastante rápido, por lo cual cada vez necesitaba descansar menos los ojos y manteníamos entretenidas charlas.

- Un día de estos te enseñaré a rastrear, veras que es muy sencillo – Me medio sonrió. Dakota era un tipo que no dudaría que alcanzase los dos metros, bastante corpulento, cubierto de pies a cabeza de tatuajes, tenía una barba espesa y el pelo rapado, sus ojos eran oscuros e intensos; tenían un brillo extraño y salvaje, como los de un lobo.
- Eso si salgo de este sitio – Señalé irónica el techo de la enfermería, - cómo puedes comprobar de primera mano, no es un trabajo que puedas dejar desatendido unas horas.

- Pues deberías poder parar y salir cuando te plazca – gruñó. – Sobre todo ahora que vivimos como vivimos.

Aquello último me dejó parada y tensa en mi sitio, me encontraba haciendo una lista para los buscadores sobre lo que hacía falta y lo que no. Carraspeé tratando de romper aquel tenso silencio y volví a anotar en la hoja, notaba sus ojos en mi espalda y no por ello me giré.

- Ya… llamémoslo vivir. – murmuré por lo bajo, pero al parecer no lo suficiente:
- Eso es lo que intentamos, ¿no?
- Yo más bien lo denominaría como supervivencia – me encogí de hombros y me atreví a devolverle la mirada, ésta cada vez estaba más oscura y con el ceño más fruncido.
- Pues yo creo que ahora es cuando puedes gozar con verdadera libertad de tu ‘’ supervivencia’’.
- ¿Sabes? – compuse una tirante sonrisa, pues no me gustaba el rumbo de todo aquello – Yo solamente era una simple veterinaria, no tenía mayor aspiración que dedicarme a los animales, quizá poderme comprar un coche y más adelante una cabaña cerca del campo. – Solté la libreta con el pulso tembloroso y apreté mis puños, - Y ahora… estoy amputando miembros gangrenados de personas, estoy tratándolas como si me hubiera doctorado en medicina y me tratan como si fuera de jodida porcelana porque las personas como Mafi o yo

somos tan escasas que les aterra el poder perdernos. He matado, casi me matan… y es horrible el comparar ambas situaciones porque en una de ellas me he encontrado muchas más veces que en la otra, lo cual no me ha impedido salir de ellas.

- De eso se trata, has sido capaz de salir de cualquier situación, quieres seguir viviendo a pesar de cómo se jodieron las cosas – Su voz cada vez se encontraba más ronca y pude paladear el enfado en su tono de voz – Sigues luchando día a día para salvar a todos los que aquí hacen el cabra como yo, sigues poniendo tu máximo esfuerzo en intentar alegrar las caras a todos los que aquí están sufriendo su malestar físico. Te he estado viendo como apareces cada mañana sin faltar por esa puerta, sin importar que nieve, truene o lo cansada que estés.
- Creo que no estás entendiendo la situación entonces… Creo que en este caso estoy actuando demasiado bien… - Mi mirada comenzó a cristalizarse y empecé a temblar de rabia – A pesar de haber sobrevivido al caos que se desató con el virus, a pesar de sobrevivir a los Radicales en varias ocasiones, a pesar de seguir día a día aquí…– Limpié con rapidez y brusquedad la rebelde lágrima que se escurría por mi mejilla–Aún sigo preguntándome cada día porque tendría que levantarme, sigo buscando algo a lo que aferrarme al acostarme.

- Espera – Vi como amagó con levantarse y yo di un paso atrás, temerosa de su siguiente paso, pues era la primera vez que admitía cosas tan crudas en voz alta. - ¿Estás hablando de lo que creo que estás hablando?

Tardé unos segundos en tratar de tomar aire y reordenar las ideas en mi cabeza, unos segundos en los que el silencio habló por sí solo. Iba a contestarme, pero entró Mae a buscar la famosa lista, se dio cuenta tarde de mi acelerada respiración y de la cabreada mirada de Dakota:

- Hola, Bella… Venía a por la lista – Volvió a mirarnos a ambos una vez más - ¿interrumpo algo…?
- Por supuesto que no – Me apresuré en contestar, me aparté el mechón de pelo rojizo que caía sobre mis ojos y me volví hacia el cuaderno, lista para explicarle todo aquello que era prioritario y lo que convendría tener. El grandullón mientras tanto optó por recostarse nuevamente y darnos la espalda en silencio, cosa que en el fondo agradecí. – A todo esto, de camino hacia aquí, de casualidad no te habrás topado con Mafi, ¿verdad?
- Sí, iba a hablar con Roderic sobre la infestación de esos lunáticos en el barrio de hostelería.
- ¿Pinta mal la cosa? - no pude evitar preocuparme, pues se estaban esparciendo rumores por la comunidad de que aquellos fanáticos de la tierra

estaban atacando a cada vez más campamentos, y una cosa es estar cansada como lo estaba y otra que aquellos personajes volvieran a ponerme un cuchillo en el cuello.

- Pues creo que no va muy bien… - Bajó un poco la voz y se acercó confidente a mí- Creo que Roderic está pensando en una locura del calibre de tratar de pactar con ellos de alguna manera.
- Será una broma – Negó con la cabeza y me pidió que me acercara:
- Además, creo que quiere incluso dar una charla luego por la noche sobre que se han acabado las matanzas…
- Pero… - Traté de refutar, pero ella se limitó a encogerse de hombros, - por eso Mafi va a hablar con él – Saqué en claro.
- Eso creo – Asintió – Pero tampoco me hagas mucho caso, Bella, ya sabes cómo son los rumores, ¿recuerdas el juego de teléfono escacharrado?
- Igualito… - coincidí.
- Bueno, pues yo aquí ya he terminado – Me sonrió guardando la hoja en uno de los bolsillos de su chaleco – Que se te haga amena la tarde.
- Tened cuidado ahí afuera. – Me despedí.

Una vez que Mae salió de la enfermería, el silencio se volvió pesado, mis ojos no hacían más que dirigirse a la espalda de Dakota, pero opté por conveniencia por continuar así. Traté a los otros dos heridos que reposaban allí y cuando terminé, para no estar quieta, me puse a dedicarme a las tareas más minuciosas,

como la limpieza del lugar o la recolocación de todo el instrumental, los medicamentos, etc…

El grandullón en todo aquel tiempo no se había movido un ápice, y eso me mosqueaba, no hablaba y apenas le escuchaba respirar. Por más que intenté distraerme, mis ojos acababan en el mismo lugar. Mafi irrumpió tan repentinamente por la puerta que pegué un histórico bote, iba emanando rabia por todos los poros de su piel y daba fuertes pisotones a su paso.

- Hola – Saludé con suavidad, tanta que se descolocó durante unos instantes - ¿estás bien…?
- Bella… - Suspiró, - Lo cierto es que no, y no me gustaría pagarlo contigo…
- ¿Quieres hablarlo?
- No… - oteó el lugar y volvió su castaña mirada hacia mí – Veo que todo está bastante bien, ¿mucho tiempo libre?
- Algo así. – Miré al suelo, sin querer hablar de aquello, pareció entender la indirecta y asintió.
- Vete ya si quieres, en una o dos horas Roderic quiere hablar con todos. Deberías ir, yo me voy a quedar aquí.
- ¿Es sobre los Radicales? – Ella se tensó y la vi apretar con fuerza los dientes.
- Vete, Bella – me confirmó con la mirada.

Tras una última mirada a la chaqueta vaquera de Dakota y un suspiro, salí de enfermería hacia mi choza. Estaba segura de que lo que iba a escuchar de nuestro líder no me iba a gustar nada, tampoco sabía si podía confiar en el silencio del grandullón por lo que mi cabeza

cada vez comenzó a hundirse en aquella oscuridad que conocía bien. De camino, escuché hablar a la gente sobre Roderic, sobre los lunáticos que querían matarnos a todos y cada problema que acarreaba el campamento. La lluvia terminó de calarme en el momento en el que llegué a cruzar el umbral de mi ‘’ hogar’’, la vida en aquel momento me estaba pesando como nunca lo había hecho. El revolver de mi cintura empezó a quemar llamando mi atención, las lágrimas rodaban y volví a pensar en todo aquello que había perdido.

Me dejé caer sentada en la cama y los recuerdos volvieron a filtrarse, el comienzo de todo, la sangre, el fuego y los gritos… Mi mente viajó a mi hermano pequeño, lo recordé nuevamente luchar con todas sus fuerzas hasta el último momento, hasta el último aliento. Cuando quise darme cuenta mi diestra estaba sosteniendo con fuerza el arma, y por un instante de puro impulso me lo llevé a la boca. Cerré los ojos con fuerza y pude paladear el sabor del acero, pude sentir hormiguear mis dedos y fue entonces cuando me percaté de en qué punto me encontraba. Lancé lejos la pistola y traté de respirar, pues tal y como había pensado mil y una veces, nunca había pedido seguir viviendo.

Sabía que debía canalizar todo aquello hacia alguna parte si no quería que me terminara matando … Los gritos de ~~Roderic~~Rodero en el exterior por sobre la lluvia me hicieron espabilar y frenar el llanto en seco, tal y como una máquina, limpié mis lágrimas con rapidez

y eficacia, salí al exterior a escuchar al líder temiendo explotar, pues me sentía como una bomba inestable. Le vi subirse a una pila de troncos justo entre el taller y la enfermería, de la cual, asomaban Mafi, a mala gana y Dakota junto a su amigo Ángel. Pude sentir la mirada de aquel corpulento hombre sobre mí, pero no me molesté en devolvérsela, no me sentía capaz de volver a componer la careta de que todo estaba bien.

- Amigos – Empezó Roderic – Sé de buena tinta que se han ido corriendo rumores, de todo tipo. No me andaré con rodeos, creo hablar en nombre de todos cuando digo que ya hemos pasado por demasiado dolor, por demasiadas pérdidas y caos. Necesitamos reconstruirnos, tratar de volver a dar vida al mundo, y con guerras absurdas no conseguiremos nada, tenemos que tratar de volver a ser una sociedad civilizada y cuerda, con principios. Tenemos que intentar acabar con todo aquello, juntos. He tenido unas breves palabras con el líder de los Radicales y están de acuerdo en terminar con esto siempre y cuando no atentemos nada contra ellos y consigan una serie de beneficios, teniendo en cuenta de que todos sabemos de quienes hablamos, creo que es un maravilloso y enorme avance. Creo que merece la pena y que podemos conseguir el propósito de lo que os estaba hablando, creo que es un principio para volver a vivir. ¡¿Quién quiere volver a vivir?! – Alzó su puño al

aire y prácticamente toda la comunidad se emocionó y comenzó a vitorearle, fui capaz de ver cómo Mafi volvió dentro echando humos y como Ángel y su colega negaban con la cabeza, los mecánicos abuchearon, pero apenas se les escuchó.

Y como bien había dicho, tenía dos opciones:

Podía matarme, sería lo más fácil y cobarde, pero estaba preparada para ello, llevaba estándolo tiempo.

O bien podía empezar a vivir tal y como había sugerido Dakota, podía canalizar aquella rabia que sentía, aquel vacío, aquella tristeza… Podía terminar con toda aquella locura tal y como había sugerido Roderic, de una manera mucho menos pacífica y apostándolo todo a una sola carta, pero mucho más efectiva y justa.

Podía acabar con los Radicales.

Capítulo 3.

Podía sentir aquella rabia pulsando en mi interior, ese fuego tan conocido que llevaba consumiéndome toda mi vida, incluso mucho antes de que el mundo se acabase. Podía paladear el veneno que estaba tratando de tragar y las ganas de acabar con todo, con los Radicales, con el propio Roderic por su maldita ignorancia, con Dakota por mirarme fijamente desde la enfermería…

El sentimiento que me estaba sacudiendo en aquel momento era tan enfermizo como familiar, nunca quise dar rienda suelta a esa parte salvaje y monstruosa de mí que daba crueles dentelladas por salir a la superficie, siempre priorizaba el sentimiento del prójimo.

Y ahí estaba de nuevo, tratando de ahogar esa voz en mi cabeza que suplicaba que la dejase tomar el control de una buena vez, apretando puños y dientes traté de serenar la respiración centrándome en la lluvia que seguía cayendo sobre mí.

El agua resbalaba por cada centímetro de mi cuerpo y con cada pequeño soplo de aire conseguía hacerme estremecer, la ropa se ajustaba a mi cuerpo de manera indecorosa y trataba de sacudirla de cuando en cuando de manera inútil y ridícula. Escuchaba a la gran mayoría del campamento celebrar la ‘’paz’’, los gritos y festejos me rodeaban y comenzaban a agobiarme, pero juro que

trataba de concentrarme en cualquier otra cosa que no fuera el temblor de todo mi cuerpo.

- ¿Estás bien? – Una voz ronca me habló en un murmullo, fue tanta la suavidad con la que me habló que no pude evitar sobresaltarme y salir de la vorágine de caos en la que me encontraba.

Dakota estaba bajo la lluvia, calándose hasta los huesos y malamente recargado sobre una muleta casera que le había fabricado hacía unos días. Sus ojos oscuros escudriñaban cada centímetro de mi cara, cada pequeño gesto que hacía, cada ligero pestañeo.

- No deberías estar aquí – fruncí mi ceño contrariada, cortando el contacto visual y dirigiendo mi vista a su pierna herida, adelanté un paso para ayudarle a entrar de nuevo en el edificio, pero interceptó mi muñeca y me obligó a mirarle nuevamente.
- No me has contestado.
- Y no creo que seas nadie para exigirme nada. – gruñí zafándome de su agarre de un solo tirón, tardé unos segundos de más en darme cuenta de que la rabia acumulada en mi interior estaba encontrando una vía de escape y Dakota parecía tener una enorme diana en la frente, inspiré profundamente tratando de calmarme bajo la atención de sus ojos – Lo siento, no estoy teniendo uno de mis mejores días… Por favor, deja que te ayude a llegar hasta

allí. Hay mucho lodo y podrías resbalarte.

Vi la duda pintada en su cara, pero no rechistó, me dejó pasar su brazo sobre mis hombros y lentamente fuimos avanzando en dirección a la enfermería, mi cabeza no hacía más que bullir entre disparatados planes de exterminar a todo y todos, de mandar al mundo a arder, destruirlo tal y como él había hecho conmigo.

Tras llegar a la camilla que se le había asignado y dejarle sentado, me puse a buscarle una muda seca y limpia en uno de los armarios que había justo al lado de la entrada.

- Lo siento – repetí sin girarme y continuando en la búsqueda de algo que pudiera valer al gigante de dos metros que aguardaba en silencio – No, no estoy bien… Te prometo que no soy así, supongo que a todos nos cambió el hecho de que el mundo se terminase... Normalmente soy todo sonrisas y buenas palabras, pero hasta el más cuerdo necesita tener un día de locos. – Reí sin gracia.

No fue otro que el silencio el que me contestó, y ahí estaban las secuelas de mi rabia… La culpabilidad. Comencé a martirizarme por ser así, por no saber controlar la lengua, la ira… Pensé en los mil millones de cosas que podía estar pensando, en lo que podía estar sintiendo, en lo que **yo** le podía haber hecho sentir.

- No necesitas disculparte, como bien has dicho, no todos los días podemos aguantar el peso del mundo con una sonrisa… Y creo que tú lo has hecho incluso cuando no te tocaba, creo que llevas guardando todo eso demasiado tiempo, creo que ni tú sabes exactamente cuánto. – No me atreví a girarme ni siquiera cuando encontré una sudadera de su talla y la mantuve entre mis manos. – No creo que seas mala persona si es lo que está pasando ahora mismo por tu cabeza, ni mucho menos me has hecho sentir mal… Tampoco es que yo sea el tipo más simpático del mundo, menos entiendo de sonrisas y buenas palabras. Pero cada que te miro solo veo una cosa – encerré la prenda en prietos puños y mis latidos se aceleraron – y no es a una persona que quiere quitarse la vida, veo una bomba de relojería a punto de estallar. Como ya te dije, te he estado observando… veo como hasta la simple acción de abrir un bote de suero hace que pierdas los nervios, como se te oscurece la mirada cada que algo te contraria, el tic en tu boca a la hora de escuchar los problemas ajenos de los que aquí nos encontramos. De eso si entiendo, de esa sensación de querer tumbar una pared a puro golpe, de ese monstruo que te pide que lo liberes a cada puto segundo que pasa… No puedes estar en un momento mejor para hacerlo, tú misma lo has dicho, el mundo se ha acabado, ya no

hay reglas. Explota de una buena vez sin temor a que nadie pueda juzgarte, déjate llevar por ese demonio que te está devorando viva. ¿Qué te impide liberarlo?

- ¿Y si no hay marcha atrás? – conseguí musitar en un hilo de voz. - ¿Qué haría entonces? – Y en un osado movimiento le encaré, contemplé sus facciones: sus marcadas ojeras; la cicatriz de su ceja derecha; la nariz de asimetría perfecta y ligeramente torcida, seguramente por alguna pasada rotura; sus ojos negros como una noche sin luna; los finos y ligeramente rosados labios que sobresalían por entre su barba. Y por entre todos sus rasgos, no encontré malicia ninguna, ni siquiera cuando esbozó una pequeña sonrisa.
- Vivir y puedo enseñarte como si tú me dejas.

Capítulo 4.

El aire soplaba con fuerza aquella mañana, los niños jugaban a tirar piedras al mar que quedaba a espaldas del campamento y yo aproveché a sacar a Dakota de la enfermería para que le diera un poco el sol y ejercitase su pierna.

Aproveché a dar un rápido vistazo al enorme hombre que me acompañaba, tuve que forzar la vista hacia arriba puesto que me sacaba dos cabezas y media. Se encontraba serio, tenía el ceño levemente fruncido y se concentraba en apoyar el pie herido de manera correcta. No pude evitar el preguntarme porque al final él encajaba tan bien conmigo, por qué solo terminaba por abrirse conmigo y como le pillaba mirando la puerta esperando que entrase por ella.

Vi como echaba un leve vistazo de soslayo pillándome de lleno, aparté mi vista lentamente de él dándole a entender que no me importaba que me hubiera visto, cerré los ojos y aspiré lentamente el aire puro y salado del lugar. Decían que no había nada como el mar para que cualquier tipo de mal sanara, no sabía si era cierto, pero desde luego que ayudaba.

Solté mi cabello y mis rizos rojizos bailaron al son de cada soplo caprichoso del viento, como si fuera un huracán de fuego a mi alrededor, noté como con suavidad cogió un mechón de pelo y lo metió tras mi oreja, me atreví a

volver a mirarle y de repente me sentí pequeña bajo esos dos pozos negros, más de lo que ya era de por sí.

- Un mundo por lo que piensas. – Murmuró.
- ¿Por qué siempre me buscas? – rebatí mucho antes de siquiera poder pensarlo dos veces.
- Hay algo en ti que me llama, no sé si es esa fiera que escondes dentro de ti o la dulzura que tanto te esfuerzas que siga latiendo en ti.
- Dijiste que me enseñarías a rastrear. – Traté de cambiar de tema con velocidad, apartó su mirada de mí y suspiró por las napias.
- Y lo mantengo, tengo mucho que enseñarte… Sobre todo, ahora que al lunático de Roderic se le ha ocurrido esa gilipollez de la tregua con los Radicales.
- ¿No estás de acuerdo con ello? – Arqueé una ceja en su dirección con curiosidad, aunque me veía venir su respuesta con antelación.
- Ni de coña – bufó – Me parece ridículo que a estas alturas intentemos razonar con esos asesinos, esos tarados, esos… - apretó los dientes con fuerza y se apartó de mí con ayuda de la muleta. – Tienes que aprender a sobrevivir fuera de aquí – habló tras unos segundos en los que lo único que se escuchó fue la marea y las risas de los niños mientras jugaban – Esta tontería de la ‘’paz’’ no va a durar demasiado y tenemos que estar listos.

- ¿Para contraatacar? – alcé una ceja y vi cómo negó riéndose entre dientes.
- Para ser los primeros en salir de aquí en cuanto la cosa se ponga fea.

Iba a contestarle cuando la sirena de la entrada atrajo la atención de todos, mi boca se cerró de golpe al igual que la mano de Dakota sobre mi brazo para acercarme más a él. Los niños se fueron corriendo en dirección a sus madres en completo silencio, mi corazón comenzó a saltarse los latidos de dos en dos y el sudor se alojó en mi nuca a pesar de que no era época de calor.

- Tenemos que ir a ver qué es lo que pasa – Adelanté un paso, pero volví atrás por un seco tirón de Dakota quien me miraba como un lobo.
- A mí me da mala espina. – habló con voz ronca.
- ¿Y no será mejor estar prevenidos sabiendo que es lo que pasa? – objeté encarándole.

Estuvimos enfrentándonos con la mirada unos segundos hasta que con un gruñido me soltó dando un seco asentimiento en dirección a la entrada, le ayudé a caminar hasta allí pues todavía no podía caminar bien él sólo y se cansaba.

Cuando conseguimos llegar al camino de tierra que nos guiaba hacia los edificios principales el silencio era sepulcral, tan sólo se escuchaban un par de voces charlando en la lejanía, nos fuimos abriendo paso entre la multitud que parecía estar

petrificada, para cuando alcanzamos a estar en primera fila pude sentir a Dakota tensarse como un palo a mi lado y apretujarme con fuerza contra su cuerpo, creo que lo que intentaba era hacerme desaparecer de allí, sacarme de la vista de aquel grupo que acababa de entrar.

Como ya había mencionado, no estábamos en la época calurosa y aunque el día de hoy la temperatura era agradable, no lo era tanto como para ir sin camisa como lo hacían nuestros invitados. Iban cubiertos de pies a cabeza de cicatrices y con cabellos largos y trenzados en su mayoría, todos ellos destilaban un aura de peligro y locura que ponía los pelos de punta, la expresión facial que portaban todos y cada uno de ellos era una mezcla entre burla y superioridad. Pero cuando llegué a posar la vista en Roderic fue que entendí el mutismo. Allí junto con nuestro líder de campamento no estaba nada más y nada menos que Salvador, cabecilla de los Radicales.

Capítulo 5.

La sangre comenzó a latir tras mis orejas con ritmo, la ira comenzó a desaparecer todos y cada uno de los pensamientos coherentes que podía haber tenido, como si fuera una bruma rojiza fue avanzando lenta e inexorablemente por todos y cada uno de mis miembros. Mis muelas se apretujaron entre ellas hasta que chirriaron cuando le vi palmeando la espalda de Roderic en gesto de colegueo, no estaba para nada preocupado por la turbación que había desatado a su alrededor, estaba de lo más relajado riéndose por algo de lo que hablaban y que yo no pude escuchar. Por un momento pude visualizarme corriendo hacia él con mi pistola y acabando de una buena vez por todas con el rey del miedo.

No fue otra cosa que el apretón de Dakota que me hizo volver en sí a medias, pude ser consciente del temblor de mis manos, que digo de mis manos, de todo mi cuerpo. Temblaba de pies a cabeza y sudaba a mares al tratar de contener la rabia acumulada, pero el colmo fue cuando al girarse a admirar la comunidad en la que vivíamos su mirada cruzó con la mía.

Sus ojos eran de un color azul impresionante, pequeños y llenos de malicia, sus facciones eran muy marcadas y con el pelo trenzado parecía un auténtico vikingo. Vi cómo lentamente se le dibujaba una sonrisa y asentía en mi dirección:

- ¿Ella es la otra doctora?
- Así es, Bella. – Asintió sumiso Roderic, quien extendió una mano en mi dirección, - acércate y saluda – me instó con un movimiento.

Yo me limité a mirar fijamente el gesto de mi líder en total silencio hasta que su brazo fue cayendo lentamente, Salvador entonces prorrumpió en carcajadas. Pude sentir a Dakota inclinarse en su dirección, como si tuviera intención de tirarse contra él y yo me posicioné al frente para aplacarlo.

- Parece que se le ha comido la lengua el gato a esa doctora tuya. Puedes acercarte que no muerdo… si no me lo pides, claro… - rio Salvador.

Juro que pensé en ser una buena chica, pero estaba tan cansada de que todo el mundo me tomara por tonta… Estaba tan cansada de los comentarios asquerosos que se hacían hacia mi persona, que, por un momento, sólo pensé en soltar al monstruo, aunque sólo fuera aflojarle la correa.

- Aquí estoy bien, gracias. – hablé con la voz más ronca de lo que esperaba, traté de mantener bajo control los temblores de mis manos entre prietos puños. – Y si vuelves a hablarme de esa manera me aseguraré de que sea la última vez que muerdas algo.
- Vaya, vaya… Pero si habla, ¡y tiene pelotas! – rio mientras aplaudía y su séquito de locos le seguía.

- Salvador, yo… - Trató de disculparse Roderic, pero vi cómo levanto una mano groseramente y le acalló.
- ¡Ella me gusta! – me señaló con el índice – pero, aunque me guste tu lengua, Bonita, igual si vuelves a hablarme de esa manera me encargaré yo mismo de cortártela. – Desvió brevemente su mirada a mis espaldas y se dio media vuelta sin decir nada más

Iba a contestar, pero sentí la agitada respiración de Dakota en mi nuca y supe que estaba justo tras de mí gracias al calor que emanaba su cuerpo en la distancia, no tuve que darme la vuelta para sentir el aura de advertencia que estaba emanando, supe que me estaba flanqueando sin yo pedirlo y aquello aplacó a mis demonios colmándolos de agradecimiento y de un sentimiento que no sabría explicar.

- Venimos a oficiar la paz, en equipo tal y como acordamos en una pasada reunión vuestro querido Roderic y yo. Pero una paz duradera no puede darse sin unas reglas, las reglas son las que permiten que todo funcione como un reloj. A partir de ahora, nosotros os aseguramos que no habrá más ataques a cambio de una división de todos y cada uno de vuestros recursos, creo que es algo justo. La seguridad se paga, y ese es nuestro precio, de momento…
- Creo que es algo que mejor deberíamos discutir a solas, Salvador – murmuró Roderic.

- Y yo creo que es algo que toda tu gente debería saber, ¡vamos, viejo! – Exclamó – Te estoy ahorrando el trabajo de luego tener que maquillar, mentir y romperte la cabeza por encontrar la manera de decírselo.
- Pero… - una sola mirada bastó para acallarlo definitivamente.
- Hemos deliberado sobre la cuantía de suministros y creemos que la mitad de todo lo que tenéis o que podáis ir recabando en futuras expediciones es algo más que justo. De hecho, creo que estamos pecando de altruismo… Por supuesto, como gesto de buena fe, os dejaremos una semana para que podáis poneros al día antes de hacer la primera recogida.
- ¡Pero no nos será suficiente para alimentar a todos! – estalló alguien a mis espaldas, estaba tan impactada con la noticia que no atiné a girarme a ubicar la procedencia de la voz.
- Entonces priorizar a los que de verdad necesitan comer, pero creo que esa gestión ya incumbe a vuestro jefe… Abraham – dio un chasquido de dedos y uno de los hombres más grandes que le acompañaban caminó en nuestra dirección sin ninguna dubitación.
- ¡Hey!, ¿qué te crees que estás haciendo? – rugí cuando me apartó de un empujón, desestabilizó a Dakota y me apresuré a ayudarle a que se mantuviera en pie.

Sacó agarrando de la melena a María, una de las cocineras del campamento, ella chillaba revolviéndose entre lágrimas, pero no la soltó hasta que la arrojó a los pies de su líder.

- Por favor, tengo una niña pequeña – suplicó entre sollozos, arrastrándose hacia Salvador.
- Como ya dije, hay unas reglas y no se van a empezar incumplir el primer día. No toleraré ninguna falta de respeto hacia mí y mi gente es considerada una extensión de mí, en este caso – adelantó un paso hacia la morena que se hacía una bolita en el suelo presa del pánico. – Podría propinarte una paliza que haría que olvidaras hasta tu nombre, - mi cuerpo se tensó y si no nos hubiéramos estado agarrando mutuamente Dakota y yo, tengo por seguro que alguno hubiera hecho algo.
- Roderic – habló Mafi, suplicante por que parase aquella locura, éste, sin embargo, desvió la mirada hacia otro lado.
- Sin embargo, - comenzó nuevamente Salvador – como bien has señalado, tu campamento no va a gozar de medicamentos sobrantes para tratarte ni de comida para alimentarte… así que como el último acto de generosidad del día les solucionaré el problema – Y de un solo movimiento, sacó su machete del cincho y le cortó la garganta.

Capítulo 6.

Habían pasado unas horas desde que los Radicales se fueron del campamento tras intercambiar una charla con Roderic a solas. Me encontraba en la puerta de la cabaña del líder, trataba de controlar los nervios mientras esperaba porque me comunicasen cual sería mi escarmiento, mi primer instinto según salieron los tarados por la puerta no fue otro que hundirle el hocico a Roderic de un sonoro y seco puñetazo.

Aquella bestia que ocultaba en mi interior había tomado el control y recuerdo más bien poco del momento, sólo recuerdo una voz desde el fondo de mi cabeza exigiéndome el control y estaba tan abrumada con aquella escena que simplemente se lo cedí a la bruma rojiza que invadía mi cerebro. Según me contó más tarde Mafi, había saltado de entre los brazos de Dakota tirándole al suelo en el proceso, y me había abalanzado como un animal sobre nuestro cabecilla y que no había sido un puñetazo, dijo que le había dado una soberana paliza y que nadie intervino porque pensaban que en parte la merecía.

Lo siguiente que recordaba era a Dakota alzándome entre sus brazos, separándome de un Roderic lloroso y cubierto de escarlata, recordaba los murmullos y los gritos horrorizados de los críos, el inconsolable llanto de Paola, la hija de la difunta María. Entre Zac y Ángel se llevaron en volandas a Roderic en

una carrera a la enfermería y al grandullón arrastrarme en dirección el mar nuevamente. Entre todo aquel caos que no entendía no pude tener un pensamiento menos irracional que el de admirar las zancadas que daba sin la muleta y conmigo a cuestas, como si estuviera como nuevo.

Nos quedamos en silencio observando a las olas morir en la orilla, el sol calentaba cada vez más y Mafi apareció al cuarto suspiro que abandonó mi boca diciendo que requería de manera urgente.

En aquel momento, miré mis manos aún con sangre seca y mis nudillos destrozados, estaba totalmente ajena a todo ello, era como si aquel dolor que sentía en mis manos no debiera pertenecerme, como si me hubiera apropiado del cuerpo de otra persona pues no me sentía cómoda en mi propia piel, no me sentía yo.

Los gritos en el interior cesaron y entonces la puerta se abrió de un golpe dejando ver a una sombría Mafi, me hizo una señal con la cabeza que interpreté como un: ‘’entra’’.

Yo apretujé una mano contra la otra y tragando saliva obedecí en total mutismo, en el interior se encontraba un Roderic de mirada furibunda postrado en su cama de gran tamaño, nada que ver con la mía hecha completamente de hierro y un fino colchón que parecía una esterilla de yoga. Le habían lavado y curado, pero eso no conllevaba que tuviera mejor aspecto… estaba totalmente hinchado, tenía ambos ojos morados y conseguía mirarme a través de finas rendijas,

la nariz estaba rota, el labio y la ceja derecha tenían puntos, se le veía que le costaba respirar y se agarraba el costillar izquierdo por lo que apostaría que algo más ocultaba bajo la camisa verde oscuro que llevaba puesta.

- ¿Y bien? – Graznó al ver que nadie abría el pico.
- ¿Y bien qué? – respondí, pues no sabía muy bien que decir.
- ¡¿Qué coño es lo que ha pasado?! – exclamó, compuso una mueca de profundo dolor y respiró entrecortado tratando de recuperarse.

Me encogí en el sitio y cavilé, podría decirle aquello que quería escuchar, podía arrastrarme un poco por complacerlo, pero no recordaba nada de lo que tuviera que estar arrepentida, no podía pedir disculpas por algo que no sentía…

- Yo creo que está en shock, Roderic – Trató de aplacarlo mi compañera de enfermería – Ella no es así de violenta, tú lo sabes… Ella es dulce, tierna como un gatito. ¿Recuerdas cuando la encontramos entre la batalla del campamento de Ciga? – continuó en su intento de hacerle entrar en razón – Estaba echa una bola en el suelo, se le marcaban todos y cada uno de los huesos… Estaba tan débil, parecía tan pequeña…
- Y la debilucha me ha apaleado como a un perro – gruñó.
- Lo que quiero decir, es que las circunstancias la han llevado a entrar en

un shock, ha sido una escena muy dura, Roderic. No creo que fuera siquiera consciente de lo que estaba haciendo, ¿verdad, Bella?

Alcé los ojos y miré en su dirección, cerré mis manos en puños y no pude evitar la mueca de dolor al hacerlo ya que me estaban matando los nudillos abiertos, miré entonces al líder y me limité a asentir, no me sentía con ánimos de decir nada.

El silencio se hizo pesado durante los siguientes segundos en los cuales ninguno apenas respiraba, las tablillas del suelo se me hicieron repentinamente interesantes y comencé a contarlas: 1,2,3…

- Aun así, no podemos dejar esto suelto - …12, 13, 14… - Vas a pasar unos días en aislamiento - …20, 21… -, te vamos a racionar a lo justo las comodidades como la cabaña, la comida, medicamentos… - … 24… - vas a hacer turnos dobles en cualquiera que sea el trabajo que se necesite y veremos sin con el tiempo vuelves a ganarte la confianza, entonces y solo entonces, empezaras a ir recuperando los privilegios de los que disponías. ¿Eso sí lo entiendes? – masculló entre dientes, volví a asentir sin mirarle a los ojos. – Quiero que quede claro que no te echo del campamento porque nos haces falta en la enfermería, pero ten claro que, si hay algo que no me guste, estaré más que encantado de que me pongas una sola excusa para poder hacerlo.

Tragué saliva y miré de reojo a Mafi, estaba tensa como un palo, pero tampoco se atrevía a abrir la boca en aquel momento, la tensión se podía cortar con un cuchillo de untar mantequilla.

- Ahora iros a tomar por culo de aquí, no quiero ni veros a ninguna de las dos. – Rodó sobre sí mismo en la cama y se tapó hasta la cabeza con la manta al tiempo que emitía un pequeño gemido dolorido.

Capítulo 7.

Los días que me mantuvieron en aislamiento fueron lentos, horribles y de mucho pensar.

Volví a pensar en el día en el que todo acabó, empezaron con noticias en la televisión poniendo en alerta a todo el país, decían que era un simple virus y que todo pasaría rápido, que no llegaría hasta nosotros, que estaba en la otra punta…

La risa fue que en seguida nos vimos todos en confinamiento domiciliario, ‘’por precaución’’. Creímos hasta la última mentira que nos contaban por las noticias, creímos de verdad que solo era una simple gripe pasajera, creímos que no pasaría de un par de semanas… La cosa se fue poniendo cada vez peor, el virus mutaba y nadie sabía a ciencia cierta de donde había salido, nadie sabía nada, pero sacaban vacunas a diestro y siniestro con cada variación de la enfermedad, se enfrentó el mundo entero pues unos temían y se las inyectaban y otros trataban de desmontar el bulo de las mismas, se hacían llamar los *Puros* al no haberse contaminado con la mierda que llevaban… Y puede que algo de razón llevasen puesto que la tasa de mortalidad no hacía más que dispararse, siguieron con el juego de las vacunas y las guerras civiles durante un año completo hasta que se observaron las primeras infecciones en animales, comenzaron a evolucionar hasta llegar a casos ridículos como el ciervo con tres astas en mitad de la

frente. Los animales se volvieron agresivos y con claras muestras de una inteligencia superior, organizaban estrategias para cazarnos, nos devoraban o simplemente nos masacraban.

Y de la nada, todos y cada uno de los políticos o cualquier tipo de dirigente del mundo desaparecieron. Salieron documentos en los que se explicaba que había sido un plan muy elaborado para exterminar a gran parte de la humanidad, se destapó un estudio sobre la escasez de recursos naturales del que disponíamos y que al haber tanto consumidor iba a ser del todo inviable llegar a vivir diez años más. Crearon el virus en un laboratorio para poder hacer uso de él cuanto quisieran, modificarlo al antojo en el caso de que el sistema inmunológico consiguiera aniquilarlo… Y todo aquel poder en un mundo regido por la corrupción fue demasiado, pues todos querían ser los reyes de todo y todos.

Al no contar con gobierno o autoridad el caos se desató, los gritos, el fuego y las explosiones fueron todo lo que acunó al mundo al completo durante dos largos años… Hubo entonces a algo a lo que temer mucho más que a los animales infectados o al mismo virus, los Radicales.

Aquellos psicópatas eran los mismos que se hacían llamar Puros, decían adorar a la madre tierra y odiar al rebaño denigrado y vacunado que siguió a ciegas unas ordenes de los de arriba, o de los que creíamos que estaban arriba. Su lema era fácil: O te adaptabas a su

fe o no eras digno de vivir en el ‘’nuevo mundo’’.

En lo referente a mí, al principio me costó aceptar la realidad y la nueva vida que me esperaba, pero conforme fue pasando el tiempo y fui perdiendo gente entré en un automático estado de supervivencia, por el enemigo no eran los Radicales, ni el gobierno, ni los animales ni el virus… El peor enemigo estaba dentro de cada uno de nosotros.

Capítulo 8.

Cuando salí de la pequeña habitación en la que había estado a oscuras y sin tener ningún contacto humano todo parecía diferente, el campamento parecía cubierto de densos nubarrones oscuros y todos tenían el gesto ensombrecido por la preocupación y el miedo. Nadie se percató de que yo había vuelto a mis labores en la enfermería o de que me partía el alma cargando pesadas cajas llenas de latas y provisiones que traían de las expediciones.

No encontré a Dakota por ningún lado y Mafi me comunicó que había mejorado bastante durante mi ausencia, tanto que había cargado su mochila y se había esfumado prometiendo volver. Yo sabía que no iba a hacerlo, nada le ataba a esta pesadilla de lugar y mucho menos aun cuando me confesó que planeaba hacerlo en cuanto la cosa se pusiera fea. Pero una pequeña parte de mi aún estaba esperanzada por que volviera por mí.

Los Radicales llegaron puntuales el día que tocaba recoger su parte, hubo silencio, hubo lloros y desesperación en el aire al ver que todos nuestros esfuerzos se iban con tanta facilidad por la puerta y entre risas de aquellos malnacidos. Yo solo podía mirar mis puños con cicatrices y callos gracias a todo lo que había trabajado y tragar el veneno que parecía consumirme.

Ángel, se dedicó a tratar de enseñarme cómo sobrevivir según él a pedido de Dakota: me

enseñó a golpear correctamente para hacer más daño al oponente que a mí, a encender una fogata con escasos recursos, a identificar plantas comestibles, a ser más sigilosa que un gato…

Y a pesar de tener el día tan lleno de tareas y trabajo, cuando llegaba a la manta en la que dormía en la propia enfermería no conseguía conciliar el sueño ni, aunque lo implorase. Por más exhausta que estuviera mis tripas se retorcían queriendo devorarse a sí mismas del hambre que estaba pasando en aquellas últimas semanas, trataba de engañar al cerebro bebiendo toda el agua que podía, pero aquel señuelo duraba bastante menos de lo que me gustaría.

Sólo conseguía dormir una vez que perdía el conocimiento por puro agotamiento, pero tampoco descansaba gracias a las horribles pesadillas que me perseguían:

‘’ El mundo a mi alrededor estaba en completas llamas y nadie parecía darse cuenta, el terror resbalaba por mi cuerpo en forma de pequeñas gotas de sudor, mis resuellos apenas alcanzaban a satisfacer la necesidad de oxígeno que demandaban mis pulmones. A mi alrededor todo estaba borroso, pues las lágrimas dificultaban la visión; los gritos de nuestro líder eran estremecedores, pues estaba igual de aterrado que todos nosotros, se debía de sentir como un verdadero imbécil, pues la traición a la que nos había condenado a todos escocía.

A unos metros de mí, también arrodillado, podía ver a Dakota, habían pasado muchos meses desde que había marchado del campamento, pero pude darme cuenta de que aquella electricidad que fluía entre ambos no había hecho otra cosa más que potenciarse. Sus ojos chispeaban ferocidad, su cuello se encontraba tenso y las aletas de su nariz se movían de manera rítmica; me sostenía la mirada al tiempo que podía casi con total claridad leer en su frente como trataba de buscar una salida.

Los tres niños contados, no hacían más que llorar separados de sus madres, quienes les observaban con impotencia y dolor. A nuestro alrededor, los radicales cantaban, reían y chillaban, estaban contentos, como para no estarlo con digno sacrificio que iban a hacer.

Por más que quisiera apartar la mirada de él, no podía. Ni tan siquiera cuando escuché sollozar a la gente a mi alrededor. Mis manos se volvieron prietos puños cuando al fin, mis muelas se apretaron al encontrar el miedo y la impotencia en su negro iris, y mis ojos se humedecieron al encontrar por sobre esta total determinación. Estaba dispuesto a sacrificarlo todo, a pesar de cuantísimas veces le había hecho daño o las veces que habíamos chocado al ser dos bombas de relojería, tal y como él nos había descrito. La sonrisa que me dedica me desarmó por completo, pues lo hacía sin maldad y con todo el cariño que sólo él y yo íbamos a entender.

Y después de inhalar despacio… supe que no podía, a pesar de tener el cuerpo totalmente

agarrotado por el frío de la noche, el pánico y la confusión. Supe perfectamente en qué momento fui totalmente consciente de que no podía permitir aquello, que no sería capaz de verlo caer. No a él…

Así que reuniendo valor como pocas veces lo había hecho a lo largo de mi vida, empujé a Salvador lejos de Dakota. El hombre que me había devuelto las ganas de vivir la vida me observó horrorizado y negó con la cabeza boqueando un par de veces sin que ningún sonido consiguiera salir de su boca. Dos de los Radicales le sacaron de escena, su líder se levantó encolerizado en mi dirección. Fue entonces cuando me di cuenta de que el sacrificio había pasado a ser yo, y no por las súplicas de Dakota. El machete se alzó a la altura de mi estómago y silbó cuando cortó el aire. El chapoteo que se escuchó una vez que extrajo de mi cuerpo de un solo movimiento me sacó el aire de un golpe, lo que sentí al ver mi sangre gotear y manchar todo a mi alrededor iba más allá de un dolor, podía sentir mis latidos cada vez más arrítmicos golpear en mis oídos, a mi alrededor todo se volvió confuso… La gente me miraba, pero no decía nada, palpé con desconcierto el agujero que se abría camino a través de mí. La mano me brilló en tonalidades escarlata y sabía que eso que se escurría fuera de mi cuerpo era la vida. Mi instinto me invitó a conectar la mirada con la de Dakota, se veía totalmente colapsado, destruido, las lágrimas ya no rodaban y se limitó a caer de rodillas sin fuerzas o preocupación por las probables heridas que desencadenaría con ello.

Intenté sonreírlo, porque a pesar de no haber sentido un dolor como aquel jamás, sabía con total certeza que volvería a recibir mil más como aquel, sólo porque él viviera. Así que, en un acto de orgullo o estupidez, encaré a mi asesino y di mi mejor grito de guerra esperando el próximo.

- Bella – mi nombre resonaba en mi cabeza, había estado tan aturullada con aquel espectáculo que tarde un momento en darme cuenta de que realmente la que me hablaba era Mafi – Bella, despierta. ‘’

Y de un golpe me incorporé, respirando agitada y asustando a mi compañera de trabajo que se apartó justo a tiempo para que no le golpease inconscientemente.

Capítulo 9.

Estaba sudando de la carrera que llevaba desde hacía una hora, Ángel quería que aumentase mi resistencia y eso es lo que llevábamos trabajando desde hacía cuatro días. Tuve que parar en un momento dado fuera de su vista para inclinarme y vomitar lo poco que tenía en el estómago, dado que Roderic seguía aún molesto conmigo con suerte me proporcionaban una comida al día, y con todo el trabajo que llevaba aguantando era imposible mantener el ritmo, había adelgazado muchísimo y mis costillas cada vez estaban más visibles. Mafi y Ángel me pasaban a veces algo de alimento a escondidas, pero ni con eso era suficiente, pues con lo poco que los Radicales nos dejaban había mucha gente que estaba en mí misma situación.

Ángel paró su carrera a un par de metros de mí para darme mi espacio y recomponerme, limpié con el dorso de la mano mi boca y me forcé a respirar notando el ardor en la garganta por el esfuerzo.

- Te están matando, Bella – gruñó y dio un puntapié a una piedra pequeña, la mandó a volar hasta casi dar contra un árbol. – Están intentando que te marches o que revientes y mueras.
- No van a poder conmigo – traté de darle una sonrisa, pero por la cara que puso creo que más bien fue una mueca.

- No hay más que mirarte… Estás que das lástima.
- Vaya, gracias – reí sin gracia y sacudí el polvillo de mis pantalones.
- Podríamos marcharnos, buscar a Dakota…
- No sabemos dónde está – mascullé cortándole, estaba escocida por aquella especie de abandono al que había jugado, nos había dejado en lo peor y sin mirar atrás. – Además, ¿dónde pretendes ir? – alcé una ceja y abarqué mis alrededores con los brazos – No creo que haya algo mucho mejor que esto.
- Cualquier sitio es mejor que esta mierda, aquí nos tienen sometidos a una especie de esclavitud y allí fuera por lo menos podríamos decidir nosotros mismos como es que queremos morir.

Iba a replicarle, pero no encontré más que motivos para darle la razón y aquello me daba miedo, me aterró el hecho de plantearme el volver allí afuera porque sabía perfectamente lo que nos acechaba a las puertas del campamento. Un escalofrío me recorrió todo lo largo de la columna y no tuve de otra que darme la vuelta dispuesta a marcharme, pero su mano se cerró alrededor de mi muñeca.

- No vas a estar sola, sé que es aterrador volver allí, pero te aseguro que deberías tener mucho más miedo de lo que hay aquí dentro.

Un suspiró salió de entre mis labios y se escucharon las enormes puertas abrirse en la lejanía, me zafé del agarre de Ángel y

encogiéndome de hombros en gesto de disculpa empecé a andar de espaldas haciendo un gesto de despedida con la mano:

- Deben haber vuelto con provisiones para descargar y almacenar, me vuelvo al curro – le di un asentimiento.
- Puedo echarte una mano, terminé con mis tareas antes de encontrarme contigo.
- No quiero darle más motivos a Roderic para cabrearse – negué con rapidez – y menos aún ponerte en su punto de mira, además, como tú ya has dicho, terminaste tus tareas – le sonreí. – Descansa un poco.

Se rio negando con la cabeza, pero volvió a ponerse tan serio tan rápido que llegué a pensar que lo había imaginado.

- Prométeme que lo pensarás.
- ¿A qué te refieres? – me hice la tonta y miré hacia otro lado.
- Bella… - fue su turno de suspirar.
- Está bien, Ángel, prometo pensarlo. – hice una pausa mientras boqueaba – Pero no creo que vayas a escuchar lo que te gustaría – hice una mueca y él sonrió.
- Con que lo valores me es suficiente, por el momento claro… No te retengo más, ¡no te esfuerces demasiado, Bella!

Me despedí con la mano y eché a andar en dirección a la entrada de manera apresurada pues no quería que empezasen a descargar la mercancía sin mí y que llegase a oídos de

Roderic. Mis tripas rugieron como un animal y yo no pude más que acunar mi estómago con la mano con una mueca en la cara, me llevaban doliendo desde hacía varios días debido al escaso alimento que las proporcionaba.

Cuando llegué al camino embarrado principal, me sorprendió bastante no ver a Mae por ningún lado, tampoco los camiones, ni Mafi husmeando entre las cajas. Sin embargo, lo que si vi fue una espalda ancha y fuerte escondida bajo una chupa vaquera, vi una cabeza rapada que quedaba bastante más alta que la mía, vi una motocicleta bastante conocida aparcada a su lado, vi sus familiares tatuajes y cuando se giró y nuestras miradas conectaron, vi sus ojos negros como la boca del lobo. La electricidad entre ambos empezó a zumbar y mi piel se puso de gallina ante la irremediable e inexplicable atracción. La respiración de ambos se volvió trabajosa, pues no lo había admitido en voz alta, pero tenía total certeza de que él estaba sintiendo exactamente lo mismo que yo.

No sabía si había vuelto por mí, por su amigo, o por su promesa, pero Dakota había vuelto.

Capítulo 10.

Mi primer impulso había sido el salir corriendo hacia él, como un imán que atraía al acero, con fuerza e inevitable. Mis piernas acalambraban entumecidas, quejándose de más ejercicio extra, el calor resbalaba por mis poros en gotas de sudor, un calor que no era por el esfuerzo físico, era un calor que emergía de dentro, de lo más profundo de mis huesos. Dakota se había girado por completo en mi dirección dispuesto a acogerme entre sus enormes brazos y de hecho se encontraba avanzando en mi dirección cuando noté mi gesto arrugarse al sentir la neblina rojiza de la rabia adormecer cualquier pensamiento coherente, el monstruo daba dentelladas y me consumía por dentro, sentí fiebre y como una fuerza que no sabía que poseía impulsaba mis músculos volviéndolos de piedra.

Cuando llegué a su altura, el segundo impulso no fue otro que lanzarme a golpearle como si me tratara de una profesional de la lucha libre. Puse en práctica los movimientos y la potencia aprendida en las últimas semanas, Dakota totalmente desconcertado cayó al suelo conmigo encima como si fuera una autentica fiera salvaje.

- ¡Bella! – exclamó tratando de parar mis puños que no hacían más que esquivarle y en un momento hilarante no pude más que pensar que me había vuelto extremadamente rápida y

escurridiza, de hecho, me vitoreé al ver cuán bien le encajaba los puños en el mentón. - ¡Bella, detente! – su voz ronca no conseguía disuadir aquel sentimiento en llamas que me escocía en el pecho.

Me había abandonado, me había dejado aquí tirada como si fuera un chicle y pretendía volver como un puto héroe al que debía besar el suelo que pisa.

- Eres una mierda, ¡eres una puta basura! – siseaba entre dientes, la bestia no hacía más que alabarme y ronroneaba con cada impacto que conseguía alcanzar ya fuera a puro golpe o arañazos.
- ¡¿Bella, que crees que haces?! – los gritos a mi alrededor comenzaron a envolverme y no fue que entre Zak y Ángel que consiguieron quitarme de encima, Dakota se incorporó con Mafi observando sus heridas. Orgullosa vi cómo le había partido el labio y le había puesto el ojo izquierdo del color de los arándanos, el cuello de su camiseta se había dado de sí con el forcejeo y de su nariz también goteaba sangre. Me revolví entre los brazos de aquellos quienes me sujetaban tratando de llegar de nuevo hasta él, pero fue en vano pues me tenían bien cogida.

Dakota se sacudió de encima a Mafi con un gruñido y se puso en pie, me observó con los ojos más oscuros que había visto en mi vida, pero ni aquello me aplacó, mi cuerpo tiritaba adrenalina y le enseñaba los dientes como un

auténtico animal. Las respiraciones de ambos eran igual de trabajosas y a mí me rascaba la garganta por el frío y la rapidez con la que entraba el aire en mis pulmones.

- Esperaba una bienvenida más calurosa. – Se atrevió a abrir la boca y yo me retorcí tratando de llegar a él y volver a partírsela.
- Entonces eso es porque no te he calentado bien todavía, ¡suéltame!
- ¡Bella! – gritó Mafi tratando de hacerme entrar en razón, desvié brevemente mi vista hacia ella y encontrarla con el semblante horrorizado - ¡Tienes que calmarte!
- Estoy harta de calmarme y de tragar, ¡nos abandonó en el peor momento! – la rebatí en un gruñido - ¿a nadie le importa ese hecho?
- Ha vuelto… - empezó a decir ella cuando el propio Dakota la cortó:
- He vuelto tal y como prometí, he vuelto a por ti y …
- ¿Por mí? – estallé a reír cual loca – Yo no necesito un puto príncipe azul que me salve de nada ni nadie, necesitaba que hubieras estado aquí y no que hubieras salido huyendo como un perro apaleado con el rabo entre las piernas. ¡Dilo! – le grité - ¡Di la verdad! – le encaré y traté de volver a sacudirme a Zak de encima – Te cagaste y huiste.
- ¿Qué hui…? – su voz bajo varios tonos y su mandíbula se encajó al mismo tiempo que sus puños se cerraron.

No fue ni siquiera cuando se irguió tratando de intimidarme, ni cuando avanzó dos pasos hacia mí que volví en sí. Fueron unos aplausos y unas risas las que me sacaron de aquel torbellino de ira. Al volver mi mirada en la dirección de precedencia pude notar la tensión en todos y cada uno de nosotros, hubo un momento en el que ya no sentí aquella llama que me consumía y sí que sentí un frío calarme hasta los huesos.

No era miedo, pero si impresión lo que sentí cuando descubrí que habíamos tenido un espectador silencioso, Salvador me miraba como si me tratara de una rara reliquia y se relamía los labios como si estuviera contenido un hambre voraz.

- Ya dije que me gustabas, pero chica, eres una autentica caja de sorpresas.

Dakota se interpuso entre ambos con su enorme cuerpo y tan sólo pude ver su ancha espalda cubriendo mi campo de visión.

- ¿Qué te parece, Roderic? – mi cuerpo se tensó al comprender que el líder había presenciado toda la escena también – Tú que creías que sería yo quien acabaría con vuestro campamento… Y resulta que tenéis al lobo entre las ovejas.

Capítulo 11.

El silencio del bosque era distinto al del campamento. Allí, el aire pesaba menos, pero no por eso se sentía más liviano. Era un silencio vivo, cargado de respiraciones escondidas, de pasos furtivos entre la maleza y de ramas rotas por algo más grande que los humanos. Había aceptado la patrulla por pura rabia. Roderic quería mantenerme alejada del grupo, Dakota había intentado hablarme una vez más antes de partir, pero ni siquiera le había devuelto la mirada. La furia se me acumulaba en el pecho como un veneno espeso, y necesitaba un enemigo al que clavarle los dientes. Cualquier cosa que no fuera ese hormigueo de frustración bajo la piel.

Caminaba al frente del grupo. ~~Eramos~~Éramos cuatro: un novato que no hablaba, una chica de mirada nerviosa llamada Yael, un explorador experimentado que siempre olía a aceite rancio, y yo. A los pocos minutos de internarnos en el bosque, ya había perdido la paciencia con todos. El explorador hablaba demasiado, Yael pisaba ramas como si buscara llamar la atención de todo lo que viviera en la zona, y el novato se tropezaba con su propia sombra. Sin decir una palabra, me adelanté, adentrándome sola entre los árboles.

Sabía que me seguirían de lejos, por miedo o por respeto. O por ambas. No me importaba.

Caminé sin rumbo claro, siguiendo la tensión que me recorría los músculos, jadeando como una bestia herida, como si el aire quisiera escapar de mis pulmones en lugar de quedarse a mantenerme viva. El ardor de mi garganta se mezclaba con el de mis nudillos aún enrojecidos, pero no me arrepentía, ni un poco. Sentir sus huesos bajo mis puños había sido lo más parecido a la paz que había experimentado en mucho tiempo, y eso me aterraba.

El bosque se hacía más denso y oscuro a medida que avanzaba. Los rayos de sol apenas atravesaban las ramas entrelazadas y la humedad se pegaba a la piel como un sudor antiguo. Entonces, lo sentí antes incluso de poder verlo. Un olor. No era carroña ni sangre fresca. Era un aroma agrio, a madera podrida y carne quemada, un hedor que evocaba la muerte. Me agaché, lenta, como si mi propio cuerpo supiera que algo la estaba observando. Un crujido, dos metros a mi izquierda. Otro, a mi espalda, entonces lo escuché.

Un gruñido. No humano. Profundo. Hueco. Un sonido que no debería existir.

Me detuve de golpe, el cuerpo alerta, el instinto rugiendo bajo la piel. Mi vista recorrió los árboles hasta que lo vi:

Al principio pensé que era un ~~ciervo~~ciervo, pero no por ello mi corazón ralentizó su marcha, puesto que su forma era errónea. Las patas eran largas y huesudas, la piel colgaba en jirones en algunos lugares. La cabeza tenía astas, sí, pero sus ojos brillaban con un fulgor azul imposible. Y la boca… no era la boca de un herbívoro. Era una doble mandíbula abierta hasta la garganta, repleta de dientes finos como agujas.

No me moví, quedándome petrificada. El ciervo tampoco. Nos miramos y sentí como mi pulso latía con violencia, pero no de miedo. Era otra cosa. Una necesidad primitiva.

El ciervo chilló. Un sonido agudo, antinatural, que hizo vibrar las hojas. Y luego se lanzó.

Eché a correr.

El terreno era irregular, embarrado. Tropecé una, dos veces. Me corté las palmas con las ramas. Pero no paré. El monstruo —la bestia nacida de este nuevo mundo podrido— venía tras de mí, lanzando chillidos que hacían temblar los pájaros.

Caí y rodé por el suelo, sentí el aire cortar mi mejilla cuando las astas pasaron a escasos centímetros. Me incorporé con un salto. No pensé. No hubo estrategia. Solo instinto y un oscuro deseo de probarme. De ver si ese ser podía hacerme sangrar. Desenvainé el cuchillo oxidado de su cinturón y corrí hacia él. Chocamos con brutalidad y caímos, nos revolcamos por el barro y las hojas entre gruñidos, gritos y resoplidos. Le clavé el cuchillo en el cuello. Una vez. Otra. Otra. Gracias a la sangre se me escapó de la mano, pero mis dedos encontraron una piedra y golpeé

El ciervo chillaba, pero no me por ello me rendí. Me embistió con las patas traseras y sentí que me rompía por dentro, me sacó todo el aire de golpe y se me oscurecieron los bordes de mi visión, pero no por ello paré. Volví a tomar la piedra y se volví a embestir con todas mis fuerzas, con mi cuerpo vibrando con una energía que no reconocía. Golpeé, con fuerza, con rabia, con desesperación. Le di en la mandíbula deformada. Chilló. Volví a golpear. Una, dos, tres veces. No sabía qué hacía. Solo sabía ~~que~~que, si no lo mataba, me mataría a mí.

Y por primera vez, no estaba dispuesta a morir. La criatura se convulsionó. Sangre negra, espesa como alquitrán me salpicó el rostro. Y entonces, silencio.

Cuando su cabeza cedió con un crujido húmedo, algo dentro de mí también se rompió. Me quedé allí, de rodillas, cubierta de barro y sangre —de él y mía—, jadeando como una salvaje. Sentí el sabor metálico en la boca.

Respiró hondo. Sentada sobre el cuerpo tibio de la criatura, cubierta de barro y sangre —de él y mía—, jadeando como una salvaje. Sentí el sabor metálico en la boca notando que todo mi cuerpo temblaba. No de miedo. Sino de una euforia que no había sentido nunca. Cerré los ojos y sonreí, algo en mí había muerto. Algo que no sabía si podía o quería recuperar.

Cuando regresé al grupo, Yael gritó. El explorador intentó hablarme, pero solo lo miré. Nadie dijo nada, solo me dejaron pasar.

Al llegar al campamento, el silencio fue total.

Mafi me vio primero. La palidez de su rostro me habría hecho gracia otro día. Ángel se acercó, pero algo en su mirada titubeó. Como si no supiera si abrazarme o sacarme el arma que no llevaba.

Dakota no estaba. Mejor. No quería verlo. No ahora. No aún.

Y entonces apareció él. Salvador.

Apoyado contra una de las columnas del almacén, los brazos cruzados, la sonrisa apenas curvada. Su mirada recorrió mi cuerpo como si supiera exactamente lo que había hecho. Como si lo hubiera estado esperando.

—Vaya, Bella… —dijo, su voz ronca como grava—. Has sobrevivido al bosque. A uno de ellos. ¿Y todo tú sola?

No respondí. Me limité a cruzar frente a él, hombros tensos, mirada al frente. Pero sus palabras me persiguieron como ecos venenosos.

—El mundo necesita bestias como tú — añadió, casi susurrando.

Lo odié por entenderme. Pero lo odié más porque una parte de mí… también lo entendía a él.

Todos se apartaban de mi camino. No hablé con nadie y entré a mi cabaña cerrando la puerta. Al mirarme en el espejo roto de la pared, no me reconocí.

Y por primera vez, me gustó lo que vi.

Esa noche no dormí.

Soñé con ojos deformes, con sangre en la lengua, con fuego lamiendo mis pies mientras caminaba entre ruinas. En el

sueño, Dakota me llamaba. Pero su voz era cada vez más lejana.

Y Salvador me esperaba, entre las llamas.

Capítulo 12.

El fuego no estaba en mis sueños esta vez. Estaba en mi pecho.

Desperté empapada en sudor, con las sábanas pegadas al cuerpo, y una furia que no se había calmado en absoluto. El aire me sabía a óxido, la boca me dolía de tanto apretar la mandíbula mientras dormía. Me incorporé lentamente y el reflejo en el espejo volvió a mirarme. Esa chica —esa versión de mí misma— tenía los ojos más oscuros. No solo por las ojeras o el barro seco aún adherido al cuello. Era otra cosa. Era como si hubiera nacido una nueva bestia en mi interior… y cada día creciera un poco más.

No pude dormir. Otra vez.

Me quedé tumbada boca arriba, los ojos abiertos como platos en la oscuridad densa de la cabaña, con las tablas de madera vibrando suavemente al ritmo del viento. Podía oír a alguien toser a lo lejos, pasos hundiéndose en el barro, un perro

que ladraba con desesperación a la nada. Pero en mi cabeza solo estaba él. **El ciervo**.

No dejaba de verlo. Sus cuernos retorcidos, como raíces saliendo de un árbol podrido. Su piel colgando en jirones. La mirada hueca. El movimiento lento, torcido, como si su existencia doliera. Pero había algo más... algo que me inquietaba más que su apariencia. **La furia**. Aquel animal, aquella aberración, no había nacido para morir. Había nacido para aplastar. Para gritar. Para vengarse del mundo que lo había escupido.

Y yo…

Yo sentía lo mismo.

Con el corazón golpeando como un tambor en mi pecho me quedé un rato sentada, temblando, observando mis manos. Me dolían los nudillos desde la pelea con Dakota, pero eso no era lo que me hacía estremecerme. Era la sensación —insoportable y excitante— de que algo dentro de mí **estaba cambiando**.

Al amanecer, antes incluso de que el sol rompiera la línea del horizonte, ya estaba entrenando. Corrí hasta que me sangraron los talones. Golpeé sacos improvisados hasta que los nudillos se abrieron en carne viva. **No era entrenamiento. Era**

exorcismo. Y lo necesitaba como el aire. Como el fuego.

Ángel apareció en algún momento. Me observó desde la distancia un rato, y luego se acercó con cuidado. Sus pasos eran suaves, sus gestos amables. Me ofreció agua, pero yo ya había bebido de mi propia rabia.

—Bella… —empezó con voz baja, como si temiera que una palabra equivocada me hiciera estallar—. No tienes que destrozarte así.

No le respondí. No porque no quisiera, sino porque **ya no tenía palabras** para lo que sentía. Solo había impulsos. El deseo de destruir. De romper. De quemar.

Lo miré de reojo, mi sombra se alargaba hacia él por la luz del amanecer y ~~atisbe~~atisbé como su mano temblaba un poco.

Ángel dio un paso más. Lo sentí dudar.

—No tienes que hacerlo sola. Estoy aquí, ¿vale? No estás sola.

Lo miré por fin directo a los ojos. Y por un segundo, vi cómo se le helaba la sangre. Como si hubiera visto **algo que no quería ver en mí**. Algo que antes no estaba y que ahora se asomaba a mi

mirada, y lo cierto es que, me vi reflejada en sus pupilas y no me reconocí.

—Esto es lo único que me mantiene cuerda. —susurré, con la voz ronca y los labios partidos—~~.Lo~~—. Lo demás, no sirve de nada.

Se quedó quieto, tragando saliva. Quería decirme algo más, lo sé. Pero no se atrevió.

Me fui antes de que abriera la boca. No quería oír consuelo. Ni bondad. No me servían. No me bastaban.

Pasó el día y no paré. Me moví como una bestia enjaulada por el campamento, buscando excusas para hacer más, levantar más peso, pelear con cualquiera que dijera algo que no me gustara. Horas después, pasé por la zona de carga. Estaba todo en silencio, menos por el crujido de unas maderas mal apiladas. Allí estaba **Mafi**, sudorosa, con los rizos pegados a la frente y la espalda encorvada bajo el peso de una caja.

Al verme, se irguió con dificultad. Me escaneó de arriba abajo. Entonces soltó la caja con un golpe seco contra el suelo, se secó la frente con la manga y me dijo:

—No sé qué estás haciendo contigo misma, Bella… pero si te miraras desde fuera, te darías miedo. Te estás apagando

por dentro y nadie parece notarlo...
excepto yo.

Sus palabras me arañaron. Pero no dije nada. No podía.

Mafi me sostuvo la mirada con rabia, con tristeza.

—Solo los monstruos no sienten cuando empiezan a convertirse —murmuró antes de girarse y marcharse sin esperar respuesta.

Y por un instante, me costó tragar saliva.

Pasó.

O eso pensé.

Hasta que lo vi.

Dakota.

Apoyado en una de las torres de vigilancia, los brazos cruzados, medio cubierto por la sombra. Pero lo veía. Me veía. Y algo en mí tembló.

Quise mirar a otro lado, pero no pude. No esta vez.

Su mirada no era la de un guerrero, ni la de un líder. Era la de un hombre que conocía **mi antes**. Que conocía **mi piel**

cuando aún no olía a ceniza. Y vi en sus ojos algo más doloroso que la rabia: pena.

Me acerqué sin pensar. No a él. A la torre. Fingí estirar las piernas. Fingí que no lo había visto. Pero cuando me giré, él ya estaba allí. A un paso. Con su voz grave, ronca, herida.

—Bella… ¿Cuánto más vas a seguir apartando a todos a empujones?

Tragué saliva. Cerré los puños. Quise escupirle algo. Algo feroz. Algo que doliera.

Pero no me salió nada.

Él se inclinó un poco, sus tatuajes asomando por el cuello de su camiseta sucia, y añadió con suavidad:

—Esto que estás haciendo... no es fortaleza. Es suicidio en cámara lenta.

Entonces me vio. No a la nueva yo. Me vio **a mí**. A la de antes. A la que había reído con la boca llena, a la que corría sin pensar en morir. Y sentí una grieta, fina, silenciosa, partirse dentro de mi pecho.

—¿Y qué quieres que haga, Dakota? —le susurré—. ¿Que llore? ¿~~Que~~Qué me rompa? No puedo. Si paro, me hundo.

Él dio un paso más. No me tocó. Pero casi.

—No quiero que llores. Solo que recuerdes que sigues siendo tú. Y que aún estás viva.

Me fui sin responder. Con los ojos ardiendo y los dientes apretados. El corazón me golpeaba como queriendo salir del pecho. Me odié por **dudar**. Por querer creerle. Por **extrañarlo**.

Y en ese momento, lo supe.

Ese era el verdadero peligro.

No los monstruos del bosque.

No los Radicales.

Sino que aún me quedaban cosas que perder.

Y mientras, Roderic… Roderic **empezó a vigilarme**.

Lo noté. Siempre fue bueno disimulando, pero ahora sus ojos se posaban en mí como cuchillos envainados. Sabía que algo se estaba gestando en mi interior. Que ya no era solo una chica rota… era **una amenaza**.

Y aún no tenía ni idea de cuánto.

Esa noche, mientras el campamento se apagaba entre susurros y pasos apagados, me miré las manos otra vez. Tenía las

uñas rotas, la piel abierta, y aun así me sentía poderosa.

La llama en mi pecho se alimentaba de todo: del hambre, del rencor, del abandono, de la rabia y del miedo.

Ya no era solo una cicatriz. Era **un incendio**.

Y todavía no había empezado a arder de verdad.

Esa noche, me quedé otra vez sin dormir. Pero esta vez, no fue por el ciervo.

Fue por mí.

Porque sabía que **me estaba perdiendo a mí misma**.

Y porque parte de mí no quería volver a encontrarme.

Capítulo 13.

La tensión se mascaba en el aire antes de que se oyera el primer paso.
Roderic ya estaba de pie, con la mano sobre el arma, los ojos fijos en la entrada del campamento.
El polvo se levantaba entre los escombros, y el silencio que precedió al caos fue tan absoluto que pude escuchar mi propio corazón martillar en las costillas.

Ellos llegaron caminando. No corriendo. No escondidos. Caminando. Como si el mundo fuera suyo.

Los Radicales.

Cuatro. Tal vez cinco. Todos hombres, todos armados con machetes oxidados y cicatrices antiguas.
Pero el que iba delante… no llevaba nada más que **unos pantalones oscuros y gastados, descalzo, el pecho desnudo cubierto de marcas como tatuajes hechos a cuchillo, la piel tostada por el sol, el cabello largo hasta la mitad de la espalda**.

Salvador.

No se inmutaba. Ni ante las armas apuntándole, ni ante los insultos que

Roderic le escupía. Caminaba como si cada paso doliera… y ~~aún~~aun así, se notaba que era el tipo de hombre que elige el dolor antes que la comodidad.

Se detuvo frente al grupo que vigilaba el portón improvisado.

—**Venimos a por nuestra parte**, Roderic —dijo, y su voz sonó como una promesa siniestra. Grave. Tranquila. Intensa—. Tú aceptaste el trato. Un camión cada mes. No menos.

—Lleváis semanas saqueando a los del norte —replicó Roderic con los dientes apretados—. No pienso alimentar a hienas mientras nosotros morimos de hambre.

Salvador ladeó la cabeza. Un leve gesto, casi divertido.

—Entonces lo harás porque sabes que, si no lo haces, no sobreviviréis para morir de hambre.

Roderic quiso responder. Pero se mordió la lengua. Yo lo vi. Lo vi tragar orgullo como si fuera ácido.

Mientras discutían, **yo no podía apartar los ojos de él**.

Había algo en Salvador que no era solo físico. Era su forma de estar. Como si no cupiera en el mundo normal. Como si no

pudiera ni supiera fingir ser otra cosa que lo que era. Crudo. Salvaje. **Libre**.

Y de repente, él me miró. Como si supiera que lo estaba observando.

—Bella —dijo. Mi nombre. Solo eso. Y se me heló la sangre.

Nadie más pareció notarlo, pero él ya estaba cruzando la distancia entre nosotros con pasos lentos, seguros. Me giré, me alejé, como si pudiera evitar lo inevitable.

Me siguió, claro. Y lo sabía. Lo supe antes de que hablara.

—¿Dando un paseo matutino o buscando otra criatura a la que degollar? —preguntó, y su voz me hizo algo extraño en el estómago. Una punzada caliente, incómoda, como una espina que no quería sacar.

No respondí. Me limité a mirarlo. **Era alto. Fuerte. Imponente.** El cabello largo caía por sus hombros como una capa oscura, y sus ojos... sus ojos tenían esa intensidad de alguien que había visto el fin del mundo... y había aprendido a vivir en él.

—¿Por qué me sigues? —le escupí. Literalmente. Mi voz salió rota y con filo.

—No te sigo, Bella. Te estudio.

Me reí. Una risa hueca, afilada, amarga.

—¿Estudias a las bestias? —le dije. Las manos se cerraron en puños. Me ardían los nudillos. No porque sangraran, sino porque quería volver a sentir ese calor bajo la piel.

Él dio un paso hacia mí. Solo uno. Pero fue suficiente.

—No. Las **libero**.

Y eso… eso me dolió. Porque era exactamente lo que yo había sentido en ese bosque: **que por fin nadie me sujetaba**. Que podía matar, gritar, golpear, sin reglas, sin remordimientos. Que no le debía nada a nadie.

Me alejé de él, o al menos lo intenté. Pero su voz volvió a alcanzarme, como una soga hecha con fuego.

—No puedes vivir a medias, Bella. Y tú lo sabes. Esa cosa que llevas dentro no es debilidad. Es **fuego**. Y el mundo que viene... solo va a pertenecer a los que **ardan**.

Me quedé quieta.

Quieta como una bomba antes de estallar.

—No sabes nada de mí —le dije, bajito.

—Sé lo suficiente. Te vi con ese animal. Vi cómo te movías. Cómo no titubeaste ni por un segundo. —Se acercó más—. Tienes algo que los demás temen porque no pueden controlarlo. Ni siquiera tú puedes.

—Y eso te gusta, ¿no? —dije con veneno—. El caos. Los cuerpos. El olor de la sangre fresca.

Él sonrió. No se defendió. No se ofendió.

—Lo que me gusta... es **la verdad sin filtros**. Y tú, Bella, estás más cerca de ella que nadie en este campamento lleno de máscaras.

Quise golpearlo. Quise alejarme. Quise quedarme. **No hice nada.**

— ¿Y tú qué quieres? ¿Vienes a reclutarme para tu ejército de locos?

—Vine a por suministros. Pero te busqué. Porque sé que estás al borde de algo. Y si caes, quiero estar ahí para recogerte. O para ver lo que eres capaz de hacer cuando ya no te quede nada que perder.

Me miró como quien mira una tormenta y se adentra igual.

—Quiero que **dejes de fingir que puedes volver a ser alguien que ya no existe.**

—Su voz bajó. Ya no era agresiva. Era íntima, peligrosa—. Lo que sentiste allá afuera no fue locura. Fue claridad.

Me fulminó con la mirada y me dejó, como si no hiciera falta decir más.

Pero **las palabras se me habían quedado dentro, clavadas**, como cristales bajo la piel.

Fuego. Libertad. Bestia.

Cuando volví al campamento, aún tenía las pupilas ardiendo.

Vi a **Dakota**. Estaba apoyado contra una pared derruida, el rostro más sombrío que nunca, las venas marcadas en el cuello, los tatuajes asomando por la camisa sucia.

Nuestros ojos se cruzaron.

Pero esta vez no sentí el tirón cálido de antes. Esta vez sentí **culpa. Sucia y fría.** Como una traición no cometida pero inevitable. Y por un instante quise correr hacia él. Aquel lugar seguro que había empezado a construirse dentro de mí.

Pero no lo hice. Porque **algo se había roto**. O había despertado. Y me daba miedo. Mucho miedo.

Porque Dakota... Dakota me miraba como si **aún pudiera** ~~**salvarme**~~**salvarme,** pero

otra parte de mí **quería creerle a Salvador**.

Y yo… ya no sabía si quería ser salvada porque sabía que aquella otra parte de mí había empezado a arder.

Capítulo 14.

El sol se había escondido tras un manto de nubes grises que parecía pesar sobre nuestras espaldas. La tierra estaba reseca, agrietada como mi paciencia. El calor era opresivo, espeso, me quemaba las venas, los músculos. No importaba cuántas flexiones hiciera, cuántas veces repitiera el mismo movimiento de defensa, nada saciaba la presión que palpitaba debajo de mi piel como si fuera lava. Ángel hablaba, pero su voz era un eco lejano. Todo el mundo hablaba. Sobre mí.

Lo sabía.

Los entrenamientos se habían vuelto más intensos. No sé si era idea de Roderic o simplemente una manera de tenernos ocupados, como animales enjaulados que no deben pensar demasiado. Yo me entrenaba con Ángel desde hacía semanas. Él era fuerte, rápido y paciente. Demasiado paciente.

—Levanta los brazos —me ordenó—. Tienes que aprender a protegerte, Bella, no solo a golpear. No estás en guerra con todos.

—¿Ah, ¿no? —respondí entre dientes, apretando los puños mientras nos movíamos en círculo sobre la tierra dura.

La camiseta empapada se pegaba a mi espalda—. Pues eso no es lo que dicen.

Él bufó, apartándose para esquivar mi ataque.

—...No es lo que dicen, Bella. La mayoría no entiende. Tienen miedo, y cuando la gente tiene miedo, murmura. No puedes dejar que te afecte. La gente siempre habla. Pero no saben nada. Yo… yo sí.

Paré un segundo. El sudor me nublaba los ojos.

—¿Tú sí qué? ¿Tú entiendes?

—Intento hacerlo. No estás sola. Sé lo que estás pasando. Yo he visto cómo te miras las manos después de cada pelea. Sé que te duele más de lo que dejas ver. Incluso Dakota lo sabe. Pero no te juzga. Él…

Ese nombre me hizo errar el siguiente golpe. Ángel lo notó. Lo noté yo también.

Pero él insistió.

—Dakota ve algo en ti. Y yo también. Aunque no quieras creerlo.

—No metas a Dakota —corté en seco, pero la voz ya me temblaba. El nombre me golpeó el estómago como una piedra fría.

—Solo digo que no estás sola. Dakota te ve. Yo te veo.

Me giré. El aire me quemaba en los pulmones.

—¿Tú me ves?

Estábamos en el centro del claro de entrenamiento. Otros practicaban cerca. Risas, comentarios, el golpeteo seco de madera contra madera. Todo normal. Excepto yo.

—Claro que lo sí. He estado contigo desde que llegaste. He visto lo que haces cuando crees que nadie mira. Sé que no eres una amenaza.

Y entonces ocurrió.

Una voz. Una puta voz, apenas un murmullo, desde los chicos que entrenaban cerca.

—Claro que te ve. ¿Quién no vería a la amenaza del campamento?

Fue una frase tonta. De esas que se dicen con tono burlón y sonrisa idiota.

Pero **algo en mi interior se partió.**

No fue un pensamiento. Fue un estallido. Como si me abrieran el pecho y liberaran todo lo que llevaba guardando bajo llave.

El mundo se quedó en silencio.

Yo me di la vuelta, lento, y lo vi. Un chico joven, apenas veinte años. Alto, con los brazos marcados y una sonrisa de imbécil.

No lo pensé.

La bestia despertó.

Corrí hacia él antes de que Ángel pudiera detenerme. Ni siquiera pensé en lo que hacía. Solo lo sentí: el rugido sordo que subía desde el fondo de mi estómago, el zumbido caliente en los oídos, los nudillos gritando por hundirse en carne.

Caímos al suelo y mis puños se estrellaron contra su rostro con una furia que me nubló los ojos. No escuché los gritos hasta mucho después. Solo el crujido de cartílago, el sonido húmedo del labio reventado, de la sangre salpicando mi ropa, de alguien suplicando que parara.

No sé cuánto tiempo pasó. Solo sé que me arrancaron de él por los brazos. Cinco. Seis manos. Me alzaron como un peso muerto.

Cuando abrí los ojos, lo vi. Tirado. El rostro convertido en una masa amoratada y sangrienta. No se movía. Solo gemía.

Yo jadeaba. Tenía las manos cubiertas de rojo. La boca abierta. El pecho en llamas.

Roderic apareció a los pocos segundos, como una tormenta contenida.

—¡BASTA! —rugió. Sus ojos ardían. El rostro desencajado de furia. Miró a Ángel, luego al chico herido. Después a mí. Y lo supe. No iba a haber sermón. No iba a haber comprensión.

Iba a haber castigo.

—Alguien que solo entiende la violencia, aprenderá con ella.

Me arrastraron al centro del campamento. Todos salieron de las tiendas. Mafi. Ángel. Incluso Dakota. Vi sus rostros entre la multitud. Confusión. Miedo. Decepción.

Roderic levantó la voz.

—Esto no es autodefensa. Esto no es supervivencia. Esto es lo que pasa cuando dejamos que la bestia camine libre entre nosotros. Si la violencia es su lenguaje, así hablaremos.

Me hicieron arrodillarme. No supliqué. No lloré. Miré a Roderic a los ojos mientras desenrollaba un cinturón de cuero trenzado. Los murmullos eran como cuchillas.

—Tal vez así recuerdes que no eres un animal.

El primer golpe me cortó la piel del hombro.

No grité. Apreté los dientes.

El segundo me arrancó el aliento. El tercero… el tercero lo sentí en el alma.

Entonces alguien irrumpió en el círculo. Una figura alta, temblorosa de rabia.

Dakota.

—¡BASTA! —rugió. Se interpuso entre Roderic y yo, y le arrancó el cinturón de las manos de un manotazo.

—¡Está completamente fuera de sí! —le gritó Roderic—. ¿Quieres protegerla después de lo que hizo?

Dakota no respondió de inmediato. Se quedó de pie, jadeando, mirándome. Y cuando habló, no fue con furia, sino con algo peor.

Desesperación.

—La estás rompiendo más, Roderic. Ya está rota… y tú no estás ayudando. —Se agachó a mi lado—. Bella…

Yo no podía mirarlo. Tenía la cara empapada de sudor, sangre, rabia. El cuerpo temblando.

Pero lo sentí. Su mano en mi mejilla. Su voz casi rota.

—Tú no eres esto.

Una lágrima se me escapó. Y eso me enfureció aún más.

¿Cómo podía seguir viéndome así?

—No me toques —le dije, pero fue un susurro. No tenía fuerzas para más.

—No voy a dejarte sola.

—No quiero que me salves.

—No lo haré. Solo… voy a quedarme, joder.

Me levanté a trompicones. Roderic me fulminó con la mirada.

—¡No le harás esto! ¡No así! – Rugió Dakota.

El líder del campamento respiraba como un toro.

—¿Quieres protegerla? Entonces hazte cargo. Porque esto… —señaló al chico herido, a mis manos, a mis ojos— esto no

lo puedo permitir. No volverá a entrenar. No sin vigilancia. Y si vuelve a poner una mano sobre alguien, la echaremos. - Se giró al resto—. Esto es lo que pasa cuando olvidamos lo que somos. No somos salvajes.

La multitud murmuró. Algunos asentían. Otros miraban al suelo.

Yo no dije nada.

Dakota me ayudó a sostenerme ya que todo mi cuerpo temblaba con violencia. Pero no pude sostener su mirada. Me sentía sucia. Rota. Más bestia que nunca.

En mis espaldas ardía la carne. En mis venas, aún más.

Y en medio de ese silencio, alguien murmuró:

—No es una salvaje. Es una bestia.

Otra voz le siguió:

—Una que muerde. Que mata. Que no pide permiso.

Y así empezó.

No por mí. No por elección.

El campamento me bautizó: “La Bestia.”

Y aunque no lo quería… una parte de mí **se sintió liberada.**

Volví a la tienda sola. No hablé. No dormí.

Esa noche soñé con bestias desfiguradas y terroríficas. Con fuego. Con el mundo hecho trizas y mis manos ardiendo.

Y cuando desperté, lo sentí.

Alguien me observaba.

Miré por la ventana entre abierta. En la sombra, entre los árboles que rodeaban el campamento… lo vi.

Salvador.

De pie, al borde del claro. El torso desnudo. Descalzo. El cabello largo recogido en una trenza suelta. Parecía un dios de otro tiempo, forjado entre sangre y guerra.

Sus ojos se clavaron en los míos como si ya supiera todo lo que había pasado.

No sonreía. Solo me miraba.

Y en su mirada había algo nuevo.

Admiración. Fascinación. Y algo más profundo.

Convicción.

Yo no sabía quién era. No del todo. Pero **él sí.**

No dijo nada.

Solo se llevó una mano al pecho… y se la golpeó suavemente.

Como si dijera: **yo también. Yo sé. Yo ardo como tú.**

Y entonces me di cuenta.

Ya no era solo una amenaza. Era una figura. Un símbolo.

Una que se les estaba yendo de las manos.

Capítulo 15.

El campamento amanecía con los murmullos clavándose como espinas bajo mi piel. “Bestia”. Lo decían al pasar. Lo susurraban con el mismo tono con el que se nombra a las criaturas de los cuentos oscuros, esas que vienen por ti cuando te duermes. Y yo… me estaba empezando a creer que era eso.

Dakota apareció a la puerta de mi choza justo cuando el sol apenas era una grieta dorada en el cielo color barro. Llevaba su chaqueta abierta, el cuello mordido por el viento, y su sombra proyectada sobre el suelo parecía la de un hombre que cargaba con demasiadas promesas.

—Roderic quiere que salgas —dijo. Su voz era firme, pero algo en su mirada dudaba —. Que te despejes. Que desaparezcas un rato de las bocas del campamento. —Te estás ahogando aquí, Bella. Y los demás… no saben cómo respirar contigo.

No lo dijo con desprecio. Lo dijo con ese tono extraño que tenía cuando se obligaba a no gritar. El mismo tono que usó aquella vez, antes de desaparecer. No supe si quería abrazarlo o golpearle otra vez.

Tragué saliva. No le pregunté si era una orden o una excusa. Solo asentí.

La moto rugía como una bestia herida mientras nos alejábamos del campamento. El mundo era una cicatriz abierta: tierra seca, árboles como esqueletos, restos de un mundo que ya nadie recordaba con exactitud. Dakota conducía con la espalda tensa, como si cada kilómetro lo hiciera sangrar por dentro con una mano firme en el manillar, la otra apoyada cerca de mi muslo, sin tocarme, pero demasiado cerca para ignorarla. El silencio entre los dos era espeso. Lleno de todo lo que no nos decíamos.

La casa rural surgió entre los árboles como un recuerdo torcido.

—Aquí vivía una amiga de mi madre —dijo, dejando caer la mochila al suelo mientras observaba la fachada—. Fue el último lugar donde dormí antes del primer brote.

El tejado estaba casi intacto, una rareza en un mundo que se desmoronaba. Las paredes, aunque ajadas por la lluvia y los años, seguían en pie, las ventanas cubiertas de polvo. Había ropa tendida en un alambre oxidado, como si alguien aún esperara que se secara bajo un sol que ya no brillaba. Era una casa que había resistido. Como nosotros. Pero era

tranquila. Silenciosa. Vacía. Un pequeño oasis podrido entre el caos.

—Aquí veníamos de críos. Mi madre decía que el mundo era menos cruel cuando había leña ardiendo y sopa caliente en la mesa. —Sonrió. Una sonrisa apagada, cansada—. Nunca lo entendí del todo… hasta que empezó todo esto.

Entramos por una puerta que crujía como una advertencia.

Dentro olía a humedad y polvo antiguo. Pero también a memoria. Había fotos colgadas torcidas en la pared. Un retrato de una familia que ya no existía. Una mesa con una sola silla rota. Una manta que alguien había doblado cuidadosamente, como si fuera a volver.

Pasamos horas sin hablar. Solo compartiendo el espacio, como si bastara con estar cerca para no explotar. Yo recorría la casa con los dedos, tocando las marcas del pasado: un cuenco roto, un retrato lleno de moho, una cortina que aún olía a humo de leña. Dakota encontró una vieja caja de conservas. Comimos sentados en el suelo, compartiendo una lata de alubias sin calentar. Nos sentamos en el suelo, espalda contra la pared cruzados de piernas, como dos niños jugando a que el mundo no estaba roto, observando las motas de luz colarse por

una grieta del techo como si fueran estrellas rotas.

—Te has vuelto salvaje —dijo de pronto, sin mirarme.

—¿Y tú no?

—Yo… —se frotó la nuca, frustrado—. Yo te dije una vez que explotaras. Que dejaras de reprimirte. Que sintieras, joder. Pero no para esto. No para que te convirtieras en lo que ellos quieren.

Me giré hacia él. Sus ojos eran dos brasas apagadas, llenas de culpa.

—¿Y qué soy, entonces? —le escupí—. ¿Una bomba que lanzaste tú, pero no quieres recoger?

—No, Bella. No eres una bomba. Eres fuego. Pero aún puedes decidir si quieres arder sola… o iluminar algo.

Se hizo el silencio. Uno espeso, tan espeso que me dolía en los dientes.

—¿Recuerdas cuando te reías más? —preguntó, sin mirarme.

Lo odié por esa pregunta. Por esa ternura que dolía más que cualquier golpe. Me forcé a sonreír, una mueca triste que ni siquiera intentó engañar.

—Recuerdo cuando tú no huías.

Él se tensó. Bajó la mirada y apretó los dientes. Sus tatuajes, que asomaban por el cuello de su camiseta, parecían retorcerse con el gesto.

—No huyo de ti, Bella —murmuró—. Huyo de lo que te están haciendo. De lo que te están obligando a ser.

—¿Y qué crees que soy? —mi voz era apenas un soplo—. Dímelo, Dakota. Dímelo tú, que lo sabes todo. ¿Qué ves cuando me miras?

—Veo a la única persona que me haría prenderle fuego a este mundo sin pensarlo.

Lo dijo sin dramatismo. Sin buscar reacción. Y por eso dolió más. Me atravesó como una lanza vieja, oxidada por dentro. Y me hizo recordar todo lo que había querido ignorar: el modo en que mi corazón aún palpitaba con fuerza cuando él estaba cerca. El modo en que, por un instante, creí que podía salvarme.

Él se acercó, despacio, como si tuviera miedo de asustarme. Sus dedos rozaron los míos. Mi cuerpo tembló, pero no por miedo. Era otra cosa. Era la grieta. La rendija por donde se colaba algo que me negaba a aceptar: ternura, deseo, añoranza. Ese puñetero “casi”.

—¿Recuerdas cuando te escondías detrás de mí cada vez que oías un ruido por la noche? —susurró, y su voz se quebró como una rama seca—. Te temblaban las piernas, pero fingías que no. Me tocabas la espalda con la punta de los dedos, como diciendo “estoy aquí, pero no digas nada”.

Me reí. No porque fuera gracioso. Sino porque dolía.

—Y tú no decías nada. Pero siempre me cubrías.

—Siempre —repitió él—. Siempre lo haré. Aunque tú ya no me dejes.

Nos miramos.

Dakota se acercó. No rápido. No con hambre. Con una paciencia reverente, como si yo fuera una criatura herida y él supiera que cualquier movimiento brusco podía hacerme huir. Sus dedos rozaron mi mejilla. Mis labios. Su aliento quemaba.

Y cuando sus labios estaban a un suspiro de los míos, cuando mis ojos ya se habían cerrado y mis latidos se habían vuelto tambores...

Me besó. No como si me poseyera, sino como si suplicara. Como si buscara, en ese contacto, un pedazo de la chica que fui antes de romperme.

Yo respondí.

Durante un segundo —solo uno—, mi pecho no dolió. Mis manos no temblaban. La rabia dormía.

Pero luego la realidad volvió, cruel, violenta. Y me aparté.

—No —susurré.

Me aparté como si me hubieran empujado desde dentro. Lo miré, y supe que le estaba rompiendo algo que él había guardado con cuidado.

—No puedes besarme —murmuré—. No después de dejarme sola en aquel infierno. No después de que me olvidaras cuando más te necesitaba.

—Nunca te olvidé —gruñó él, la voz rota—. ¡Bella, joder! Me estoy pudriendo por dentro desde el día que me fui. ¿Crees que no quise volver? ¿Que no me ahogué cada puto día sabiendo lo que te dejaba atrás?

—Pero lo hiciste. Y ya no confío en nadie, Dakota. Nadie. Solo en la rabia. Solo en ella.

Mis palabras lo golpearon más fuerte que mis puños. Lo vi. Vi cómo su cuerpo se aflojaba. Cómo su mirada perdía algo, aunque no se diera por vencido.

—Tu rabia no te va a abrazar cuando caigas —dijo con una voz que no le conocía. Una mezcla de ternura, desesperación y miedo—. No va a velar tus sueños ni curarte las heridas.

—Pero no me traiciona. No me abandona. Siempre está ahí, latiendo conmigo. Fiel. Fuerte. Mía.

Nos quedamos así. Dos soldados atrapados en una tregua sin futuro. El sol se escondía tras la ventana rota, manchando las paredes con tonos de sangre y ceniza.

**

Esa noche no dormimos. Cada uno ocupó una esquina del sofá. No nos tocamos. No hablamos más.

Pero cuando creí que él dormía, lo escuché susurrar:

—No te estoy perdiendo. No me rendiré contigo. Aunque me odies. Aunque te hundas. Me quedaré aquí hasta que vuelvas. Porque no voy a dejar que el mundo te robe también.

...Y entonces entendí.

La grieta seguía ahí. Minúscula. Pero real.

Y por esa grieta… todavía entraba algo de luz.

Pero también, si no tenía cuidado, podía colarse el humo.

Me quedé mirando el techo por horas, con el cuerpo en tensión, como si el sueño fuera una amenaza. Dakota dormía encogido sobre sí mismo, con una mano sobre el pecho, la respiración agitada, como si sus demonios también lo visitaran. Me pregunté si soñaba conmigo. Me pregunté si, en alguna parte de él, todavía quedaba un refugio que llevara mi nombre.

El problema era que yo ya no era refugio para nadie.

La rabia no se había ido. No del todo. Solo se había apartado unos pasos, observando desde un rincón oscuro de la habitación, esperando el momento justo para volver a arrastrarme. Y en el fondo, me aterraba admitirlo: me sentía más segura con ella que con cualquier otra cosa.

Porque la rabia no mentía. No prometía salvarme. No desaparecía en mitad de la noche.

No como los demás.

Incluso Dakota, con su voz herida y sus manos temblorosas, había fallado. Me

había dejado sola en el momento más jodido de mi vida. Y aunque ahora volviera, aunque me mirara como si aún pudiera reconocerme… había algo roto entre los dos. Algo que ningún beso podía remendar.

Y sin embargo…

Sus palabras seguían ahí. Dando vueltas en mi cabeza.

“No eres una bestia. Eres Bella. La que bailaba descalza cuando llovía.”

¿Y si esa parte de mí aún respiraba en algún rincón? ¿Y si podía convivir con la furia sin dejarme devorar por ella?

No tenía respuestas.

Solo tenía esa grieta.

Ese lugar diminuto entre el odio y la ternura, entre el deseo de destruirlo todo… y el miedo a quedarme sola en las ruinas.

No dormí.

Solo escuché su respiración. Y sentí cómo mi pecho, por primera vez en mucho tiempo, dolía sin herida.

Un dolor limpio.

Casi humano.

Capítulo 16.

La primera luz del amanecer había descubierto grietas en las paredes de la casa rural, indicando que el tiempo, la humedad y el abandono no perdonan nada. Las vigas, ajadas, pestañeaban al viento tímido de la mañana, como si quisieran avisar que algo venía.

Yo estaba despierta desde antes del alba, sentada en el suelo, envuelta en una manta grasienta, mi cuerpo temblaba; el trozo de tela apenas escondía la cicatriz inflamada en mi hombro. Dakota dormía—o fingía hacerlo—en una esquina, medio recostado sobre un cojín roto y manchado, y con el rifle apoyado junto a él, tenía la respiración ronca, profunda; no podía saber si era sueño o pesadilla. Tenía las manos aún temblorosas, igual que yo, pero había algo que no terminaba de abandonarme: ese sentimiento que despertaba aquel enorme hombre en mí, uno que me hacía sentir extremadamente pequeña y vulnerable bajo su mirada negra como el azabache.

El silencio era una carcasa hueca. Me levanté y caminé sin ruido hacia la puerta. Sentí un crujido desplegarse en el aire, como un presagio. En la claridad tenue, distinguí tres figuras que se movían entre

los árboles. Eran hombres. Todos armados.

Sabía lo que eso significaba.

—Dakota —susurré.

Su mano se tensó en el rifle. Me levanté sin hablar.

Entonces, el rugido.

No humano. No animal. Algo que nació después del virus y que no debió haber nacido nunca.

Saltamos en sincronía. Dakota desenfundó el machete con la velocidad de un trueno. La puerta se rompió antes de que pudiéramos llegar a ella. El monstruo entró primero.

Era un **jabato mutado**, un híbrido deformado por la infección: el cuerpo hinchado por tumores, sin ojos visibles, pero con colmillos capaces de atravesar metal oxidado. Su piel era gris, rugosa como la piedra, y de su hocico goteaba una baba espesa que chispeaba al tocar el suelo. Cada una de sus patas terminaba en garras negras, retorcidas como raíces. Venía directo hacia mí.

—¡Bella! —gritó Dakota, empujándome a un lado.

El jabato embistió y destrozó una mesa entera. Yo rodé por el suelo y me levanté con el cuchillo firme en la mano. El instinto rugía. La furia estalló como lava caliente por mis venas. Ya no pensaba. Solo sentía.

Entonces entraron los **Radicales**.

Cuatro de ellos. Todos hombres. Todos armados. Todos con esa sonrisa de hienas hambrientas. Llevaban las marcas negras tatuadas en los pómulos y los pechos al descubierto, sucios, con cicatrices frescas y ojos encendidos. El jabato era solo la distracción.

—¡La queremos viva! —gritó uno. Lo reconocí por la voz: un tal Rax, uno de los perros de Salvador.

No respondí. Me lancé.

Mi primer golpe fue con el cuchillo oxidado al cuello de uno. No lo vio venir. La sangre brotó como una fuente oscura. Gorgoteó, se ahogó, cayó. No me detuve.

Otro me sujetó por detrás, y entonces grité. Pero no fue un grito de ayuda. Fue la rabia soltándose. Le mordí el brazo con tanta fuerza que sentí el crujido del hueso. Me soltó chillando. Lo rematé con una patada entre las piernas y otro tajo en el pecho. La piel se abrió como papel mojado.

Dakota rugía como un león.

Salió como un huracán. Recibía a los Radicales con una violencia tan rápida que reventaba cráneos. Caminaba lento entre los cuerpos, pero impactaba con la fuerza de un tren. A cada hombre nuevo, le rompía un hueso, se bebía la adrenalina en una carcajada sorda. Caía húmero, clavícula, mandíbula.

Los Radicales recularon. Le gritaban órdenes sucias a los hombres y a las pocas mujeres allí designadas solo para servir; ellas retrocedieron, cediendo espacio. No movían un dedo para ayudar. No eran combatientes. Solo copas, comida, sombras.

Dakota era un guerrero cegado. Uno a uno, fue desmontando a cada hombre, como desmontas una máquina vieja para ver sus piezas. Derribó dos con una patada en la mandíbula, rompió la pierna de otro. Les arrancó las armas de las manos. Dio un paso atrás, brutal, como si quiso retar a todos los del campamento.

Yo lo vi desde el umbral. El sudor le rodaba por la piel. Los tatuajes se le marcaban como cicatrices vivas. Volvía a la guerra, pero sin reglas ni señales.

Sus ojos se cruzaron con los míos un segundo. Vi mi reflejo transformado en él. Y una fuerza nueva se encendió.

Un hombre intentó disparar. Dakota le golpeó con el rifle y le dejó el cráneo hecho añicos. El cuerpo cayó.

El jabato volvió a embestir.

Yo estaba lista. Salté sobre su lomo. Mis piernas se aferraron a los costados. Le clavé el cuchillo en la base del cráneo, una, dos, tres veces. El monstruo chilló con un sonido que me partió los tímpanos, pero no me detuve hasta sentir su cuerpo convulsionar y desplomarse. El crujido de sus huesos al tocar el suelo me atravesó. Yo también caí, jadeando, empapada en sangre.

El silencio fue absoluto cuando terminó.

Alcancé a mirar a Dakota. Cojeaba, con el labio partido, pero seguía de pie. Cuando nuestros ojos se cruzaron, algo se quebró en mí. No era amor. No era deseo. Era... **devoción sangrienta**. Una lealtad salvaje, primitiva, nacida del combate y el caos.

La casa se convirtió en un río de sangre y cenizas.

Los hombres que querían matarnos se habían convertido en cráneos rotos. El suelo temblaba y yo aún sentía la euforia en mis manos, en mis músculos. Nunca

había matado así. No sabía que podía matar así.

Entonces llegó **Salvador**.

No lo oímos entrar. No hizo falta. Se hizo notar como una maldición pronunciada en voz baja. Caminaba descalzo entre los cuerpos, como si la sangre tibia no le afectara. Solo llevaba unos pantalones raídos. El pecho desnudo brillaba por el sudor y la tierra. Tenía el pelo largo suelto sobre los hombros como una sombra viva, y los ojos... maldita sea, sus ojos. Eran dos pozos de oscuridad y fuego.

Se detuvo a centímetros de mí. No hizo ademán de atacarme. Tampoco de defenderse. Me miró con algo parecido al hambre... y al respeto.

—Eres perfecta —susurró.

Su voz fue un roce caliente en el oído, como si alguien hubiera puesto fuego en mi garganta. Me quedé sin aire. Mi pecho subía y bajaba con violencia. No por el esfuerzo. Por la adrenalina, por la ira... y por algo más. Algo sucio. **Confuso**.

No dije nada. No podía.

Lo miré. No como se mira a un enemigo. Lo miré como se mira a algo que no se entiende... pero que atrae igual que un precipicio.

Dakota lo vio.

Y su expresión se torció. De rabia. De celos. De algo que ni él sabía nombrar. Se interpuso entre Salvador y yo, ensangrentado, jadeante.

—Ni lo pienses —le gruñó.

Salvador sonrió, como si ya hubiese ganado.

—No necesito pensar —contestó. Se dio media vuelta y se fue, caminando sobre los cadáveres como si fueran piedras en un río.

Yo me quedé allí. De pie. Sangrando. Temblando.

Y por primera vez, me pregunté si la rabia dentro de mí **me estaba salvando… o devorando.**

Capítulo 17.

El cielo estaba muerto. Ni sol ni sombra. Solo esa masa uniforme de nubes sucias que apretaban contra el techo del mundo como si quisieran asfixiarnos a todos.

El campamento olía a miedo.

No al miedo de antes, al miedo útil que nos empujaba a afilar cuchillos, a cerrar bien las puertas, a esconder la comida. No. Este era otro. Este era el miedo que rezuma de la piel cuando todos fingen que no están temblando.

Estaban allí, todos. Apretados como si el frío los hiciera amigos. Con las bocas cerradas y las manos crispadas. Como si estuvieran esperando ver una ejecución. O quizá eso era exactamente lo que esperaban.

Yo estaba en el centro. No atada. No encadenada. Pero no hacía falta. Sus miradas eran grilletes.

Roderic se alzó sobre la plataforma improvisada con maderas astilladas, la misma donde solían leer listas de racionamiento o mandar a castigar a algún ladrón de pan. Esa tarde no llevaba su chaqueta habitual, sino la camisa de mangas remangadas, como si fuera a

ejecutar algo con sus propias manos. Y en cierta forma, así era. Su voz era dura, rasposa, llena de ese tono de líder que se cree justo mientras dicta sentencias:

—Ha llegado la hora de hablar con claridad.

Otra vez esa frase. Siempre la misma antes de escupir veneno.

—Bella se ha convertido en un peligro real para este grupo. No solo por lo que hizo con uno de los nuestros —una pausa—, sino por lo que es. Lo que lleva dentro.

Yo no pestañeé.

Sentía la mandíbula rígida. El aire me sabía a óxido. Me ardían los nudillos bajo las vendas, como si los huesos recordaran el crujido de la carne ajena.

—Mató a uno de los Radicales con un cuchillo oxidado. A otro lo destrozó con sus propias manos —continuó Roderic, paseando la mirada entre los rostros que lo escuchaban—. ¿Y qué será lo próximo? ¿Uno de nuestros hijos? ¿Uno de nosotros?

Ahí lo lanzó. El miedo con nombre. El odio con disfraz de prudencia.

Dakota dio un paso adelante. Sentí su presencia incluso antes de girar la cabeza. Estaba tenso, respirando por la nariz

como un animal que intenta no atacar. Tenía el ceño fruncido, las cejas bajas, y los ojos... los ojos clavados en Roderic como si pudieran partirle el cráneo.

—Fue un ataque de los Radicales. Ella nos salvó la vida. No solo a mí. También impidió que ese monstruo mutante entrara al campamento. ¿Eso no importa?

Roderic lo miró como se mira a un niño que no entiende y fingió sonreír.

—¿Cuántas veces más tenemos que poner nuestras vidas en sus manos, Dakota? ¿Cuántas antes de que nos clave el cuchillo a nosotros?

—¡No le clavó un cuchillo a nadie! ¡La atacaron! —gritó Dakota—. ¡Nos emboscaron! ¡Y no vi a ninguno de tus soldados ahí para defendernos! ¡Estaba ella! ¡Solo ella! —se giró hacia la multitud — ¡Dónde estaban tus hombres cuando ella estaba sola frente a ese animal! ¡Frente a ellos!

Su voz rebotó entre las paredes del campamento. Nadie aplaudió. Nadie lo respaldó.

Ya habían tomado una decisión sobre mí. O estaban muertos de miedo. O ambas cosas.

Yo no hablé.

No porque no pudiera. Sino porque ya no tenía nada que decirles.

¿Qué podía decirle a esa gente? ¿A esas caras que antes compartían el fuego conmigo y ahora me miraban como si fuera otra criatura más de la plaga? Ellos no sabían. No entendían.

Pero Dakota… Dakota era otra cosa. Era lo único que aún me ataba a algo parecido al mundo. Lo único que dolía de verdad.

—Bella —me dijo, y fue como si me arañaran el alma. Su voz ya no era grito, era ruego. Era miedo.

Me volví para mirarlo. Y por primera vez en mucho tiempo, algo se agitó dentro de su pecho. Él estaba allí. A su lado. No por deber. No por lealtad. Por ella. Solo por ella.

—Di algo —me pidió, con los ojos brillantes de furia contenida y algo más—. Diles que no eres eso. Que no eres lo que dicen. No dejes que lo decidan por ti.

Lo amaba. Lo sabía. Aunque esa palabra ya no tuviera sentido en su mundo. Lo amaba. Pero el amor no conseguía aplacar a ese monstruo que habitaba en su interior, aquella que gritaba y arañaba por escapar. Del cual, poco a poco tenía menos control, porque la furia latía debajo de su piel. No como antes. Ahora era más

que un impulso. Era refugio. Amparo. Un amante fiel que no la traicionaba con miradas dudosas ni condenas veladas.

La rabia no la llamaba **Bestia**. Le susurraba: *eres mía*. Y eso, joder… eso era casi ternura.

— Diles algo. Lo que sea. No te quedes callada. Aún puedes quedarte. Puedes demostrarles que eres más que eso…

Supe que quería abrazarme. ~~Que~~Que, si estiraba la mano, yo iría.

Pero también supe que si iba… me rompería.

Y yo ya no podía permitirme romperme por nadie más que yo.

—No puedo —murmuré. Me salió ronco. Sincero.

Vi cómo algo se rompía en sus ojos. No era decepción. Era dolor.

Roderic aprovechó el silencio como una serpiente que huele sangre.

—Desde hoy, Bella queda apartada de las decisiones del grupo. No puede acceder al arsenal, ni a los recursos de agua limpia. No tiene derecho a protección. Quien la ayude, será considerado traidor.

Ahí estaban. Las cadenas de verdad.

Vi cómo la gente bajaba la mirada. Nadie protestó.

Y entonces, alguien, en algún rincón, susurró:

—Bestia.

Otra voz lo repitió.

Y otra.

Y ya no era susurro, era juicio.

Bestia.

No era un nombre. Era un cuchillo.

Un rugido invisible recorrió el campamento.

Dakota quiso protestar, pero puse una mano sobre su brazo. Y él entendió.

No necesitaba que me salvaran.

Solo necesitaba que me dejaran arder.

Y sin embargo… algo dentro de mí se alzó. No para defenderme.

Porque en el fondo… tal vez lo era.

Tal vez lo único que quedaba de mí era eso: la rabia. El grito. El golpe. El instinto de arrancar y devorar antes de que me devorasen a mí.

La Bestia no abandonaba. No mentía. No te dejaba sola.

La rabia era lo único que seguía aquí cuando todos los demás me soltaban la mano.

Incluido Dakota.

Lo miré de nuevo.

Y vi que seguía allí. Frente a mí. A pesar de todo. A pesar del juicio. A pesar de la sentencia.

Sus puños cerrados. La mandíbula tensa. Como si fuera él quien acababa de ser condenado.

Lo amaba. Con esa parte de mí que aún recordaba cómo se sentía confiar. Pero no podía ceder. Porque si lo hacía, si me abrazaba a él, todo lo que había construido —todo lo que me sostenía— se derrumbaría.

Y Salvador… Salvador me había dicho una vez: *no puedes vivir a medias*.

Él estaba allí también. Entre las sombras oculto entre las sombras más allá del

vallado. Observando. Como un lobo que espera a que la jauría acabase con la presa antes de acercarse.

Lo vi sonreír. Sin prisa. Sin miedo. Como si todo esto fuera parte del plan.

Como si el juicio solo fuera una ceremonia de paso.

Puesto que solo necesitaba que me dejaran arder.

Capítulo 18.

La noche huele a sangre seca.

A la descomposición contenida de un mundo que se derrumba.

Me siento en el mismo sitio desde hace horas. Justo fuera del campamento, donde la valla oxidada se pierde entre los árboles deformes. No sé cuánto tiempo había pasado desde el juicio. No me importaba. El frío ya no lo notaba. El estómago dejó de quejarse. Las voces se alejaron como un enjambre mudo, dejándome sola con ese zumbido bajo la piel que no cesa.

El zumbido de algo que se está rompiendo.

Yo.

El juicio no me dolió. Ni sus palabras. Ni las miradas. Ni siquiera el maldito apodo que ahora susurran a mis espaldas como si fuera una leyenda que crearon para evitar decir mi nombre.

Lo que dolió fue él.

Dakota.

Cómo me miró. Cómo quiso salvarme… y cómo no lo dejé.

Porque no puedo. Porque ya no estoy segura de que quiera ser salvada.

Entonces lo escucho.

El crujido leve entre los árboles. No es un animal. No es uno de los niños del campamento intentando espiarme por curiosidad o por morbo. No.

Es un paso firme. Un ritmo que no pide permiso. Que no finge.

Salvador.

Me doy la vuelta sin miedo. No porque no pueda matarme, sino porque sé que no lo hará. No hoy.

Lleva solo los pantalones. Ni camisa. Ni botas. Los pies sucios, cubiertos de tierra y sangre seca. Su cabello largo le cae por los hombros, enredado como una bestia que no se molesta en fingir humanidad. Es hermoso, pero no de una forma delicada. Es hermoso como una tormenta que parte un árbol en dos.

—No pueden evitarlo —dijo Salvador con voz baja, como si no quisiera despertar a las sombras—. Incluso dormidos… siguen vigilando. Tienen miedo de lo que no entienden. De ti.

Me giré hacia él. No sabía si hablaba del campamento… o de mí.

—¿Y tú? —le escupí, no con rabia, sino con una mezcla extraña de algo más oscuro.
Él sonrió, como si me hubiera estado esperando.
—Yo no vigilo por miedo, Bella. Yo nunca duermo del todo… porque he aceptado lo que soy. — Dice, mientras sale de entre las sombras como si hubiera nacido de ellas
Avanzó un paso. Y su voz fue un susurro áspero:
—Tú también estás despierta. Sólo que aún estás fingiendo que no.

—¿Qué quieres? —pregunto. No me muevo.

—Quiero hablar. Solo eso.

Se sienta a un par de metros de mí. No invade. No amenaza. Solo está. Como si fuera parte de este bosque podrido.

—Vi tu juicio —dice, y su voz es un susurro grueso que me acaricia la piel como ceniza caliente—. Y vi tu mirada. No eras tú la que estaba en el banquillo. Eran ellos.

—¿Vienes a decirme que soy especial? ¿Una elegida? ¿Una diosa de la furia? — escupo, seca.

Él sonríe. No como Dakota. No con ternura. No con dolor.

Salvador sonríe como si las cartas ya estuvieran echadas, como si el futuro estuviera escrito y todo ya estuviera decidido.

—No. Vienes rota. Como todos. Solo que tú no lo escondes. Y eso… eso vale más que todas las virtudes que ellos veneran.

Siento cómo se me eriza la piel. No por lo que dice. Sino por cómo lo dice. Por cómo su voz no intenta convencerme… solo decirme lo que ya sé, pero no me atrevo a mirar de frente.

—Viniste a decirme que me una a tus Radicales —murmuro.

—Viniste a decirte eso tú sola. Yo solo vine a poner palabras a lo que ya grita dentro de ti.

Nos miramos. Su mirada es abismo. No vacío. Abismo lleno de llamas.

—¿Qué me vas a ofrecer? —pregunto, con la lengua seca.

—Libertad —dice, sin dudar.

—Eso no existe.

—No para ellos. Para ti, sí. Afuera no hay reglas. Afuera no hay líderes que te encadenen. Solo supervivencia. Solo fuego. Puedes pelear. Gritar. Matar si es

necesario. Nadie te va a juzgar. Nadie te va a decir “basta”.

—Y las mujeres que tenéis… ¿qué? ¿También pueden hacer eso? —le escupo con asco.

Salvador se inclina hacia adelante. Su sombra me cubre, pero no me aplasta.

—Las que se quedan solo para servir, eligen hacerlo. A las otras las dejamos ir. Pero tú, Bella… tú no estás hecha para servir. Tú estás hecha para devorar.

Su voz no grita. Pero cada palabra me clava una espina.

—Podrías ser nuestra vanguardia. El filo que abre la carne del mundo nuevo. No tienes que vivir como una sombra dentro de estas murallas. Aquí te temen. Allá te van a seguir.

Trago saliva. Me tiembla un dedo. Solo uno. Pero lo suficiente.

—¿Y si no quiero seguidores? ¿Si solo quiero… desaparecer?

—Mentira.

Me mira. Y me ve.

Siento cómo me arde la garganta.

—Tú no quieres desaparecer. Quieres que todos vean lo que pueden llegar a ser… cuando dejan de fingir.

Me odio por sentirlo. Pero lo siento. Ese calor. Esa idea. La posibilidad de romperlo todo. De no responderle a nadie más que a mí. De no temerle ni siquiera al monstruo que llevo dentro, porque por una vez… ese monstruo me salvaría, en lugar de destruirme.

Me inclino hacia adelante sin pensarlo. Estamos a un palmo.

Salvador no se mueve. Su respiración no cambia.

—Y si acepto… —susurro—. ¿Qué pasa con Dakota?

Una mueca leve, casi una risa rota.

—Te ama. Lo sé. Pero te ama en su mundo. Uno donde quiere protegerte, curarte, contenerte. Yo no.

—¿Tú qué harías?

—Yo te soltaría. Para verte volar. Para verte arder.

Su mano se acerca. No me toca. Solo pasa cerca, lo suficiente para que el calor me roce. Y me dan ganas de llorar. Es un calor abrasador, como el fuego que

consume lo que ya no importa, lo que ya no se puede salvar. Es una cercanía que se clava en mi piel, como si su presencia fuera una verdad que me destroza lentamente. No lo quiero, y al mismo tiempo, no puedo apartarme. No quiero sentirlo, pero mi cuerpo lo exige, lo reclama, como si fuera lo único que sabe cómo hacer frente a todo el vacío que llevo dentro.

Me quedo allí, inmóvil, esperando que se aparte, pero no lo hace. No tiene prisa. Su mirada se clava en mí, como si estuviera viendo algo más allá de lo que soy ahora, algo que ni yo misma sé qué es. Sus ojos… esos ojos oscuros y profundos, que no reflejan ni bondad ni maldad, sólo una imparable verdad que me revuelca por dentro.

—No tienes que huir de ti misma —dice en un susurro, y su voz se enreda en mi mente como un veneno dulce, como una promesa rota.

Las palabras se quedan flotando en el aire, pero su presencia pesa más que cualquier sonido. Me inclino ligeramente hacia él, sin saber por qué, como si de alguna manera supiera que, a través de su cercanía, puedo encontrar algo que me haga sentir menos rota.

Y entonces, su mano, suave y callada, toca finalmente mi brazo, justo en el lugar

donde la piel arde de más. El roce es eléctrico. Un latigazo que me recorre de arriba abajo. Mis respiraciones se hacen más profundas, más rápidas, pero no me aparto. No puedo. No quiero.

—No te alejes de mí —susurra. Y por un momento, me da la sensación de que no me está pidiendo nada. Me está ordenando algo, como si fuera lo único que tuviera sentido en este caos.

Me muero por decirle algo. Decirle que no me importa, que no lo necesito, que puedo seguir sin él. Pero las palabras no salen. En su lugar, el silencio se alza entre nosotros como una barrera que no puedo traspasar. En sus ojos veo algo que no comprendo, pero que me consume de igual manera: el conocimiento de que yo soy como él. Salvaje. Perdida. Destrozada por todo lo que el mundo ha dejado atrás.

—No sigas huyendo, Bella —continúa, y su voz se hace más grave, más profunda, como un eco que se clava en mis huesos—. Eres como yo. Siempre lo has sido.

Mis piernas tiemblan. El aire se espesa a mi alrededor. La electricidad que cruza entre nosotros es tan palpable que casi puedo tocarla. No sé si es la rabia, la necesidad de venganza o algo mucho más primitivo lo que me hace acercarme más a él. Pero lo hago, y cuando lo hago, él no retrocede. No da un solo paso atrás.

Nos quedamos así, frente a frente, como dos bestias que se estudian, que se acechan, que se reconocen en la oscuridad. Y por primera vez en mucho tiempo, no me siento perdida. No me siento vacía. Siento algo que podría ser deseo, o podría ser rabia, o podría ser ambos al mismo tiempo.

Mi pecho sube y baja con dificultad, mi mente tratando de aferrarse a algo, a lo que sea, mientras mis ojos se clavan en los suyos. Sus labios se curvan en una sonrisa, esa sonrisa que es tan peligrosa como el fuego. No me atrevo a apartarme, no me atrevo a moverme. La tensión es insoportable.

—Te estoy ofreciendo algo que nadie más podrá darte —dice, y sus palabras se clavan en mí con una fuerza brutal. Y aunque mi mente me grite que no lo escuche, que no me deje atrapar por él, mi cuerpo se inclina hacia él, como si ya no tuviera control sobre sí mismo.

Por un instante, todo en mi interior estalla. La rabia que siempre he llevado conmigo se fusiona con algo más, algo mucho más oscuro y profundo. La sensación es tan fuerte que me hace casi perder el control. Mis manos tiemblan, y la ansiedad que me recorre me lleva a acercarme aún más.

Él no se mueve. No dice nada. Sólo me observa. Y eso es lo que me mata.

Mi respiración se agita mientras nos quedamos frente a frente, como dos criaturas atrapadas en una danza peligrosa que ninguno de los dos sabe cómo detener. Sus ojos azules, fríos y profundos, están fijos en los míos, como si intentaran leer cada pensamiento que pasa por mi cabeza. La tensión en el aire es palpable, y siento el peso de sus palabras pesando sobre mí, como una condena.

—Te estoy ofreciendo algo que nadie más podrá darte —dice, su voz tan baja que parece un susurro que solo yo puedo oír, pero que resuena en mi pecho como un grito. La verdad en sus palabras me golpea con fuerza, y me hace querer rechazarlo, pero al mismo tiempo, una parte de mí… una parte salvaje, necesitada, quiere creer en ello.

Me muero por huir de él, por girarme y salir corriendo. Pero algo me detiene. Es la misma sensación que siento cuando me enfrento a la furia dentro de mí, esa rabia imparable que me consume. Es como si él estuviera hablando directamente a esa parte de mí, a la que siempre he mantenido oculta, la que está dispuesta a destruir todo a su paso, la que ya no tiene miedo de quemarlo todo.

Me tenso, incapaz de apartar la mirada de él. Cada palabra que dice me atraviesa, me hiere y me atrae al mismo tiempo.

—Eres como yo. Siempre lo has sido —susurra, y siento como si me atravesara un relámpago. No sé si estoy indignada, aterrada o… emocionada. Pero su voz no se va, sigue flotando en el aire, empujándome hacia algo que no quiero entender.

El silencio entre nosotros se alarga, pesado y denso. Puedo sentir su cercanía, su calor. Hay algo en él que me llama, que me arrastra. Pero lo odio, lo odio con cada fibra de mi ser porque, en ese momento, me doy cuenta de que tal vez lo quiero más que nada. Tal vez más de lo que me gustaría admitir.

Me muevo ligeramente hacia atrás, pero no puedo evitar que mis manos tiemblen, y mis ojos sigan atrapados en los suyos. Hay algo salvaje, algo brutal en su presencia que hace que mi corazón lata más rápido. No es solo la rabia lo que siento ahora. Es algo más, algo crudo y visceral, algo que no puedo controlar.

—No sigas huyendo, Bella —susurra de nuevo, y siento que sus palabras me atraviesan como un cuchillo. Cada una de ellas parece tocar una herida que aún no ha sanado, una herida que está empezando a sangrar de nuevo.

Quiero gritarle, decirle que no soy como él, que no quiero ser como él. Pero las palabras se quedan atrapadas en mi garganta, porque, por primera vez en mucho tiempo, siento que ya no soy capaz de diferenciar entre lo que quiero y lo que debo temer.

Su mirada se suaviza ligeramente, pero la intensidad en ella sigue ardiendo, tan feroz como el fuego que quema todo lo que toca. Se da un paso más cerca, y yo siento como si mi cuerpo fuera a colapsar bajo el peso de su presencia.

—El mundo que viene… solo va a pertenecer a los que ardan —dice, y por un segundo, siento que esas palabras no son solo suyas. Son mías también. Como si él estuviera sacando lo peor de mí, esa parte de mí que nunca pude dominar. Esa parte que quiere destruir todo lo que toca.

El aire entre nosotros se vuelve espeso, cargado de una electricidad que podría hacer estallar cualquier cosa. Mi mente está en caos, pero mi cuerpo sigue adelante, impulsado por una fuerza que no sé si quiero o temo. No puedo dejar de mirarlo. Su presencia me consume, y aunque quiero apartarme, no soy capaz.

Él no se mueve, pero el aire entre nosotros sigue cargado, tenso. Yo debería apartarme, alejarme, huir de él. Pero no lo

hago. Algo dentro de mí, algo oscuro, me lo impide.

—Cuando estés lista para quemarlo todo, Bella… ven a buscarme.

Esas palabras se quedan flotando entre nosotros, resonando en mi cabeza, marcándome, como una marca que no puedo borrar. Me quedo allí, inmóvil, mientras él se aleja lentamente, sus pasos resonando en la oscuridad, dejándome con el peso de su promesa, con el peso de una decisión que, por primera vez, siento que es mía.

No duermo esa noche.

La idea de la libertad me muerde la piel. El recuerdo de su voz me araña el pecho.

Pero lo que más me quema es la certeza de que, por un instante, quise irme con él.

Y no por odio.

Sino porque en sus ojos vi algo que jamás vi en los de Dakota.

No ternura. No consuelo.

Reconocimiento.

Él no quiere cambiarme.

Él quiere que suelte a aquella parte de mí
que siempre reprimí.

Y eso…

Eso da miedo.

Capítulo 19.

La madrugada llegó sin ruido, pero con peso. Como si el aire se hubiera vuelto piedra. Dormimos —si es que a eso se le puede llamar dormir— en la misma cabaña donde había comenzado todo: el primer roce de piel, la primera grieta. Yo en un rincón. Dakota junto a la puerta. Un muro de distancia entre nuestros cuerpos, aunque el calor aún flotaba en el aire, denso, sucio, como el vapor de un pantano.

No había dicho nada desde que volvimos del bosque. Caminamos en silencio bajo la amenaza de nuevas emboscadas, de miradas del campamento que no sabían si temernos o compadecernos. Nadie habló, ni siquiera Mafi. Y Dakota, siempre tan directo, tan brutal con la palabra, también eligió el mutismo. Hasta ahora.

Yo estaba sentada con la espalda contra la pared, los ojos fijos en las vetas podridas del techo. El cuchillo oxidado descansaba sobre mi muslo, una extensión de mi cuerpo ya. Él encendía y apagaba un mechero con una cadencia que me taladraba los nervios. *Clac. Fff. Clac. Fff.*

Hasta que se detuvo. Y su voz, ronca como grava mojada, quebró el silencio.

—¿Dónde estabas anoche?

No era una pregunta cualquiera. No eran celos. No del todo. Era esa necesidad estúpida de aferrarse a algo en medio del naufragio. La suya. La mía.

Me giré lentamente.

Dakota estaba de pie, su silueta recortada por el fuego tenue de la lámpara. Sus tatuajes se arqueaban con la tensión de sus músculos. La sombra de su cuerpo se alargaba en la pared como la de un espectro. Sus ojos —negros, como la boca de un lobo— brillaban como brasas apagadas, tan oscuros que dolía mirarlos mucho rato.

Yo no respondí.

Solo me levanté.

Pero la distancia ya estaba tendida como un puente a medio construir, y él la cruzó de un salto.

—Con él, ¿no? —dijo. Y su voz, aunque baja, tenía filo—. Con Salvador.

El nombre se enredó entre nosotros como humo. Yo lo respiré. Él lo escupió.

—¿Y qué si fue así?

Mi voz no salió desafiante. Salió... cansada. Como si no tuviera fuerzas para odiarlo.

Dakota dio un paso más. Su respiración era agitada, desordenada, como si acabara de correr una batalla que no podía ganar. Pero seguía de pie.

—Te está devorando, Bella. Y tú lo dejas. Te mira y ves poder. Pero es veneno. Y tú... tú no eras así.

—¿Y qué era, Dakota? —le grité, por fin, porque me dolía—. ¿Una niña rota esperando que tú volvieras a salvarla?

—¡No! —rugió, y golpeó la pared con el puño cerrado. La madera crujió como un hueso—. Tú eras fuego. Pero no este. No ese que se come todo. Eras fuego que iluminaba, no que dejaba cenizas.

Me dolía lo que decía. Porque no era mentira.

Y él lo sabía.

Por eso su voz se quebró.

—¿Recuerdas cuando te dije que debías explotar, vivir, gritar? —susurró—. Te lo dije porque no quería verte ahogarte. Pero no para que te convirtieras en un monstruo como ellos.

Ese fue el puñal.

Porque me dolió más que los golpes, más que la sangre, más que las noches sin dormir. Porque me lo había dicho con amor, y ahora lo usaba para intentar salvarme. Otra vez. Como siempre.

Nos miramos. El mundo calló. Afuera, un cuervo gritó.

Me reí. Una risa rota.

—¿Y qué esperabas? ¿Qué me quedara esperando a que volvieras mientras todo ardía? ¿~~Que~~Qué me abrazara a la idea de ti mientras enterrábamos a los nuestros? Tú huiste, Dakota. No me hables de lo que era. Ayúdame a enterrar lo que queda.

—No quiero enterrarlo. Quiero sacarlo de ti. —Su voz se quebró—. Porque yo aún te veo. Aún estás ahí, Bella. Jodida y rota, sí. Pero ahí.

Hubo un silencio. Un rugido. No afuera. Dentro de mí. Un zumbido bajo la piel, como electricidad. Sus palabras no me tocaban como antes. Pero aún dolían. Porque lo que decía... era cierto. Y no quería que lo fuera.

—¿Por qué insistes? —pregunté. Mi voz ya no era mía. Era la voz de alguien cansada, alguien que llevaba demasiado tiempo

sangrando por dentro sin saberlo—. ¿Por qué sigues volviendo a mí?

Dakota se acercó aún más. Su aliento chocó con mis labios. Sus ojos estaban húmedos.

—Porque por ti... yo reduciría el mundo a polvo. Porque no hay otra jodida razón en esta vida más válida que la de verte volver a brillar.

Y entonces ocurrió.

Nos rompimos.

Nos arrojamos el uno al otro con el hambre de quien se ha negado todo por demasiado tiempo. Sus labios buscaron los míos no como un acto de amor, sino como una guerra. Me besó con rabia, con urgencia, con todo lo que no podía decir. Y yo lo besé como si quisiera ~~borrarmelo~~borrármelo del alma de una vez por todas.

Nos arrancamos la ropa como si fuera un velo roto. No hubo ternura, ni suave deslizamiento de manos. Fue más un acto de violencia. No de golpes, sino de necesidad, de desesperación. Como si nuestras pieles fueran vendas podridas que debían arrancarse para liberarnos. La habitación se convirtió en un caos: las sábanas, el colchón, los cuerpos chocando

en una lucha salvaje por encontrar algo que se pareciera a la vida.

Mis uñas se clavaron en su piel, mi aliento era un jadeo desordenado. No hubo caricias, no hubo palabras suaves. Sólo dientes y manos, calor, sudor, el fragor de cuerpos que se estrellaban como olas contra la roca. Nos marcamos. Nos dejamos huellas, cicatrices invisibles y físicas. Nos poseímos con la furia de quienes saben que no tienen nada más que perder. Como si el sexo fuera un exorcismo, una manera de deshacernos de todo lo que nos comía por dentro.

No hubo ternura. No la necesitábamos. Ni siquiera la queríamos.

El golpe de la última ola nos dejó en el suelo. Un final abrupto y pesado. Entre sus brazos, sentí que algo se rompía. No sabía si era toda yo o mi alma, pero lo sentí. Al separarnos, me temblaba todo el cuerpo. No por frío, no por dolor.

Era algo más profundo, algo que me quemaba desde adentro. Una sensación que ni siquiera podía definir. Y él respiraba pesadamente junto a mí, su pecho subiendo y bajando con esfuerzo, su piel brillante de sudor, su mirada vacía, como si acabara de descubrir que ni siquiera sabía en qué estaba metido.

La piel aún ardía con el eco del roce. El cuarto estaba sumido en la oscuridad, pero las huellas de lo que acababa de pasar seguían marcando el aire. No había ni un suspiro, ni una palabra. El peso de lo que había sucedido flotaba entre nosotros como una sombra palpable.

Sentí su respiración aún entrecortada, su cuerpo aún sobre el mío, pero mi mente ya estaba en otro lugar. Me aparté lentamente de él, como si el contacto mismo me quemara, como si todo lo que había sucedido hubiese sido una ráfaga de fuego que se extinguía rápidamente, dejando solo las cenizas de lo que quedaba.

Me levanté de la cama sin decir nada, sin mirar atrás. La habitación estaba impregnada con el olor a sudor y a algo más: algo salvaje y peligroso. Algo que no sabía si era nuestro o mío. Podía escuchar su respiración irregular, pero no me atrevía a mirarlo. ¿Qué podía decir? ¿Qué palabras podrían dar sentido a lo que acabábamos de hacer?

Mi cuerpo todavía latía con la energía de lo que acababa de ocurrir, pero mi corazón estaba vacío. Era una sensación de completa soledad. Como si, después de todo eso, aún estuviera sola en la tormenta, atrapada en una espiral sin salida.

Me dirigí al baño sin prisa, como si nada de lo que había pasado importara. Las lágrimas, amargas y calientes, se acumulaban en mis ojos. Me las quité rápidamente, pero las sensaciones seguían golpeándome como una ola imparable. Me observé en el espejo. Mi reflejo me devolvió una imagen que ya no reconocía. Mis ojos estaban nublados, desbordados de sentimientos que no quería enfrentar. No quería admitir lo que había sucedido. No quería ser vulnerable. No quería recordar el temblor en mi piel cuando él me tocó.

Era la quietud lo que me rodeaba, esa calma asfixiante que se asentaba sobre mis hombros como una manta pesada. En el silencio de la habitación, apenas iluminada por la luz tenue que entraba desde una ventana rota, me sentía más sola que nunca. Los ecos de todo lo que había pasado, de las decisiones tomadas, de las palabras nunca dichas, seguían flotando en el aire. Pero no quedaba nada que pudiera hacer al respecto. Ya no importaba.

Aquel cuchillo oxidado reposaba sobre la mesa, solitario, casi esperando que lo tocara. No lo miré, ni siquiera necesité hacerlo. Lo tomé con la mano izquierda, la que aún temblaba por la ira contenida. No pensé, no había espacio para pensar. Sólo sentí esa urgencia visceral, la misma que había alimentado la furia que ardía en mi

pecho durante tanto tiempo. Esa rabia que ahora ya no podía contener, esa furia que me pertenecía, que me definía.

El cuchillo cortó el aire con un sonido sordo, y lo que empecé a hacer no fue solo un corte en mi cabello. No. Era un corte en todo lo que había sido, un acto de purificación, de arranque. Cada mechón que caía al suelo se sentía como un pedazo de mi antigua vida, de una Bella que ya no conocía. Había algo liberador, pero también cruel en ese acto. Como si me arrancara a mí misma y me despojara de la fragilidad que me quedaba. Un acto de fuerza, pero también de desesperación.

Me acerqué al espejo roto. El cristal estaba empañado, deformado por el tiempo y la suciedad, y, sin embargo, vi lo suficiente. Vi el rostro de alguien que ya no era yo. Esa mujer con el cabello cortado y el rostro lleno de cicatrices invisibles. Esa mujer que ya no reconocía, que había sido desterrada por algo más grande que ella misma. El corte fue liberador, sí, pero también doloroso. En cada acción había una palabra rota, un deseo aplastado, una identidad que se deshacía.

Corte. Casi con furia. Corte. Como una orden de guerra, como si al arrancarme el cabello también pudiera arrancarme todas las preguntas, todos los miedos que me atormentaban. Cada mechón caía con un

peso más profundo. Ya no había nada que me atara. Mi reflejo en el cristal no era más que la imagen de una extraña que había tomado el control de su destino, de su cuerpo, pero que aún no entendía si eso era una victoria o una condena.

La rabia me atravesó, y cada pedazo de mi cabello que caía al suelo parecía liberar algo más dentro de mí. Mi reflejo se desvaneció, y solo quedé yo: vacía, destrozada, pero más fuerte que nunca. Cada corte era una herida más profunda, y, sin embargo, me sentía más pura, más distante de lo que había sido antes.

Era lo único que me quedaba. Mi libertad. Mi rabia.

Cuando terminé, no había lágrimas. No había alivio. Solo la sensación de haber hecho algo irreversible. Algo que no tenía vuelta atrás. Me quedé allí, mirándome en el espejo roto, viendo una mujer que se había construido de nuevo. O, tal vez, que ya no era una mujer. Era algo más. Algo que ya no pertenecía a nadie, ni siquiera a sí misma.

Era la rabia lo que me había mantenido viva, la rabia lo que me había dado fuerza. La rabia era la única que no me dejaba caer. La rabia no se preocupaba por lo que sentía, por lo que había hecho, por lo

que dejaba de hacer. La rabia solo me mantenía despierta, me mantenía de pie. Y eso era todo lo que necesitaba.

Me dejé caer al suelo, las manos apoyadas en el lavabo, mientras la respiración aún me quemaba la garganta. Cerré los ojos, tratando de bloquear los recuerdos que venían a mi mente con la fuerza de una marea salvaje. Su cuerpo sobre el mío, sus manos que me tocaban como si quisieran marcarme, como si fueran un grillete que me uniera a él. Y en sus ojos, esa intensidad que me había consumido. Me había dejado llevar por él, y ahora no sabía qué quedaba de mí.

De repente, una lágrima resbaló por mi mejilla, pero la dejé caer sin hacer un solo movimiento para detenerla. Era extraño, pero ya no me importaba. No me importaba sentir, no me importaba lo que él pudiera pensar de mí. No me importaba nada, excepto esa furia que me recorrió el cuerpo después de todo.

Cuando salí del baño, él seguía allí, observándome desde la cama, su mirada fija en mí como un lobo que no sabía si me quería devorar o proteger. Quería alejarme de él, quería huir de todo lo que había pasado entre nosotros, pero algo me ató a ese lugar. Algo invisible, pero imposible de ignorar.

—Bella… —dijo su voz, quebrada pero llena de una desesperación que no había visto antes. Sus palabras me llegaron con un peso que no esperaba.

Pero yo no respondí. No podía. Estaba vacía, pero llena de rabia. No quería que su voz me tocara. No quería sentir esa conexión que aún me quemaba. No quería más promesas, no quería más palabras.

Me acerqué al espejo nuevamente, pero esta vez vi mi rostro con claridad. Algo había cambiado. Mi cabello cortado, mi piel marcada, mis ojos llenos de dudas. Ya no sabía quién era. ¿Una mujer rota? ¿Una criatura salvaje? ¿O simplemente alguien que no tenía más remedio que sobrevivir?

De repente, su figura apareció detrás de mí, su reflejo en el espejo me hizo tensarme, pero no me moví. Me quedé allí, inmóvil, como si al quedarme quieta pudiera evitar lo inevitable.

—¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó, su voz suave, como un susurro al oído.

—Lo que tenga que hacer para sobrevivir. —Mi respuesta fue fría, calculada. Ya no quedaba espacio para la emoción, para la vulnerabilidad. Solo para la furia.

Me di la vuelta para enfrentarlo. Él estaba allí, mirándome con una mezcla de comprensión y frustración. Sabía que no lo

entendía, que no podía entenderlo. Pero eso no importaba. Yo tampoco entendía lo que estaba sucediendo entre nosotros. No entendía por qué seguía aquí, por qué no lo había echado de mi vida después de todo. Pero lo que sí sabía era que ya no podía confiar en nadie más. Ya no había espacio para nadie, excepto para la rabia que latía dentro de mí.

—¿Qué vas a hacer ahora, Dakota? —pregunté, mi voz temblando, aunque intenté que no se notara. Necesitaba su respuesta, aunque sabía que ya no había vuelta atrás.

Él no contestó de inmediato. Se quedó allí, observándome, como si intentara leer mi alma, como si creyera que aún había algo en mí que pudiera salvarse. Pero al menos ahora sabía lo que quedaba de mí.

Nada.

Y la nada... no teme.

Capítulo 20.

El aire estaba denso esa mañana, como si la tierra misma se estuviera agrietando, preparándose para algo mucho peor. Y, sin embargo, ahí estaba yo, pidiendo permiso para salir. No era un paseo. No era una simple patrulla. Era más, mucho más. Ya no podía quedarme atrás. Necesitaba algo más.

Roderic me miró como si fuera una mosca molesta que intentaba volar en su cara. Su mirada era dura, pero había algo más debajo de todo ese desdén. Me observaba con una mezcla de incertidumbre y miedo, como si realmente no supiera qué hacer conmigo. Yo ya no era una niña que obedecía. Ya no era la Bella que seguía sus órdenes porque no tenía otra opción. Me había convertido en algo más salvaje, algo que ni él ni los demás podían controlar.

—¿Estás completamente loca? —me dijo, y la desprecio en su voz era evidente. Roderic siempre había sido un hombre que pensaba que todo tenía un precio, pero conmigo, no sabía cómo medir ese precio. No podía.

No respondí. Ya no necesitaba hacerlo. No había forma de que me frenara.

—Te dije que no te arriesgaras. —Su voz se hizo más baja, pero el tono de amenaza era palpable—. Te prohíbo ir a esos sectores. No lo entiendes, Bella. Eres una amenaza para todos.

Me crucé de brazos, desafiándolo con la mirada. Ya no tenía miedo de sus órdenes, ya no me importaban sus amenazas. Si había algo que había aprendido en este infierno, era que la única persona en quien podía confiar era en mí misma. Y esa persona no iba a detenerse.

—No me importa —respondí con una calma que desarmó momentáneamente a Roderic—. Voy a salir y lo voy a hacer sola. No te necesito.

Mi voz era un susurro, pero resonó en el aire como un reto, algo que hacía que la tensión fuera más palpable que nunca. No tenía armas. No me las dejaron. Pero me sentía más peligrosa que nunca. Ya no me importaban las reglas. No me importaba lo que él pensara. Quería ir, necesitaba ir, porque la rabia ya no cabía dentro de mí. La furia que había estado guardando, la furia que me había comenzado a definir, necesitaba salir.

Roderic me miró, no con ira, sino con algo mucho más peligroso: una mezcla de desdén y preocupación. Sabía que no podía detenerme. No podía seguirme en este camino.

Salí sola al amanecer. El aire olía a óxido y a tierra quemada. Mis pasos crujían sobre los huesos viejos que marcaban el perímetro. Las ruinas estaban envueltas por una niebla turbia, densa, que parecía haberse quedado ahí atrapada desde el colapso.

No llevaba cuchillo. Ni pistola. Ni siquiera un maldito palo. Solo mis manos. Y la furia. Esa no me la podían quitar.

Los mutantes siempre venían en silencio. Primero escuchas el crujido, el chasquido de huesos desacomodados, luego ese olor rancio, mezcla de podredumbre y carne ácida. Esta vez no fue distinto.

Lo vi salir de entre los restos de lo que había sido un hospital. Era grande, como una especie de felino retorcido por el virus, la piel cubierta de placas negras, sus patas traseras ~~rotas~~rotas, pero funcionando igual, como si el dolor no tuviera cabida en su biología. Tenía dos fauces. Una en el rostro, y otra donde debía estar el pecho. Ambas goteaban baba espesa y verdosa.

No esperé. No pensé.

Corrí hacia él.

Salté sobre su lomo y hundí los dedos en sus cuencas ciegas. El chillido que soltó me rompió los tímpanos, pero no me

importó. Lo derribé con el peso de todo lo que me consumía. Con cada golpe, con cada embestida, le grité a ese mundo que me había arrancado todo.

Tardé minutos. O tal vez horas. Cuando acabó, estaba bañada en sangre —mucha era suya, algo era mía— y con las uñas arrancadas de tanto desgarrar carne.

Y entonces, llegaron los otros dos.

Uno se arrastraba. Tenía el torso partido a la mitad, pero sus brazos eran largos y afilados como lanzas. El otro era más pequeño, más rápido, sin ojos ni boca, solo un agujero que chillaba como un enjambre.

Me partieron la ceja, me mordieron el hombro, me tiraron al suelo.

~~Y~~Y, aun así, me levanté.

Usé una roca para aplastar la cabeza del primero. Al segundo lo estrangulé con mi propia chaqueta. No recuerdo ~~cuándo~~cuando empecé a gritar. Solo que no podía parar.

Hasta que escuché su voz.

—Bella…

Me giré, jadeando como un animal salvaje, con los brazos colgando, la cara cubierta

de sangre seca y barro. Dakota estaba ahí. Había estado viéndolo todo.

No dijo nada más. Solo se acercó. Y por un instante, creí que iba a tocarme.

—¿Por qué me sigues? —pregunté, con la garganta en carne viva.

—Porque tú ya no sabes volver.

No lo supe interpretar. No quería.

Pero su mirada… No era miedo lo que había en ella. Era otra cosa. Era tristeza. Era rabia. Era amor. Y yo ya no sabía qué hacer con eso.

Cuando regresé al campamento, la tensión ya se podía sentir en el aire. El viento llevaba consigo la promesa de algo inevitable. El sol se estaba poniendo, tiñendo el cielo de tonos rojos y naranjas, como si el mismo universo estuviera incendiándose. Yo, por dentro, ya me había quemado por completo. No quedaba nada de la chica que alguna vez obedeció órdenes sin cuestionarlas. El calor de la furia y la sangre aún palpitaba en mis venas.

Roderic estaba allí, esperándome. Su figura se alzaba contra el horizonte como un faro de autoridad que ya no tenía poder sobre mí. La expresión en su rostro era una mezcla de enfado y algo más, algo que

no lograba identificar. No era solo decepción. No. Había miedo, algo muy profundo y oscuro, como si, en algún rincón de su ser, ya supiera que no podría detenerme.

—Te dije que no fueras —dijo, su voz resonando en el aire como un látigo, cortante, llena de furia reprimida.

No me importó. No me afectó. Lo miré, y lo que vi en su mirada me dio una idea de lo que él temía: una amenaza silenciosa que lo paralizaba. El miedo a lo desconocido, a lo que ya no podía controlar. Ya no podía leerme. No entendía qué era lo que estaba pasando dentro de mí.

Me acerqué, con el paso firme, con la cabeza erguida. Sentí mi propio cuerpo pesado, cansado, herido. Pero, al mismo tiempo, era como si ya no lo sintiera. Como si las heridas fueran lo de menos. Estaba más viva que nunca, y esa sensación de poder, esa rabia que había dominado mi cuerpo, seguía ardiendo en cada centímetro de mi piel.

—No me importa lo que digas, Roderic —respondí, mi voz fría y firme, cortando el espacio entre los dos como un cuchillo. Mis palabras no eran un desafío directo, no era algo que estaba pidiendo. Simplemente era una verdad, algo que ya

no se podía ignorar. —Ya no puedo quedarme aquí.

La mirada de Roderic se volvió más dura, más agresiva. Podía sentir cómo su control sobre la situación se desmoronaba, cómo su dominio sobre mí se evaporaba a medida que cada palabra que salía de mi boca lo alejaba más de mi realidad. Y, por un momento, pensé que veríamos todo eso destruirse. Me estaba desvaneciendo ante sus ojos, como si estuviera viendo una sombra desaparecer en la oscuridad.

—¡Eres una maldita loca! —exclamó, casi gritando. Su voz tembló con la ira contenida. No era sólo enojo lo que proyectaba, sino desesperación. —¿Qué esperas conseguir con esto? No tienes idea de lo que estás diciendo. ¡No entiendes lo que has hecho!

Pero yo lo entendía. Cada palabra, cada orden que había seguido hasta ese momento, era una cadena que me había mantenido atada. Y ya no podía más. Ya no podía seguir siendo su marioneta. Ya no podía quedarme en un lugar que me había convertido en alguien que no era.

Su rostro se endureció aún más. Dio un paso hacia mí, y por un momento, pensé que me iba a golpear. Su mirada era un desafío abierto, como si quisiera ver hasta dónde llegaría mi resistencia. Pero algo dentro de mí ya se había quebrado, y no

me quedaba espacio para la duda. Si quería controlarme, tendría que destruirme por completo.

Y no me destruiría.

Roderic se detuvo a pocos centímetros de mí, demasiado cerca. Su respiración era rápida, agitada, y su odio se podía cortar con un cuchillo. Pero su poder ya no me alcanzaba. Ya no podía dominarme. Ya no podía usar sus palabras para seguir controlando mi destino.

Me miró, con esa mezcla de rabia y algo más profundo. No lo dijo, pero lo supe: él me temía. Me temía porque ya no era la misma. Ya no era la chica que se dejaba guiar por las reglas. Ya no era la Bella que se sometía. Y eso lo aterraba. Y ese miedo lo hizo más vulnerable.

Me quedé allí, observándolo. No había odio en mis ojos, no había emoción alguna. Solo una frialdad implacable. Algo que me sorprendió incluso a mí misma. Pero lo que sentí era la liberación. El conocimiento de que ya no era parte de esa manada, de que ya no cabía en su mundo. Roderic no era mi líder. No era mi protector. No era nada.

Cuando habló nuevamente, su voz fue un susurro, casi inaudible, como si ya no tuviera fuerzas para seguir luchando contra lo inevitable:

—Te lo estoy advirtiendo. Estás caminando por el borde. Si sigues por este camino, no habrá vuelta atrás. Nadie va a seguirte. Vas a estar sola.

Mi corazón no dio un solo salto. No sentí nada. Solo la misma frialdad, la misma determinación. Era verdad lo que decía, pero no me importaba. Ya estaba sola. Lo había estado desde el momento en que decidí dejarlo todo atrás. Solo la rabia me acompañaba. Solo la furia.

—Y me da igual —le respondí, sin levantar la voz. —Ya no me importa.

Y cuando me di la vuelta para irme, lo sentí. La forma en que su mirada se quedó clavada en mi espalda, la forma en que su odio y su impotencia se fusionaron en un solo sentimiento. Pero ya no era parte de él. No importaba lo que pensara, lo que dijera. Yo ya había tomado mi decisión.

Capítulo 21.

La misión parecía una broma cruel de lo rutinaria que era: abastecer el campamento con lo poco que quedaba en los estantes oxidados de un supermercado abandonado, a apenas una hora a pie hacia el sur. Según Roderic, “no tenía complicaciones”. No era terreno de lobos, ni zona de mutantes activos. “Perfecta para foguear a los nuevos”, había dicho. Lo dijo mientras me miraba de reojo, como si yo ya no tuviera cabida ni siquiera en lo peligroso.

Por eso no debía estar allí. Pero lo pedí. No —lo exigí—. Se lo arranqué de entre los dientes con la mirada y con los puños. Me gané ese lugar en la patrulla a base de miedo, de sudor, y de golpes que dejaron a más de uno replanteándose si quería compartir camino conmigo. Me dejaron ir como quien se deshace de una bomba sin detonador. Una sombra más entre soldados nerviosos, armada de nada más que de rabia. Ni cuchillo, ni rifle, ni siquiera una puta navaja. Roderic lo había dejado claro: "Sin armas. A ver si aprendes a obedecer".

Avanzamos entre los esqueletos de una ciudad que ya ni recordaba su nombre. El cielo estaba encapotado, espeso, de un gris que parecía respirar por sí mismo,

como el pulmón podrido de un animal en fase terminal. El viento arrastraba olor a moho, plástico quemado y orina seca. Cada paso sobre el asfalto agrietado sonaba hueco. A ambos lados, edificios mordidos por el tiempo, rotos por dentro, abiertos en canal. Cables colgando como vísceras expuestas. Nada vivo. Nada humano.

Pasamos por debajo de un puente colapsado, pisando vidrios y tierra apelmazada. A ratos, veíamos a los mutantes secos: cadáveres rígidos, atrapados en la muerte como si fueran parte del paisaje. Algunos empotrados en muros. Otros fundidos en coches calcinados. Esculturas de lo que habíamos sido. Monumentos al fracaso.

Y, sin embargo, todo iba bien. Silencio. Tensión, sí, pero ningún sobresalto.

Hasta que sí.

Un grito rasgó el aire. No uno de los nuestros. Un… *otro*. Después, un crujido seco, como huesos partiéndose bajo toneladas de peso. Y entonces, el caos.

Lo vimos salir de entre los restos de un contenedor volcado, como un espectro salido del peor delirio nuclear: un perro, o lo que una vez fue uno, pero aumentado y deformado más allá del reconocimiento. Medía casi dos metros de alto a cuatro

patas, con una musculatura hipertrofiada que parecía hecha de tendones tensos como cables eléctricos. La piel le colgaba en jirones sobre placas óseas expuestas, y parte del cráneo sobresalía como un casco roto.

Tenía una hilera doble de dientes largos y curvados como anzuelos que chasqueaban al ritmo de su respiración entrecortada. De su lomo nacían fragmentos de columna vertebral expuestos, afilados como cuchillas. Cada zancada suya dejaba una marca humeante en el asfalto. Olía a carne fermentada, a saliva ácida y a mugre de siglos.

Y no venía solo. Detrás, dos criaturas más: una de cuerpo bajo y alargado, como una hiena mutada con los ojos fundidos en la piel, sin rostro, y otra que caminaba sobre dos patas temblorosas, con el torso cubierto por un exoesqueleto de placas vítreas rotas que reflejaban la luz como cuchillas ensangrentadas. Uno de sus brazos no era un brazo: era un conjunto amorfo de dedos unidos como raíces podridas.

La escena era una pintura del fin del mundo.

Y ahí, entre los murmullos de pánico, el olor del miedo y los músculos paralizados del grupo, fui yo quien se movió. La que rompió la inercia. La que gritó. La que

lideró. Sin armas, sólo con un oscuro y retorcido deseo de vivir.

Nadie se movió. Nadie.

Los novatos se quedaron clavados. Literalmente. Congelados por el miedo. Como si la voluntad se les hubiera escapado por la planta de los pies. Vi a uno —Elías, creo que se llamaba— temblar hasta que se le soltó la vejiga. El pestazo a orina fue inmediato.

Y entonces hablé.

—¡Izquierda, YA! ¡Formad media luna! ¡Escudos delante, piedras detrás! ¡JODER, MOVID EL CULO!

No fue una orden. Fue una descarga eléctrica hecha grito. Algo ancestral, una voz que no parecía humana ni domesticada. Un rugido que partió la tensión como un rayo. Y, contra todo pronóstico, me obedecieron. Todos. Sin pensarlo. Ni uno protestó.

Mientras ellos se recolocaban como podían, yo me adelanté. En el suelo, entre la grava y la mierda, vi un trozo de viga oxidada, retorcida en forma de gancho. Lo agarré. Pesaba como un niño de unos cuatro años. Me crujieron los huesos del brazo al levantarlo. Pero no me importó.

Corrí hacia el primero.

La bestia se me vino encima como un tren sin frenos. Pero no esquivé. Me agaché. Me lancé bajo su vientre, rasgándole el costado con el metal. Noté cómo la viga abría carne y costillas con un chasquido húmedo. Su sangre me empapó la cara, caliente, espesa, con un olor dulzón que me revolvió el estómago. Me puse de pie gritando. No de miedo. De júbilo. De furia.

El siguiente vino a por mí. No pensé. Giré sobre mi propio eje, lo golpeé en la rodilla con la viga. Sonó un crack asqueroso. Cayó de lado. Me abalancé y le reventé el cráneo contra una piedra, hasta que dejó de moverse.

Los demás cayeron. Uno de los nuestros —Alex, el grandote— logró atravesar el pecho del tercero con un pincho de obra. Y entonces, el silencio volvió. Uno diferente. No de tensión. De incredulidad.

Estábamos vivos. Todos.

Miré al grupo. Algunos jadeaban. Otros lloraban. Uno vomitó. Pero todos estábamos de una pieza. Enteros. Ni una sola baja.

Regresamos cargando los sacos de comida, pero nadie hablaba. Solo se oía el chasquido de las botas mojadas y el silbido del viento entre los edificios.

Pero yo sabía que no era eso lo que importaba. No eran los víveres. No era la misión cumplida.

Lo que importaba era que lo había hecho yo. Que cuando nadie más supo moverse, fui yo la que tomó el mando. Sin armas. Sin permiso. Sin pedir perdón.

Y eso… eso iba a traer consecuencias.

El campamento estaba callado. Algo se había roto en el aire, como si la autoridad de Roderic comenzara a oler a rancio. Los murmullos iban de tienda en tienda, como pequeños cuchillos afilando rumores.

“Ella tomó el mando.”
“Ella salvó al grupo.”
“Ni siquiera necesitó armas.”
“Ni siquiera pidió permiso.”

Y entonces, el enfrentamiento.

Salí del almacén donde habíamos dejado los víveres cuando escuché mi nombre como si fuera una maldición.

—¡BELLA!

La voz de Roderic tronó por encima del bullicio, reventando el silencio del campamento como una granada. Me giré. Y lo vi venir. Como una tormenta de carne mal contenida, con los puños apretados,

los ojos desorbitados y la mandíbula temblando de rabia.

La gente se hizo a un lado sin chistar. Nadie lo detuvo. Nadie lo frenó. Pero todos miraban. Miraban como se observa una ejecución.

Y Dakota... Dakota estaba allí. Apoyado contra la pared del depósito, medio en sombra. Sus ojos negros me perforaban, y por un instante, juro que creí que eran mi refugio. Pero no. Aquello no era refugio. Era juicio. Era miedo.

—¿Quién coño te crees que eres? —escupió Roderic, la voz desbordada, rota de autoridad y orgullo herido—. ¿Desde cuándo tomas decisiones por tu cuenta? ¿Desde cuándo crees que este puto campamento te pertenece?

No contesté. Todavía no. Caminé hacia él. Cada paso era un latido seco. Cada pisada, un eco de algo que ya no sabía contener.

—Lo hice porque nadie más lo hizo —dije —. Lo hice porque si esperábamos tu permiso, estaríamos muertos.

—¡NO TE LO PERMITO! —bramó. Estaba tan cerca ya que le podía oler el sudor agrio del miedo. Le temblaba el labio. Su mano derecha se contrajo.

—¿Me vas a golpear, Roderic? —susurré —. Hazlo. Hazlo ya. Así todos verán qué clase de mierda eres.

—¡Tú no mandas aquí! —gritó. Y se acercó. Mucho. Su aliento era ácido. Su cara roja. Los nudillos blancos.

—No, claro que no —respondí, con media sonrisa—. Solo soy la que sobrevive mientras tú das discursos de mierda.

Y entonces lo vi en sus ojos: no me temía por lo que yo hacía. Me temía por lo que él ya no podía hacer. Su poder se desmoronaba a cada palabra mía. Yo era la grieta en su muro. Y él lo sabía.

Me empujó.

Ni siquiera fue fuerte. Pero fue suficiente.

Mi cuerpo reaccionó antes que mi mente. El puño se disparó hacia su cara con la precisión de un animal entrenado para matar. Se oyó un chasquido sordo cuando su mandíbula se torció de lado. Cayó hacia atrás y se levantó de un salto, furioso, ciego. Me embistió. Lo esquivé. Lo agarré del cuello. Lo lancé contra la verja.

Gritó.

Y ahí ya no fui yo.

Fui los años de rabia acumulada. Fui las noches llorando en silencio. Fui cada vez que me hicieron sentir como un despojo, como un peligro, como un error. Fui todas las veces que callé, que bajé la mirada. Que quise huir. Que deseé desaparecer.

Fui el puño. Fui la rodilla. Fui el grito.

Roderic cayó al suelo y yo fui sobre él. Los golpes eran uno, dos, tres, diez. Lo escuché suplicar, escupir sangre. Sentí cómo se partía algo. No me detuve. No podía. Su cara era otra, cualquiera. Era todos. Era el mundo. Era la autoridad. Era la jaula.

Hasta que...

—¡BELLA, ~~JODER, PARA YA!~~¡JODER, PARA YA!

La voz. Dakota. Como un trueno desgarrando la tormenta.

Me congelé.

Lo miré. Estaba en mitad del círculo, los puños apretados, el pecho subiendo y bajando. Había dado un paso hacia mí, como si no supiera si debía detenerme o protegerme. Sus ojos me miraban como si ya no entendieran lo que veían. Como si la Bella que él amaba se hubiese fundido en la tierra con la sangre de otro hombre.

Y yo…

Yo solo vi eso. El miedo en su mirada. La decepción. El abismo que se abría entre nosotros, irreparable.

Sentí algo crujir. No en mis huesos. En mí.

Me levanté. Las manos rojas. Los nudillos partidos, temblorosos. Roderic estaba en el suelo, escupiendo dientes, aullando de dolor.

La gente… la gente no dijo nada.

Pero uno de ellos, no sé quién, susurró:

—Bestia.

Y aquella vez no dolió, en aquel momento se sintió justo.

Me di la vuelta. Caminé sin mirar a nadie. Ni siquiera a Dakota. Porque si lo miraba, me rompía. Y ya no podía romperme. No otra vez. Ahora era mi momento. Mi camino. Mi condena.

Porque ya no era una de ellos.

Era algo más.

O algo menos.

Pero ya no era suya.

Ya no era de nadie.

Capítulo 22.

El encierro no fue inmediato.

Primero vino la humillación.

Me esposaron frente a todos. Me llevaron por el campamento como si fuese una bestia rabiosa que necesitaba jaula. Roderic iba detrás, tambaleante, con la cara hinchada, un vendaje improvisado cubriéndole media boca, donde antes había dientes.

No dijo una palabra.

Su castigo fue el silencio. El acto. El encierro.

Me metieron en una de las viejas cámaras subterráneas, un sótano húmedo que alguna vez debió de ser un almacén de víveres. Ahora olía a moho, a hierro oxidado, a abandono. Una sola bombilla colgaba del techo, parpadeando como si también ella estuviera por rendirse.

La puerta de metal chirrió al cerrarse.

Y entonces se hizo el vacío.

Literal.

Apagaron la bombilla.

No de inmediato. La dejaron agonizar unos minutos, chisporroteando, lanzando destellos intermitentes como si se burlara de mí, como si jugara a esconderme mis propios pensamientos, a iluminar sólo lo que no quería ver: las paredes desconchadas, la humedad subiendo por las piedras, el cuenco de agua estancada en una esquina.

Y entonces: clic. Oscuridad.

Al principio me limité a escuchar mi propia respiración.

Después el silencio se volvió tan denso que dolía.

Las sombras se colaban por debajo de mi piel. Empezaron a murmurar.

Pensé en cómo ya no recordaba mi antigua vida como veterinaria, ni que era lo que me gustaba hacer en mis tiempos libres, ni en cómo me gustaba el café…

Pensé en Dakota.

Pensé en su voz cuando me rogó que no me perdiera.

Pensé en su maldito orgullo roto, en la forma en que me miró, no como si fuera un monstruo… sino como si todavía quedara algo de mí en algún rincón.

Y eso fue lo que más dolió.

Porque yo no lo sentía ya.

No sentía a Bella.

Sentía a otra cosa.

Pensé en el mutante que desgarré con mis manos. En el crujido de su carne. En cómo me temblaron los dedos, no de miedo, sino de placer. Pensé en la sangre seca bajo mis uñas. En cómo latía el mundo cuando yo dejaba de pensar y solo actuaba.

Pensé en Roderic. En sus gritos. En su miedo disfrazado de autoridad.

Pensé en Salvador.

En sus ojos.

En sus palabras como cuchillas dulces.

En su mano tendida en mitad de la nada.

Y pensé en mí.

O lo que quedaba.

Y en esa oscuridad… supe que no estaba sola.

Había algo más conmigo. Algo que me respiraba por dentro. Algo que no me juzgaba ni me exigía explicaciones. Algo

que siempre había estado ahí, esperando, observando desde el rincón más profundo de mi carne.

La bestia.

Al principio era apenas un eco, una sugerencia.

Pero pensamiento a pensamiento… mordisco a mordisco… se fue abriendo paso.

Recordaba a Dakota y me susurraba: *¿De verdad quieres volver a necesitar?*

Recordaba la rabia y susurraba: *Conmigo no tendrás que rogar. Conmigo nadie te encerrará. Nadie te dejará sola.*

Recordaba el dolor… y la bestia lo devoraba como si fuera fuego.

No hablaba con palabras.

Hablaba con hambre.

Con fuerza.

Con libertad.

Y así, sentada en el suelo, rodeada de piedra y silencio, me fui deshaciendo pensamiento a pensamiento. Un hilo más. Un recuerdo menos. Una grieta más en la jaula.

Hasta que ya no supe si respiraba... o gruñía.

Y no supe si la oscuridad estaba fuera... o dentro de mí.

Pasaron horas. No sabía cuántas. No me moví del suelo. No dormí. No lloré. No sentí.

Era piedra. Piedra y ceniza.

Hasta que la puerta volvió a abrirse.

Y fue su sombra la que entró primero.

—Estás jodidamente loca —dijo Dakota. Su voz no era grito. No era odio. Era otra cosa. Cansancio. Ruptura. Ternura herida.

No respondí. Me quedé sentada, las manos apoyadas en los muslos, los ojos fijos en la pared resquebrajada.

Él dio un paso. Otro. Se acuclilló frente a mí. Su silueta tapó la bombilla. Todo se volvió gris.

—¿Por qué no me dejas salvarte? —susurró.

Lo miré.

—Porque tú no puedes.

Sus ojos se llenaron. No de lágrimas. De furia contenida. De amor herido.

—Bella… joder… tú eras lo único que…

—Yo *no quiero volver a ser*, Dakota. —Mi voz fue baja, temblorosa por dentro, pero firme—. Esa chica de antes… la que esperaba que la entendieran, que la vieran. Que te esperó. Que te necesitaba. Murió. ¿Lo entiendes? Murió en cada golpe. En cada mirada. En cada noche en la que tú no estabas.

Dakota cerró los ojos. Se pasó la mano por la cara. Respiró hondo. Le temblaba la mandíbula.

—Estás cometiendo un error. Uno del que no vas a volver.

—Ya lo cometí, Dakota. Lo único que hago ahora… es abrazarlo.

Se quedó allí, arrodillado, sin saber qué más decir. Al final se levantó. Me miró una última vez. Me dolió. Más que cualquier golpe.

Y se fue.

La puerta se cerró. El clic del cerrojo sonó como un disparo.

Y entonces… supe que lo había perdido.

Apagaron la bombilla.

Al principio fue solo un parpadeo agónico. Un chisporroteo burlón. Una luz temblona que parecía decirme: *mira bien, mira una última vez, porque ya no hay vuelta atrás.*

Y después, la negrura.

No inmediata. No limpia.

Sino sucia, viscosa, como una sombra que se deslizaba por las paredes y se me pegaba a la piel, a las encías, a los pulmones.

El silencio pesaba como plomo.

Y yo… por primera vez, no intenté escapar de él.

Me dejé tragar.

Sentada en el suelo frío, con las rodillas contra el pecho y la frente apoyada en ellas, me convertí en piedra. Respiraba como si cada aliento fuera un crimen. Como si cada suspiro amenazara con romper algo frágil dentro de mí.

La bestia.

No apareció de golpe.

No irrumpió como un monstruo.

Llegó como una caricia sorda, como un rumor en la sangre, como una sed vieja que siempre había estado allí. Silenciosa. Olvidada.

Y ahora despertaba.

Con cada recuerdo.

Con cada traición.

Con cada golpe.

Con cada vez que tuve que cerrar los puños para no llorar.

La sentí deslizarse por mi garganta, por mi pecho, por mis tripas. Me recordaba lo que todos me habían hecho. Lo que permití. Lo que soporté por creer que aún quedaba algo a lo que aferrarse.

Pero no quedaba nada.

Sólo ella.

Ella... y la rabia.

Y ahí, en la más absoluta oscuridad, lloré.

No por tristeza.

No por dolor.

Lloré de furia.

Lloré de hambre.

Lloré porque había sido estúpida.

Por creer.

Por amar.

Por confiar.

Y lágrima a lágrima, la bestia me comía. Me lamía desde dentro. Me decía que nunca me dejaría. Que ella era la única que no me traicionaría. La única que no se iría. La única que, cuando todo ardiera, seguiría conmigo, riendo entre las llamas.

Fue entonces cuando lo escuché.

Pasos suaves.

Un crujido de madera.

Y la puerta... se abrió.

Pero no con un estruendo.

Sino con un susurro.

Una brisa helada se coló en la celda. Y con ella... él.

Salvador.

Descalzo.

El torso desnudo, la piel marcada con cicatrices que no ocultaba, sino que lucía como trofeos. El cabello largo y húmedo por la niebla de la madrugada. Los ojos azul hielo. Fijos en mí.

Parecía una aparición. Un dios olvidado que había bajado del monte para ofrecerme algo más que redención: destrucción bendita.

No dijo nada.

Solo caminó hasta mí.

Se agachó.

Me observó.

Y extendió la mano.

—Ven —dijo. Su voz fue casi un soplo. Pero tembló la piedra bajo mí.

Le miré.

No por miedo.

Por vértigo.

—¿Qué quieres de mí?

La pregunta salió como un filo.

Y él sonrió. Pero no con ternura. Con hambre. Como quien acaba de encontrar un volcán que aún no ha estallado.

—Nada que no esté ya latiendo dentro de ti.

Y lo sentí.

Sentí la rabia latiendo como un tambor de guerra.

Sentí el fuego creciendo entre mis costillas.

Sentí el abandono, el hambre, la furia, la necesidad de destruir algo sólo para probarme que aún podía.

—Ellos te pusieron cadenas —murmuró—. Porque te temen. Porque no entienden. Porque quieren domarte.

Se inclinó más, su aliento tocando mi mejilla como si fuera calor puro.

—Pero yo no quiero salvarte, Bella. Yo quiero verte arder.

Y entonces lo vi todo claro.

Ya no quedaban jaulas.

Ya no quedaban nombres.

Solo quedaba una elección.

Solo quedaba lo que quemaba.

Tomé su mano.

Me levanté.

Y dejé mi sombra atrás.

No fue una decisión.

Fue un estallido.

Fuimos en silencio por los pasillos. Salvador me guiaba como si el mundo fuera suyo. Como si él caminara entre ruinas y supiera que todo lo que tocara se inclinaría ante él o caería.

Salimos al bosque.

El aire me golpeó como una bofetada.

Y no tuve frío.

La oscuridad era distinta fuera. No oprimía. No asfixiaba.

Era promesa.

Era libertad.

Y cuando él me miró una última vez, sin decir una palabra, comprendí que ya no podía volver atrás.

Porque yo tampoco quería.

Bella se había quedado allí abajo.

En la celda.

En el suelo.

En la penumbra.

Lo que caminaba ahora junto a Salvador…
era otra cosa.
Y no tenía nombre aún.
Solo hambre.
Solo furia.
Solo piel y ceniza.

Capítulo 23.

Salí del campamento sin ceremonias. Ni aplausos, ni odio, ni dolor pronunciable. Solo la brisa fría me empujó hacia afuera, y sentí que cada paso superaba a los anteriores. El suelo crujía bajo mis botas, y era como arrancar mis propias cicatrices: cada sonido era un corte limpio en lo que fui.

No sabía hacia dónde iba. No quería saberlo. Solo sabía que no había vuelta atrás. Y mientras me alejaba, lo sentía: una liberación densa, áspera, cargada de peso y pérdida. Lo carcomía todo. Me carcomía hasta la última costura.

Un claro apareció delante de mí, iluminado por hogueras anaranjadas que lanzaban sombras erráticas sobre la maleza. Sentí un olor antiguo: humo, hierro quemado, carne.

Allí estaban ellos. Los Radicales. Y allí estaba él.

Salvador me esperaba como si hubiesen encendido un faro para mí en medio de la noche. Estaba en cueros de torso, pintado de tierra y hollín, con sus cicatrices marcadas en relieve y el pelo largo

colgando en melenas grises por la humedad. Sus ojos eran hielo líquido. No se me borraban de la memoria: azul, helados, dos pozos que medían cuánto te odiaban y te hacían temblar… y te hacían sentir vivo.

Era el centro y, sin pedir permiso, me convertí en su límite. A su lado. Vio mi sombra llegar, me vio acercarme, me vio cruzar aquella línea invisible.

—Ella ya no es suya —dijo, con voz de trueno seco—. Ella es fuego.

El resto retrocedió. Como si temieran quemarse.

—La llamaremos… Bestia.

Silencio. No hubo murmullos. Ni aplausos. Ni vítores. Solo un susurro arrastrado, primitivo, que mama de los pechos del miedo y el respeto: *Bestia*.

La palabra me golpeó el pecho. Pero no me rompió.

Salvador me condujo sin hablar. Sus pasos eran firmes. Era el único camino que conocía: avanzar, quemar todo a mi paso.

Me llevó al centro, donde un círculo de armas clavadas en el suelo se alzó como

un templo muerto. No había camas. No había cobijo. Solo brasas, fuego y huesos rotos. Estaba tan en casa como un carnívoro entre presas.

—No tienes que fingir aquí —me dijo, sin mirarme—. No tienes que envolver tu ira con palabras suaves. No tengas miedo de mostrar lo que eres. Aquí puedes ser lo que quieras. Arder hasta el final.

No supe qué decir. Porque estaba ardiendo ya.

No me presentó como una aliada.

Me presentó como su segunda. Como su arma. Su estandarte.

Me otorgaron un espacio: una lona vieja con unas cuantas mantas hechas jirones. No había adornos. No había sábanas. Solo frío y silencio.

Esa noche no dormí. Ni lo intenté. Las hogueras lanzaban llamas largas como susurros.

Escuché cómo reían, cómo rompían huesos por placer, y supe que ese era mi mundo ahora. No había ocio, no había piedad, no había tregua.

Un Radical se me acercó, masticando un pedazo de carne cruda. No dijo nada. Solo me miró: de arriba abajo, como midiendo si merendaba algo exótico o un rival.

Y me quedé quieta, no por miedo, sino por desafío.

Él sonrió. Tenía los dientes con restos de grumo oscuro. Lentamente, se inclinó, se acercó... y yo lo golpeé. Sin levantarme. Con un puñetazo seco al hígado, cayó al suelo como si le hubieran sacado el aire. Nadie se movió. Nadie dijo nada. Luego, risas. Brutales. Y ese aire que me envolvió como un abrazo. Como si me soltara en casa.

Salvador apareció enfrente de mí, al otro lado de la hoguera. No dijo nada en voz alta. Solo habló con la mirada:

—Eso es. No con palabras. Con sangre.

Los días pasaron, y ya nadie dudaba.

Me veían levantar piedras, destrozar troncos oxidados, desgarrar rocas para que encajaran como cuchillos entre mis manos. Me veían entrenar bajo la lluvia, desnudarme del miedo, quitarme la ternura, quebrarme la carne, desnudar la furia.

Me nombraron. Me gritaron. *Bestia* era más que un mote: era mi nueva piel.

Se corría el rumor de un mito. Una mujer que no sonreía, que no lloraba, que solo respiraba fuego.

No había compasión en ese nombre. No había piedad. Solo destrucción.

Una semana después…
Salí al atardecer. Un par de los nuestros habían muerto en una patrulla. Habían encontrado un nido de mutantes. Lo más salvaje que había visto hasta ahora: criaturas del tamaño de toros deformados, con cuernos duros como costras, ojos amarillos como aullidos, babas negras colgando. Habían corrido. Habían peleado. Habían muerto.

Volví con sus cuerpos.

Los arrastré al filo de la hoguera central. La sangre aún goteaba. La muerte olía a tierra mojada y miedo.

Los Radicales se detuvieron para ver. No hubiera respetado si lo hubieran ignorado. Y no dijeron nada. Todo el silencio fue ovación.

Salvador apareció junto a las brasas. Se paró frente a mí. Se inclinó, me observó. Como si midiera mi alma.

—La Bestia lo trajo —dijo.

Pero cuando el campamento se apagó de risas, de fuego, de gritos, me quedé sola en la lona vieja.
El silencio era distinto. No era liberador. Era punzante.

No era el silencio del hogar.

Era el silencio del abismo.

Entonces supe que echaba de menos otra cosa.

No tenía nombre.

No sabía si era amor. O redención. O derrota.

Pero lo conocía.

Era el hombre que se quedó en la puerta del campamento, con los ojos negros hasta el fondo, suplicando que volviera por él.

Ese silencio me atravesó la piel como una espada helada. Me dolió. Pero solo un instante.

Porque ya no quería ser la que suplicaba. Ya no quería volver. Ya no podía perdonarse.

Soy el monstruo que descubrí allí abajo. Soy la bestia que me comería si me soltara la mano. Soy el humo que quema todo a su paso. Soy ceniza y fuego.

Y esa noche, mientras el mundo ardía a mi alrededor, supe que ese era mi hogar.

No por lo que ofrecía.

Sino por lo que representaba.

No había compasión.

No había perdón.

Solo estaba mi bestia … o puede que finalmente fuera únicamente yo.

Capítulo 24.

Amanece siempre con el mismo retumbe de botas en la tierra. El campamento está vivo: las hogueras reavivadas, el humo marrón en el aire, un olor que pica los pulmones. El murmullo y el ardor vuelven con gloria cada mañana. Salvaje, primitivo, terrible.

Yo me despierto desnuda bajo capas de mantas mugrientas que arden aún con el calor de la noche. Me estiro con los ojos abiertos, los músculos tensos, y voy al claro donde esperan. Me alisto frente a un espejo roto, con el reflejo quebrado que me recuerda cuánto he cicatrizado… y cuántas heridas nuevas he abierto en mi piel.

Salvador me observa mientras me ato las botas frente a él. No habla. No sonríe. Sólo asentir, como si supiera que cada fibra de mi ser ya late con su misma rabia. Me otorga su respeto sin palabras. Y yo lo tomo con la misma firmeza que mi puño al golpear.

Entrenamos juntos. Soy un toro contra bestias domadas por la violencia. Cuando grita la señal, yo me lanzo: cojo el cuchillo, lo hundo, lo arrastro. A veces me

guía él. A veces no hace falta. Me mimetizo con el golpe, con la sangre, con la velocidad.

El último día fue un hito: una manada de mutantes-lince cruzó la frontera. No eran suaves crías: medían como hombres grandes, con garras de acero y piel reseca. Los atrapamos, los rodeamos, mis compañeros y yo avanzamos en abanico. El primero lo alcé en un salto, rodé con él bajo el vientre y le clavé la daga en la garganta. El resto cayeron. Estremecimientos de muerte bajo mis pies. Y al final, el silencio.

Los Radicales gritaron mi nombre. «Bestia», «La perra de fuego». «Nuestra segunda». Levantaron los brazos. Derramaron sudor. Me rociaron con cerveza negra —sí, todavía hacen culto de lo que queda de alcohol— y me envolvieron como reza una leyenda. Como si creyeran que fui creada por ellos; como si yo no supiera que fue la rabia lo que me metió aquí primero.

Al caer la tarde me persigo por la espalda.

Un símbolo de fuego, tatuado en mi piel con tinta añeja y quemadura directa. No fue hecho con cuidado ni precisión clínica. No fue arte. Fue marca. Salvador no dijo nada cuando lo pedí, solo hizo una seña a

uno de los tatuadores: un hombre grande, sin un ojo, con los dedos torcidos y la voz rota. No necesitó que se lo explicara.

—¿Dónde? —preguntó, mientras limpiaba con vodka un punzón de acero oxidado.

—En la espalda —dije—. Grande.

Asintió. Y empezó.

No hubo música. No hubo trago. Solo el sonido de la aguja penetrando la piel endurecida. Ni siquiera grité. Me quedé inmóvil, apretando la mandíbula, mirando la tierra apisonada de la tienda, mientras la tinta se mezclaba con mi sangre. Cada línea fue un trazo de rabia canalizada, cada sombra un recuerdo muerto, cada curva un aullido no dicho.

La forma no era una llama perfecta. Era torcida, deformada, como si las llamas estuvieran combando el aire que le rodea. Como si el calor mismo hubiera quemado el diseño antes de que terminara. Empezaba en la base de mi columna y ascendía hacia el centro de mi espalda, entre los omóplatos. Una lengua de fuego que parecía subir por mi cuerpo desde el vientre de la rabia hasta la nuca. No tenía nombre, ni borde limpio. No buscaba belleza. Buscaba que ardiera.

Cuando terminó, el hombre limpió la sangre seca con un trapo áspero, me miró y dijo:

—Nunca volverás a ser invisible.

Y tenía razón. Desde entonces, cada vez que me giro, cada vez que alguien me ve de espaldas, cada vez que me quito la camiseta tras un combate, todos se callan. Todos se fijan. La respetan. La temen. No porque el diseño sea violento, sino porque está claro que fue hecho con dolor, que no lo pedí por orgullo ni por estética, sino por necesidad.

Me desnudo cada noche ante el espejo roto del campamento. Me agacho. Me giro. Me busco. La tinta aún duele. No está del todo curada, como si mi piel la mantuviera caliente a propósito. Como si supiera que debe recordarme cada vez que respiro.

Es un juramento, sí. Pero también es un escudo. Un grito. Una advertencia.

«Aquí ya no queda nada por salvar. Todo lo que queda arde».

La primera noche que lo vieron, fue tras una caza. Uno de los chicos se acercó por detrás mientras yo limpiaba un cuchillo manchado con grasa de mutante. Llevaba

la espalda desnuda, el sudor todavía cayendo por la columna.

—La Bestia tiene su fuego —murmuró, medio en broma, medio temblando.

Yo no respondí. Solo me giré, lo miré y dejé que viera mis ojos sin decir una palabra. No volvió a repetirlo. Ninguno lo hizo.

A veces noto las miradas. Algunas con deseo. Otras con miedo. Pero todas reconocen lo mismo: lo que llevo en la piel no es adorno. Es una sentencia.

Miro la llama por segundos infinitos cada noche. La repasé~~o~~ con los dedos. A veces sangra de nuevo. A veces arde. Pero siempre late conmigo. Es mi marca. Mi escolta. Mi sentencia.

Y mientras la contemplo, mientras la tinta parece respirar junto a mí, pienso en lo que he dejado atrás. En lo que he matado. En lo que he abandonado.

En quién fui.
En lo que soy.

Yo asiento. Pero dentro, algo se quiebra.

Vivo en medio de las brasas, pero me consumen cada noche.

Las pesadillas regresan con sed y ansia. Son fantasmas.

Veo a Dakota. Siempre lo veo. Los ojos negros rasgando la costra por fuera, haciéndome dudar una vez más de que esto fuese redención. Veo su rostro al final de los pasillos del campamento que dejé atrás. Lo escucho suplicando. Lo siento respirando bajo la lluvia de esa noche. Le veo estirarse bajo una piel de lobo, arrastrando la culpa como un fardo que le hirió incluso más que mi abandono.

Lo veo y arde mi toxina. Lo veo y revivimos esa noche en la que pulsamos tan fuerte que nos rompimos. Veo su respiración agitada, los suspiros temblorosos, la súplica de salvación que le negué.

Despierto, desgarrada. Con el tatuaje ardiendo. Con la boca seca. Con el puño aún apretado. Sudo y tiemblo. El campamento duerme, pero yo no.

Las ostras de mi dolor viven en el silencio.

Mientras tanto, fuera, Dakota continúa.

Lo sé porque algunos murmullos llegan a mis oídos. Dice que me busca. Que rastrea mis pasos. Que ha quemado su propia piel intentando seguir la mía. Oigo que hay

rastros: pisadas, ramas quebradas. Dicen que ya no es el hombre de antes, que ha perdido parte de sí mismo en la búsqueda. Que anda por el bosque como una sombra desdibujada, guiada por un eco de humo y culpa.

Lo imagino. Lo visualizo tumbado bajo un árbol, la piel ya rozada por las zarzas, con los ojos en blanco. Lo siento. Lo escucho. Y cada vez que cae en mi mente, la llama sangra un poco más conmigo.

Y, joder, no se me escapa: he cruzado el muro. Ya no puedo volver.

Aquí, entre estos salvajes, me quieren. Me aclaman. Me siguen.

Soy adorada. Temida. Soy ejemplo.

Pero cada mirada que me dedican al amanecer me recuerda lo que dejé atrás. Esa otra parte de mí nunca reconocida. Ese corazón roto. Ese amor que traicioné.

Ya no busco consuelo. Ya no me aguanto la mirada cuando me miro al agua. Hago que mi sombra camine con la convicción de que esa ignición tardó cinco días. Tardó cinco noches. Tardó doscientos latidos rotos y una promesa: que nunca volvería a ser la subsistencia de otro. Que

quien quiera acercarse a mí, tendrá que arder conmigo.

A veces me acerco a las líneas del campamento. Allí donde termina la hoguera y empieza el bosque. Donde se separan los sueños rotos de lo que arde.

Soy la Bestia al borde del muro. Soy el símbolo tatuado en mi espalda. Soy sangre y furia. Soy fuego y cicatriz.

Pero esa noche, cuando retiro la manta y salgo al filo de lo que administro, siento la brisa más fría. No es del bosque. Es una memoria. Es la voz de lo que aún vive dentro de mí. Y entonces, lo escucho.

Galope. No humano. No bestia mutante.

Pasos. Lejanos, sí. Pero reales.

Y en ese momento, con la piel erizada, sé que no puedo detenerme.

Porque ellos no lo harán.

Capítulo 25.

El mundo allá fuera olía a sangre seca, a hierro, a algo más viejo que la guerra misma. Me desperté con la respiración agitada, el pecho desnudo cubierto de sudor frío. Afuera, la tierra rugía. Los gritos de alerta no tardaron en llegar.

—¡Horda en el perímetro sur! —gritó alguien desde las alturas.

No perdí el tiempo en vestirme del todo. La piel curtida contra la piel, el cuchillo bien sujeto a mi muslo, y el fuego ardiendo en mis costillas bastaban. Cuando salí, Salvador ya estaba ahí, rodeado de los suyos. Sus ojos me buscaron entre todos, y cuando me encontró, sonrió. No una sonrisa amable. Una que mordía.

—¿Lista para arder, bestia? —dijo sin dejar de observar el horizonte.

—Siempre —respondí. Ya no me temblaba la voz. Ya no recordaba qué era eso.

Los mutantes llegaron como una marea malformada, chirriando, gruñendo, arrastrando garras y carne podrida. Eran enormes, deformes, como si el virus hubiese decidido burlarse de la lógica natural. Colmillos donde antes hubo

mejillas. Patas con escamas, cuerpos retorcidos por dentro. Uno parecía arrastrar dos torsos unidos por una columna rota; otro tenía ojos como huevos hinchados, y su piel latía como si respirara.

No eran bestias. Eran pesadillas que habían aprendido a caminar.

Salvador se lanzó al frente como un demonio desatado. Yo fui justo a su lado. No nos habíamos entrenado juntos, no habíamos ensayado nada... pero luchábamos como si hubiéramos nacido para matarnos espalda con espalda. Como si algo salvaje y antiguo nos conectara desde antes de este mundo.

Él con su hacha pesada, que cantaba con cada tajo. Yo con mis cuchillos, uno en cada mano, mis dedos encallecidos apretando los mangos como si fueran la última verdad que me quedaba. Girábamos, gritábamos, sangrábamos juntos. Cada corte mío encontraba eco en el suyo. Cuando uno caía, el otro ya se encargaba del siguiente. Éramos un solo cuerpo hecho de rabia. Un único animal de guerra.

Uno de los mutantes lanzó un chillido agudo, metálico, y su cuello se estiró más allá de lo humano. Tenía espinas en la lengua. Se lanzó hacia mí con un rugido seco.

—¡Cuidado! —gritó Salvador, su voz atravesándome como un disparo.

Me agaché justo a tiempo. Sentí el aire cortado por las mandíbulas deformes. Un instante después, la criatura cayó en dos mitades. Salvador había dado un solo golpe. Preciso. Brutal.

—¡No bajes la guardia! —le escupí, con una sonrisa de locura. Mi cara manchada de vísceras. Mi cabello pegado a la frente, aún corto desde que lo corté con mis propias manos. Aún sentía el peso de cada mechón cayendo, como si la rabia tuviera forma de hebras.

—Nunca lo hago, Bella. Nunca contigo — dijo él, y sus ojos ardieron. Azules, pero no fríos. Como brasas. Como el núcleo de algo incontrolable.

Seguimos. Uno tras otro. Músculo contra músculo. Carne contra acero. Él cubría mi flanco izquierdo; yo, su espalda. Si él caía, yo lo alzaría. Si yo sangraba, él mataría por mí. No lo necesitábamos decir. Era algo más primitivo. Como si nuestras furias hablaran el mismo idioma.

En un momento, una criatura más grande que las demás se abalanzó sobre nosotros. Caminaba con seis patas, tenía un lomo lleno de bocas pequeñas que gemían sin parar. Su mandíbula principal era vertical,

como una trampa oxidada. El suelo tembló con su peso.

No nos detuvimos. No hablamos. Salvador le cortó una pierna. Yo le clavé el cuchillo oxidado en una de sus bocas laterales y tiré hacia fuera. Sangre espesa como petróleo me bañó los brazos. La criatura rugió.

Yo grité con ella.

Me subí a su espalda y clavé el segundo cuchillo entre dos placas óseas, hasta sentir que algo cedía. Salvador la remató, partiéndole la cabeza en dos con un golpe que le abrió también el hombro.

Cuando todo acabó, estábamos cubiertos de sangre. Respirando como animales. Todo el mundo temblaba. Nosotros, no.

Entonces, el silencio nos envolvió también a nosotros.

Yo jadeaba. Tenía sangre por todo el cuerpo. Salvador sangraba del hombro, del costado, pero aún sonreía como si esa fuera su religión.

No recuerdo cómo caminamos entre los cadáveres. Solo que Salvador me miró, el pecho subiendo y bajando con esfuerzo. Tenía el labio partido. Yo tenía un tajo en la pierna, pero no dolía. Aún no.

Él se acercó. Sus pasos eran lentos, como si cargara con un mundo sobre la espalda. Cuando estuvo frente a mí, alzó una mano y me tocó el rostro. Su pulgar arrastró un poco de sangre seca de mi mejilla.

—Esto... —dijo—. Esto es lo que somos. Tú y yo. Esto es lo único que nadie puede quitarnos.

Yo no respondí. Pero tampoco me aparté.

Entonces, sin aviso, me besó.

Fue una colisión. Un cruce de llamas. Nuestros dientes chocaron, nuestras bocas sabían a cobre y sudor. Era un beso que no buscaba ternura, sino reconocimiento. No éramos dos enamorados. Éramos dos supervivientes que habían visto en el otro su reflejo monstruoso.

No hubo promesas. No hubo calma. Solo ese momento. La piel sobre la piel. El silencio tras la guerra.

Cuando nos separamos, él me susurró al oído:

—Eres mía...

Esa noche, me tumbé sobre un colchón húmedo en una de las cabañas de los

radicales. El cielo seguía siendo un páramo gris allá arriba, pero yo... por primera vez... dormí.

Y no soñé con Dakota. Ni con el campamento. Ni con las voces que siempre susurraban en mi oído cosas que no quería recordar.

Esa noche, no soñé con nada.

Solo sentí calor. Calor en el pecho. Calor en la espalda, donde el tatuaje ardía aún fresco. Calor en las manos que mataron. En la lengua que gritó. En los ojos que ya no pedían perdón.

Había cruzado una línea. Y en ese lado... no había camino de regreso.

Capítulo 26.

(Parte I – Bella)

Había humo.
Siempre había humo, pero ese día era distinto. Olía a metal quemado y carne reciente. A desesperación. A esos gritos ahogados que la muerte nunca alcanza a silenciar del todo.

Las llamas todavía bailaban entre los tejados cuando entré al último cobertizo. El techo se tambaleaba como un corazón malherido, y el suelo estaba manchado con huellas de arrastre, sangre vieja y ceniza nueva. Un hedor agrio a humo y carne fermentada me llenó los pulmones. No me estremecí. Hacía tiempo que mi cuerpo había aprendido a soportarlo todo.

Los Radicales se habían adentrado en una de las aldeas de supervivientes al sur de la línea negra. Lo llamaban así: la línea. Un lugar donde incluso los mapas mentían, donde ni el cielo parecía el mismo. Salvador decía que era importante arrasar ese punto. Que los rumores de organización, de resistencia, de refugios pacíficos eran solo debilidad disfrazada de esperanza. Yo no discutía. Ya no discutía. Solo actuaba.

Yo abría las puertas.
Yo daba las órdenes.
Yo guiaba a las bestias.

Pero aquel día, entre la sangre y el polvo, me encontré con un rostro que no había vuelto a visitar ni siquiera en sueños.

Ángel.

Estaba encadenado a una viga de madera medio derruida, cubierto de hollín, con una herida fea en la pierna y los ojos abiertos como un animal acorralado.

—Bella —susurró cuando me vio.

Mi nombre. No "bestia", no "bruja", no "comandante". Solo Bella.
Y algo dentro de mí… se quebró un segundo.

Me quedé quieta. Frente a él. La máscara de dureza intacta, pero el pecho temblando bajo la piel.

—Bella… —susurró. Su voz no fue una súplica, ni una condena. Solo un recuerdo con nombre propio.

Tardé unos pasos en acercarme.
No era miedo.
Era el peso. El maldito peso del pasado cayéndome encima como una losa.
Tenía las mejillas hundidas, los ojos más grandes que nunca, clavados en los míos

como si aún me reconociera.
Como si aún me viera.

—Estás… viva —murmuró, sonriendo con la tristeza de quien se quiebra incluso en la esperanza. —Creí que estabas muerta —dijo. Su voz era apenas un hilo—. O perdida. O… peor.

No dije nada. Saqué el cuchillo que llevaba oculto en la bota. El mismo que había usado para desollar a un mutante días antes.
Me agaché. Él se encogió, como si esperara un golpe.
Y yo, en silencio, corté los alambres.

El sonido del metal desgarrándose fue más brutal que un grito.

—¿Por qué? —jadeó cuando se dejó caer al suelo, temblando—. ¿Por qué haces esto?

Levanté la mirada.
Me vi reflejada en sus ojos.
Y me dolió.
Me dolió más que cualquier herida, más que la celda, más que Roderic, más que Salvador.

Porque en sus ojos seguía siendo Bella.
No la Bestia.
No la llama.
No la furia con forma de mujer.

Solo… Bella.

—Porque aún me acuerdo de quién fuiste para mí —dije, sin adornos. Sin poesía. Solo verdad.

—Aún estás a tiempo —gimió, intentando arrastrarse hacia mí—. Puedes parar… puedes volver. No eres como ellos.

Me incliné. Le sujeté el rostro. Estaba cubierto de sudor y polvo. Y aun así… seguía teniendo esa maldita mirada limpia que me hacía temblar las costillas.

—Tú no entiendes, Ángel.
No se trata de ser como ellos.
Se trata de que el mundo ya no es como antes.

Se le quebró la voz. Lloró sin hacer ruido. Lloró como lloran los que han perdido algo irremplazable.

Yo le solté la cara, me puse en pie. No miré atrás cuando él balbuceó mi nombre.

Solo me detuve en la puerta y dije:

—No me sigas.

Y salí.
Porque si me quedaba un segundo más… me partía.

Porque si me miraba un instante más… recordaría el tacto de los días antes de ser brasas.

(Parte II – Dakota)

Le contaron la historia en susurros, como se cuentan las cosas que duelen.

En voz baja, junto al fuego, mientras las brasas escupían chispas que parecían pequeñas almas desesperadas por escapar del suelo.

Una aldea arrasada.
El olor a madera quemada aún flotaba en el aire, como si la tragedia no se hubiese terminado de apagar.
Entre los escombros, un muchacho encadenado, reducido a huesos y llagas, con los ojos huecos de quien ya no espera ser salvado.

Y entonces ella.

Una figura envuelta en polvo y sombras.
Con el cabello revuelto como si el viento la hubiera parido y los ojos tan fríos como una hoja recién afilada.
No pronunció su nombre. No se arrodilló.
Solo se agachó y cortó sus ataduras con un cuchillo que parecía parte de su cuerpo.
No lo abrazó.
No lloró.
No preguntó.

—Le dijo “No me sigas” —narró el viejo, con la voz rota por la distancia de los recuerdos—. Y se fue. Se fue como si le hubieran arrancado el alma con las manos desnudas… y no quisiera recuperarla nunca más.

Dakota escuchó.
No parpadeó.
Sus manos estaban quietas sobre las rodillas, pero cada músculo de su espalda parecía a punto de estallar.

El fuego le lamía el rostro, tiñéndole la piel de cobre sucio.
Las llamas no eran nada comparadas con lo que ardía en su pecho.

No dijo nada.

Pero por dentro…
Por dentro estaba gritando.

Porque la conocía.
Porque había aprendido a leer entre los dientes apretados de Bella, entre sus silencios afilados, entre sus miradas que siempre decían más que sus palabras.
Y la imaginó.
Imaginó cómo fue para ella ese momento.
Imaginó cómo le temblaron los dedos al tocar al que fue su amigo.
Cómo le tembló el alma… al no permitir que le temblara el cuerpo.

Y eso le partió.

Porque sabía que cuando Bella callaba…
no era por vacío.
Era por exceso.
Porque había tanto dentro que si hablaba,
el mundo no podría soportarlo.

En su pecho, el nombre de ella ya no era
una plegaria.
Era un juramento tallado en hueso.
Un eco violento.
Una maldita certeza.

Esa noche, solo, bajo un cielo turbio,
desdobló el mapa como quien abre una
herida que aún supura.

Rastros.
Pasos.
Ceniza.

La línea negra.
Esa frontera de muerte donde hasta las
sombras se arrastraban por miedo.

Allí.

Donde los salvajes dormían entre
monstruos y hacían fuego con cadáveres.
Donde el mundo se había podrido y luego
vuelto a crecer, retorcido, furioso,
invencible.

Allí estaba ella.

Y él… ya no la esperaba.

Iba a por ella.

No para salvarla.
No para detenerla.
Sino porque era suya. Porque incluso rota, salvaje, deformada por el fuego y el horror… ella era su verdad.

Porque si había que cruzar el infierno para alcanzarla, lo haría.
Y si ella era el infierno, también.

Aunque le quemara la carne.
Aunque le arrancara el alma.
Aunque no quedara nada al otro lado~~.~~

~~ba~~.

Porque cuando el mundo se apagara, cuando ya no quedaran campamentos, ni líderes, ni banderas…
Solo habría dos cosas:
Ella.
Y él.

Y si tenía que arder para alcanzarla, lo haría con los puños cerrados, los ojos rotos y la garganta en carne viva.

Pero lo haría.

Capítulo 27.

(Dakota)

El bosque estaba muerto.

Al internarme más allá de la línea negra, lo percibí en cada paso. Los árboles ya no ofrecían cobijo: eran esqueletos retorcidos, con cortezas arrugadas, vibrando con la muerte que les recorría.

Ya no era un lugar de supervivientes. Era un laberinto de presas hambrientas.

No llevaba linterna. No la necesitaba. Mi única luz era el fuego encendido dentro. Aquella que ella —Bella, o la Bestia— había encendido en mí y que no se apagaba.

Mi piel aún tenía el sabor de su ausencia. La recuerdo entre mis manos cada noche. Su nombre era un eco que no paraba de golpearme los labios.

La niebla me envolvía. Densa, pastosa, como un sudario prematuro. Tenía un sabor agrio, a enfermedad enquistada, a carne vieja olvidada en un rincón de sótano. Cada inspiración me rasgaba la garganta con olor a óxido. Me recordaba a

ella, al humo que solía quedarle prendido en la ropa tras las patrullas, al rastro que dejaba cuando aún creía que podía salvarse.

Incluso mi propio aliento parecía recordarla. Caliente y amargo. Como si dentro de mí algo estuviera fermentando su nombre con rabia.

Entonces el silencio se rompió. Un alarido. No humano. No animal. Un lamento de otra era, de otro mundo, como si alguien hubiera partido la luna con los dientes. Era una mezcla de huesos siendo arrancados de cuajo y metal arañando el cielo. Me detuve en seco.

Lo reconocí al instante.

Un mutante-lobo.

No como los de antes. Este sonaba… más viejo. Más cabreado. Más puro en su rabia. No ladraba. Maldijo. Era un rugido nacido de mil gargantas muertas. Su aullido se me metió por los poros, me atravesó las costillas, me arañó el esternón.

No lo pensé.

Corrí.

No por estrategia. Corrí como se corre cuando sabes que algo está tocando tu

alma con las garras sucias. Corrí hacia el corazón de la niebla, hacia la raíz del grito. Porque si estaba ahí, si ese grito había salido de su garganta… entonces me llevaría a ella.

El machete pesaba en mi mano, pero la rabia me lo aligeraba. Sentí la vibración en el mango. El filo silbó al atravesar el aire y luego, con brutal delicadeza, encontró carne. Un golpe limpio. Preciso. Violento. El cuerpo del mutante cayó como un saco de plomo y huesos rotos. Rebotó en la tierra húmeda. Su sangre manchó mi cara, espesa y caliente.

Me acerqué a su cadáver y le hundí el pie en el pecho por si tenía otro aliento escondido. Pero ya estaba muerto. Tenía la mandíbula desencajada, los ojos opacos y brillantes como charcos tras la tormenta. Aún parecía gruñir en silencio.

Apreté el puño. Noté la sangre seca entre los dedos, pegándose a la piel como barro.

Y entonces alcé la vista.

El cielo estaba turbio, gris, colgado por hilos invisibles. No había estrellas. Sólo nubes de ceniza que se movían como pensamientos oscuros.

Y lo dije. No para él. No para mí. Para ella. Como una plegaria, como un juramento:

—He hecho esto por ti.

Porque en cada cadáver que dejaba atrás, estaba su rostro. En cada criatura que caía, estaba su grito. Porque ella se había convertido en la brújula de mi furia. En la musa de cada golpe. En la llama en la que templaba el filo.

Ella me abandonó.

Pero mi amor no.

Mi amor era un campo de batalla.

Y lo iba a sembrar con monstruos hasta que el mundo se arrodillara.

He hecho esto por ti.

Lo dije otra vez, entre dientes, mientras me arrodillaba ante el cadáver. No había rastro de humanidad en él. Ya no quedaba nada en esas criaturas. Nada que no fuera hambre y rabia. Como ella.

Como yo.

Me puse de pie. La sangre ya no me estremecía. Había cruzado esa línea hace días, semanas, tal vez meses. El tiempo dejó de existir desde que se fue. Solo me guiaban las huellas y los rumores. Un susurro por aquí: “La Bestia dirige la manada”. Otro por allá: “Una pelirroja mató a tres sin pestañear”. Historias

dichas con miedo, con respeto. Historias que para mí eran faros. Piedras ardiendo marcando el camino.

Ella. Siempre ella.

Había algo en su nombre que seguía incendiándome las entrañas.

No dormía más de dos horas por noche. Las pesadillas ya no me esperaban con fauces abiertas. Se arrastraban despiertas junto a mí, como perros famélicos. No necesitaba cerrar los ojos para verla mirarme con desprecio. Ya no necesitaba recordar cómo me soltó. Cada segundo de vigilia era un látigo.

~~Y~~Y, sin embargo, la seguía.

No para traerla de vuelta. No era tan ingenuo.

La seguía porque si no la encontraba, si no veía con mis propios ojos en qué se había convertido, si no me enfrentaba a su sombra... entonces lo poco que me quedaba también se perdería. Y yo con ello.

Pasé por asentamientos calcinados. Por pueblos arrasados donde las bestias eran lo más humano que quedaba. En uno de ellos, una anciana me miró de reojo y me dijo:

—Ella cruzó por aquí hace cuatro lunas. No caminaba, arrasaba. Como un vendaval de dientes.

Yo no pregunté más.

No hacía falta.

En otro, una niña de cara sucia y mirada rota me susurró:
—La Bestia tenía fuego tatuado en la espalda. Y no parpadeó cuando arrancó la cabeza de un hombre con un solo tajo.

Me quedé quieto, sintiendo cómo el mundo se hundía un poco más bajo mis pies.

Empecé a recorrer rutas que antes habría evitado. Las zonas más infestadas. Allí donde los mutantes se arrastraban en racimos, donde el aire olía a sangre coagulada. Me enfrenté a ellos solo. No porque fuera valiente. Sino porque necesitaba sentirme cerca de ella. Necesitaba dolor para no olvidar que estaba vivo.

Había noches —si es que se podía llamar noche a ese cielo cubierto de hollín— en las que me encontraba frente a mi reflejo en charcos de agua sucia. No me reconocía. Me había vuelto algo más… o algo menos.

No me importaba.

Una noche, tras una emboscada en un paso estrecho entre dos colinas, me senté sobre el cadáver de una criatura. Era alta, delgada como un alambre torcido. Tenía zarpas de hueso y ojos vacíos. Su sangre era negra como petróleo. Me la limpié con una manta podrida que encontré en el suelo.

Fue entonces cuando escuché los murmullos.

Un grupo de carroñeros hablaban con miedo junto a una fogata mal hecha.

—Dicen que ella lo controla todo. Que los radicales le obedecen porque creen que no es humana.

—¿Y cómo va a serlo si vi cómo cruzaba el bosque con cinco bestias siguiéndola como si fueran sus perros? —dijo otro.

—La Bestia —susurró un tercero—. Ni Salvador la manda. Es ella la que manda el fuego ahora.

Mi cuerpo se tensó.

La Bestia.

Mi Bella.

La Bella que me había amado. La que me había destrozado el pecho a latidos. La que una vez ~~ri~~ó<u>rio</u> conmigo al pie de un

árbol chamuscado. La que me había dicho que me quería y, luego, se había arrancado la voz para no repetirlo nunca más.

¿Y si ya no quedaba nada de eso en ella?

¿Y si su alma ya se había ~~pudrido~~podrido del todo?

Tragué saliva. El fuego me ardía en el estómago.

Seguí caminando. Siempre hacia el este. Siempre detrás de su sombra.

Me volví una máquina de rastrear. De cazar. Me fijaba en las huellas, en los restos de fogatas, en el olor de la sangre. Cualquier indicio que pudiera decirme que había pasado por allí.

Una tarde, entre los árboles calcinados de un bosque muerto, encontré algo.

Un pañuelo. Viejo. Polvoriento. Pero el olor seguía ahí.

Canela. Metal. Fuego.

Ella.

Se me rompieron las piernas. Literalmente. Caí de rodillas. El puño apretado. Los dientes crujían entre sí de la rabia que me desgarraba por dentro.

Grité.

Un grito solo para ella. Solo para la bestia que amé.

Y juré, con el pañuelo apretado contra el pecho:

—Voy a encontrarte. Así me tenga que convertir en un monstruo peor que tú. Así me tenga que arrancar el alma por el camino. No me importa. Te juro, Bella, que no voy a parar.

Y el bosque me respondió con un silencio brutal. Como si incluso él supiera que algo irreversible estaba en marcha.

Yo ya no era un hombre.

Yo era un eco. Una sombra. Un cazador sin redención.

Y mi presa era fuego.

Capítulo 28.

(Dakota)

El humo era lo primero que vi.
Una columna densa, negra como la garganta de un mutante, se alzaba a lo lejos, rompiendo el cielo desvaído de la mañana. El aire olía a madera quemada, a grasa fundida, a hierro caliente… y algo más. Miedo. Muerte.

Apreté los dientes.

—No. No ahora —murmuré para mí mismo, empujando el acelerador de la vieja moto que apenas respondía. Las ruedas chirriaban sobre la tierra agrietada. Me comía el paisaje de frente como si pudiera ganarle al destino a fuerza de velocidad.

Pero ya lo sabía. Lo supe antes incluso de verlo.

Ella había estado allí.

La escena era un cuadro de guerra.

El convoy del campamento yacía desperdigado como si un huracán de acero hubiese barrido la tierra. Tres vehículos, o lo que quedaba de ellos, ardían a media llama. El aire estaba espeso de humo y ceniza. Un olor a aceite

quemado y carne abierta lo cubría todo, pegajoso como sangre coagulada en los dientes.

Los motores aún chisporroteaban.

Uno de los camiones estaba rajado por la mitad, como una fruta podrida que alguien hubiese reventado a puñetazos. El otro yacía de lado, con las ruedas girando al vacío. Trozos de los suministros estaban esparcidos por todas partes: cajas partidas, sacos abiertos, tabletas de medicamentos fundidas al calor del fuego. Una lluvia de cereal seco cubría el suelo como si alguien hubiese sembrado hambre.

Y luego estaban los cuerpos.

El primero que vi fue a uno de los chavales nuevos, apenas veinte años. Se llamaba Louis, o algo parecido. Tenía la garganta abierta en un tajo tan limpio que parecía quirúrgico. Los ojos seguían abiertos, fijos en el cielo, como si esperaran ver a alguien que no llegó nunca.

Unos pasos más allá, otro. Alguien mayor. La cara completamente destrozada contra el parabrisas. El cristal lo había cortado de lado a lado, y entre los trozos de su rostro podía verse la lengua colgando, amoratada. Lo habían empujado con

fuerza, eso era evidente. Como si alguien hubiese querido que el parabrisas lo tragara.

Seguí andando. Cada paso, un nudo más en el estómago.

Un cuerpo más. Y otro. Y otro.

Uno colgaba de una rama baja. Colgaba de los pies. Le habían arrancado las tripas y se las habían metido en la boca, como un maldito ritual. Tenía las manos atadas con cable de cobre. Las uñas arrancadas.

Otro tenía la cabeza hundida en el capó del todoterreno. Como si alguien la hubiese estampado contra el metal una y otra y otra vez hasta que no quedó más que un cráter sangriento y hueso pulverizado. En su espalda, escrito con un cuchillo: ‘’Impuro’’

La tierra estaba negra de sangre.

Había miembros esparcidos por aquí y allá. Un brazo aferrado aún a una pistola descargada. Un pie solo, cubierto de polvo. Una oreja sobre el salpicadero del camión, como si alguien la hubiese dejado allí de forma deliberada.

Fue una masacre.

No, fue más que eso. Fue un mensaje.

Me quedé quieto.

Escuchando.

Nada. Solo el crepitar de las llamas. Y un cuervo. Uno solo, posado sobre el cadáver de uno de los guardias. Le picoteaba el ojo con la tranquilidad de un mundo sin normas.

Y entonces lo oí.

Un gemido.

Me giré y corrí entre los restos.

—¡Roderic!

Estaba tirado junto a la rueda de repuesto, cubierto de sangre y tierra. Un cuchillo sobresalía de su costado. La empuñadura temblaba con cada respiración. Tenía los ojos medio cerrados, la cara amoratada, el hombro dislocado. Le habían reventado una rodilla. Pero seguía vivo.

Le puse la mano en el cuello. Pulso débil.

—¿Qué ha pasado?

Me miró. Una mueca se le torció en los labios.

—Ella.

—¿Bella?

Asintió.

—Fuimos a por suministros. Nadie lo vio venir. Ni los de arriba... ni yo. Apareció de

la nada. Se movía como un jodido espectro.

Tosió sangre.

—No hablaba. Solo… mataba. Como si cada cuerpo que caía le quitara peso de encima. Como si estuviera bailando en medio del caos. No fue solo ella. Había otros. Pero era ella la que guiaba.

Y entonces la vi.
En uno de los tablones astillados de la caja del convoy.

Tallada con precisión, como un símbolo de advertencia.
Una **espiral envuelta en llamas**.

Trazada con un cuchillo, irregular, violenta. Las líneas eran torpes, pero profundas. No era un símbolo cualquiera. Era suyo. Lo sabía. Lo sentía como una punzada bajo la piel.

Esa espiral era una declaración.
Una firma.
Un grito.
No era un adorno.

Era el inicio de una guerra.

Me acerqué, la toqué.
La madera me raspó la yema del dedo. Me quedé de pie frente a ella, inmóvil. El corazón apretado. Los puños cerrados como piedras.

—Estás tan cerca… —murmuré.
Y tan lejos.

Volví junto a Roderic.
Estaba desmayado, su cuerpo flácido, la boca abierta soltando estertores húmedos. Tenía la piel cenicienta, como si la muerte ya le hubiese pasado la mano por encima, tanteándolo.

Durante un segundo, solo lo miré.
Y juro por todo lo que alguna vez fui que quise dejarlo ahí.
Abandonarlo entre los cuerpos que había ayudado a llevar a la ruina.
Que se desangrara en silencio, como tantos otros que él nunca lamentó.

Pero no lo hice.

No porque mereciera otra oportunidad.
No porque quedara un gramo de respeto en mí hacia ese hombre.

En el camino de vuelta, la moto gruñía bajo el peso. Roderic apenas respiraba. El polvo se levantaba por detrás como una serpiente.
Y en mi mente… ella.
Siempre ella.

La Bella que reía con la boca llena de barro.
La que se peleaba conmigo por quién debía ser el primero en saltar un muro.
La que temblaba en mis brazos.

La que lloró después de matarme el alma en una celda húmeda.

Y ahora… la Bestia.

Una sombra que aparecía donde nadie la esperaba.
Que mataba como un relámpago.
Que no tenía dudas.
Solo rabia.

Pero lo más jodido no era eso.
Lo que más dolía…
…es que en el fondo, **la entendía**.

Y yo…

Yo ya no soy el hombre que una vez la sostuvo entre sus brazos para protegerla.

Ahora solo me queda correr tras ella.

Como un perro hambriento que quiere volver a morder el fuego que le quemó los colmillos.

Y si me destruye… que así sea.

Cuando cruzamos la entrada del campamento, nadie preguntó.

Solo miraron.
Los rostros se tensaron al ver a Roderic sangrando como un animal herido.

Yo no dije nada.
Lo dejé en el suelo, ante la enfermería, como quien arroja el cuerpo de un dios vencido.

Se lo llevaron sin hablarme.
Sabían que lo que yo traía no era un rescate.

Era un mensaje.

Subí a la colina donde una vez patrullamos juntos.

Esa noche, dormí bajo un árbol seco.

No encendí fuego. No quise hablar con nadie.

Solo tallé algo en la corteza.

Una espiral.
Igual que la suya.
Pero incompleta.
Como si le faltara el final.

Porque aún no había terminado.

Y yo no pensaba rendirme, *Ella* no se merecía tanto. Yo tampoco, pero si tenía que presenciar su auto destrucción, que así fuera. Sí tenía que salir más herido que nadie en todo esto, que así fuera. Sí tenía que ser su único soporte, por muy pesada que sea dicha carga, que así fuera. Sí tenía que llorar hasta quedar sin

existencias de lágrimas por las próximas diez décadas, que así fuera. Sí tenía que ser su guerrero, su protector, que así fuera. Y sí tenía que caer antes que *Ella... Que así fuera.*

Capítulo 29.

(Dakota)

La noche era un manto sin nombre.
Negra, espesa. Tan densa que parecía devorar la respiración.

Yo no sabía si era el último paso, si iba directo al final o a ella.

No había mapa. Solo huellas deshilachadas, rumores de fuego y muerte.
Caravanas saqueadas, marcas talladas en piedra: una espiral ardiendo.
Cada lugar que encontraba, cada superviviente que interrogaba con la voz ronca y el alma despedazada, hablaba de lo mismo:

—Una mujer con pelo rojo como sangre vieja. Silenciosa. Feroz.
—La llaman la Bestia.
—Dicen que arde por dentro. Y que no mira atrás.

Y yo lo supe. Cada vez.
Era ella.

No importaba cuántos kilómetros llevara en los pies.
No importaban las heridas que no cerraban.

Ella estaba allí, detrás de cada fuego, de cada cadáver.

Y yo la seguiría hasta mismísimo epicentro del infierno.

Fue en la vieja carretera 12 donde escuché por última vez el nombre.
Un anciano, escondido bajo un toldo roído, me miró con los ojos turbios.

—Los Radicales se han asentado más allá del bosque hendido… un almacén de hierro, rodeado de bestias. No se entra sin morir.

Y entré.

Cruzando el bosque, sorteando los restos de alambradas viejas, las marcas de lucha, los esqueletos de patrullas.
El silencio de esa tierra era como el filo de una daga.

Y entonces lo vi.

Una fortaleza improvisada, alzada a base de restos de contenedores, chatarra y metal ensangrentado.
Fogatas rodeaban el perímetro. Desde lo alto, figuras armadas observaban. No eran centinelas: eran depredadores.

Contuve la respiración. Esperé.

Y como si algo más grande que yo lo decidiera, la puerta chirrió. Una grieta.

Me deslicé como una sombra.
No me vieron. O no les importó.
Tal vez sabían que nada podía evitar lo que iba a ocurrir.

Me moví entre los suyos: tatuajes de fuego en los brazos, pieles curtidas, sangre aún húmeda en las botas.
Olfateaban batalla, sí, pero también obedecían.

Porque estaban bajo su mando.

La vi antes de oírla.

De espaldas.

Alta. Erguida. Rodeada por la luz del fuego.

Su cabello…
Había crecido. Largo, suelto, revuelto por el viento.
Una melena roja, indómita, como brasas agitadas por una tormenta.
No era el pelo de la Bella que conocí.
Era el de una mujer nacida para comandar incendios.

Vestía cuero negro. Cerrado hasta el cuello.
No se veía piel. No se veía debilidad.

Y sin embargo… yo la reconocí.

Aunque no enseñara la espiral que sé que se quemó en su espalda.
Aunque no se girara.
Era ella.

Bella.

O lo que quedaba de ella.

Y con solo verla… supe que no me quedaba nada más.

Me acerqué entre sombras.
Cada paso dolía. El corazón me rugía. El estómago me pedía que olvidara, que corriera. Que me rindiera.

Pero no podía.

- Bella, - murmuré.

Se tensó.
La gente dejó de moverse. El fuego saltó como si la oyera.
Y se giró.

Sus ojos que siempre me habían recordado a la miel, ahora estaban oscuros, salvajes, impenetrables.

Ella no reconoció mi voz. Me miró como si viera un fantasma. O un desastre.

—Dakota —dije, con suavidad, intentando calmar los acelerados latidos de mi corazón—. Soy yo.

Abrió la boca. Respiró lento.

Mandó callar a los guardias con un gesto.
Se giró completamente y dio un paso hacia mí.
La multitud retrocedió.
Y el silencio cayó como pesada losa.

Estaba a centímetros.
Olfateé su presencia: cuero, pólvora, metal sangriento.

—Bella —suplico, casi en un lamento—. Recuerda quién eres.

Ella se queda inmóvil.
Por un momento, el fuego que baila a su espalda parece más real que ella.
Los Radicales se tensan, pero nadie se mueve.
Solo su respiración. Solo ese silencio tenso que grita cosas que nadie se atreve a nombrar.

La reconozco en un parpadeo.
No por el rostro —que sigue tan fiero como el recuerdo—
sino por la grieta diminuta en su máscara.

Por la forma en que su mandíbula tiembla.
Por la forma en que su pecho se alza más

rápido de lo que su control quiere permitir.

—Ya lo hice —responde por fin, tan firme que el aire se tensa como cuerda estirada al límite—. Soy la Bestia.

Sus palabras son un cuchillo.
Y lo acepto.
Lo merezco.

Pero en sus ojos algo… se sacude.
No duda con el cuerpo.
Duda con el alma.

—No —digo con la voz rota, pero inquebrantable—. Tú no eras esto. No naciste de la sangre. Naciste de la rabia, sí, pero también del amor. De las cicatrices que compartimos. De la puta ternura que nos salvó cuando ya no creíamos en nada.

Ella aprieta los dientes.
La máscara cruje.
Y entonces, su mirada cambia.

Sutil. Dolorosa.
Un relámpago de algo viejo cruza sus pupilas.
Un recuerdo.
Una caricia.
Un nombre dicho entre dientes en mitad de una madrugada rota.

—¿Amor? —pregunta, y por un segundo su voz tiembla—. ¿Qué sabes tú de lo que el amor me hizo?

Y el mundo se desmorona un poco más.

—Sé que fuiste capaz de mirar a un mundo podrido y aun así creer en mí —respondo, un paso más cerca, apenas respirando—. Sé que, en mitad de la mierda, me elegiste.

Sus labios se entreabren.
No lo esperaba.
No quería oírlo.

—¿Y cuándo yo me rompí? —dice. Ahora su voz no es fuego. Es hielo quebrado—. ¿Dónde estabas? ¿Dónde estabas cuando me arrastraron al barro y tuve que convertirme en esto para no morir?

Su respiración es un espasmo.
Sus manos tiemblan.
Los Radicales no entienden lo que pasa.
Pero yo sí.
Porque fui parte del incendio.
Y parte del silencio que la dejó arder sola.

—No llegué a tiempo. Lo sé —confieso, con el alma hecha trizas—. Y lo he pagado cada día desde entonces. Pero estoy aquí. Y juro por todo lo que fuimos… que aún veo a Bella detrás de esa piel de Bestia.

Ella retrocede un centímetro. Solo uno.

Pero es suficiente.

Porque es duda.
Es grieta.
Es la verdad colándose entre los muros.

Sus ojos se empañan. Apenas. Pero lo hacen.

—¿Por qué ahora? —susurra. Su voz es la de una niña que ya no cree en nada, pero aún desea que alguien le diga que todo fue un mal sueño—. ¿Por qué me buscas ahora… cuando por fin he dejado de necesitarte?

Me acerco más. No la toco.
Pero la siento.
Su rabia. Su soledad. Su maldito corazón rugiendo como un animal encadenado.

—Porque yo… nunca dejé de necesitarte —respondo.

Y entonces, ella cierra los ojos.
Solo un instante.

Y cuando los abre… ya no son sólo los de la Bestia.
Son los de Bella.
Los de la chica que me miraba como si pudiera salvarse solo con mi abrazo.
Los de la mujer que mordía con furia y amaba con todo el pecho.

Y eso… la destruye.

Porque lo recuerda.
Todo.

Los amaneceres.
Las patrullas.
El primer beso con sabor a sangre.
Las risas.
El frío compartido.
La furia también.

Y me odia por devolvérselo todo de golpe.

—Márchate —susurra. Pero su voz se quiebra.

—No.

Ella se estremece.
El fuego cruje detrás.
La base parece contener la respiración.
Y yo me quedo ahí.
Mirándola.
Recordándole, sin palabras, que aún hay un lugar al que volver.
Aunque sea uno en ruinas.

Entonces, ella gira el rostro.
Se seca las lágrimas que no caen.

Y cuando habla, ya no grita.

—Entonces prepárate, Dakota… Porque cuando la Bestia arda del todo, tú también arderás con ella.

Y yo, sin miedo, respondo:

—Eso ya lo sabía.

Capítulo 30.

(Bella)

Habían pasado días de rastreo, semanas de preparación. Salvador me dio los mapas, los nombres, los accesos ocultos que usaba cuando aún comerciaba con los débiles. Me dio los hombres, las armas, las bombas incendiarias. Pero el fuego lo puse yo.

Cúatin…
Ese nombre me pesaba como una cicatriz no cerrada. Había sido hogar, celda, jaula, cuna, infierno. Y ahora sería escombro.

Al llegar con los Radicales desde las colinas del este, vi las murallas deformadas, parcheadas a desgana. El campamento que una vez fue refugio se sostenía como una mentira vieja: tambaleante, cansada. Las fogatas parpadeaban débiles; las patrullas parecían rutinarias. Ya no esperaban que la Bestia regresara. Pensaban que me había olvidado.

Ignoraban que llevaba su nombre tatuado bajo la piel.
Ignoraban que una bestia no olvida.

Nos deslizamos con la noche. Entramos por la vieja acequia que bordeaba el muro

sur, el mismo pasaje que usé tantas veces para escapar a respirar cuando aún creía que quería quedarme. Allí, Salvador colocó a su gente, listos para prender las reservas con gasolina, fuego y caos.

Yo entré por la puerta de los muertos, el barracón de cuarentena, desbordado ahora de enfermos que nadie curaba. Abrí la compuerta, dejé que los Radicales salpicaran las paredes con líquido inflamable, y lancé la primera cerilla.

El infierno empezó allí.
Cúatin ardió desde sus entrañas, como si la tierra lo escupiera por fin.

Gritos.
Luces.
Explosiones.

Los primeros en caer fueron los vigías del oeste. Luego, los depósitos. Las llamas se alzaron como torres furiosas. La gente corría, buscaba agua, buscaba a sus hijos, buscaba respuestas. Yo avancé entre las sombras, envuelta en mi abrigo negro, los ojos ardiendo, el machete envainado aún, como una promesa que se afila en el corazón.

Vi a Mafi en la torre central. Su pelo trenzado seguía igual. Gritaba órdenes a los suyos, sin saber que las voces que la obedecían ya no eran las mismas. Algunos Radicales se le habían infiltrado. La vi

resistirse. Luchó. Golpeó a tres. Cayó al cuarto.

No lo impidieron.
Yo no lo impedí.

Vi la sangre que le corría por la boca.
Vi cómo me miraba desde el suelo, sin reconocerme.
Pero antes de cerrar los ojos, sí que lo hizo.

—Bella… —dijo, con esa voz rota que me hizo sentir otra vez humana.

Quise correr.
Quise gritarle que no lo había querido así.
Pero ya era tarde.
La bestia no llora.

Me giré.

Ángel también estaba allí. No en el frente, sino protegiendo a un grupo de niños y ancianos que intentaban huir. Lo vi cargar a una mujer en brazos, cruzar entre las llamas, cubrirla con su propio cuerpo. Lo vi pelear sin arma, solo con una barra de hierro oxidada.
Y lo vi mirarme, sin juicio, sin reproche.
Solo con tristeza.

No me detuve.
Apreté los dientes.
Seguí adelante.

Porque había algo aún pendiente.

Roderic.

Aquel hombre que me encerró, me negó, me despojó.
Aquel que me quiso utilizar como un emblema para su causa marchita.

El alba se extendía como un sudario de ceniza sobre Cúatin, mi antiguo hogar. Los restos de las tiendas y barricadas, ahora derruidas, conformaban un laberinto de memorias y cenizas. El aire crujía con el dolor de lo que había sido y lo que jamás volvería a ser.

Yo aparezco cubierta de polvo y hollín, portando un machete aún goteante. El incendio nocturno había consumido gran parte del campamento, levantando columnas de humo que se elevaban como fantasmas al cielo. El fuego crepitaba detrás de mí, trazando cometas de luz en la oscuridad.

Ante mí, Roderic yacía de rodillas frente a lo que quedaba de su trono improvisado, con una camisa manchada en llamas y las manos temblorosas. Me lo había encontrado en el centro de la plaza, rodeado de soldados que retrocedían al verme, con miedo o respeto. No lo sabía todavía.

Mis pasos retumbaban en la tierra agrietada. Cada uno dejaba una marca hiriente, como si pisara mi propio corazón. Sentí la mirada de Salvador en mi nuca, pero fue el ruido de una cabecera al romperse lo que me dio cuenta de que aquel último acto era mío.

Roderic levantó los ojos cuando me planté ante él. Sus rasgos estaban despellejados por el miedo, por el engaño; en su mirada había rabia, tristeza, súplica. La luz del fuego lo convertía en un ser hecho de sombras.

—Bella… —musitó con los labios resecos.

No hice nada. El silencio lo devoró.
Y en ese silencio, concentré todo lo que me quedaba.
Rencor, pérdida, dolor y un amor que intentaba rescatarme de mí misma.

Cuando al fin levanté el machete, no era solo metal lo que alzaba. Era todo lo que me dolía. Todo lo que se había podrido en mi pecho. Cada palabra no dicha, cada herida que no sangró a tiempo. El peso del filo era el mismo que me había sostenido en silencio cuando me arrastraron encadenada por el suelo de Cúatin. El mismo que me contuve de usar cuando lloraba por dentro y nadie me escuchaba.

El viento ardía. La ceniza me nublaba la vista. Pero no era ciega.

Frente a mí, Roderic sangraba por la comisura de la boca, aferrado aún a su arrogancia vencida.
—Tú eras diferente —musitó con desprecio quebrado.

Eso fue todo.
Eso encendió el fósforo que quedaba.

El mundo se distorsionó. El aire se espesó. Todo se tornó sonido apagado, como bajo el agua, mientras una imagen se imponía a la realidad: la Bella rota en la celda, desnuda de esperanza, las manos temblando por la rabia contenida, la boca mordida para no gritar. La Bella que pedía ayuda con los ojos mientras Roderic la enterraba con silencios.

Vi el fantasma de lo que fui.

Y entonces, corté.

El machete descendió como si el universo me empujara el brazo.

El filo rozó su vientre. Una línea limpia, perfecta, casi hermosa, como una firma sobre papel mojado en sangre.
El sonido fue sordo. Un gemido que no era humano.
El gemido de un dios menor que comprende, al fin, que ha sido derrotado por una criatura que ayudó a crear.

Roderic cayó de rodillas.
Me miró con los ojos abiertos, asombrado.
Pero en su rostro no hubo miedo.
Solo decepción.
Como si yo le hubiera fallado al convertirme en lo que él forjó con su violencia.

Y fue eso, justo eso, lo que más me dolió.
No la sangre.
No el corte.
Sino su tristeza.
Su incomprensión.

Como si nunca hubiera entendido que una mujer no se moldea como arcilla: se despierta como un terremoto.

La furia me explotó por dentro. Un rugido ancestral, puro.
No de rabia, no de venganza.
Sino de justicia.

Me incliné hacia él. El machete aún humeaba.

—Por todo —gruñí con voz rota, como un cántico sagrado.

Y volví a levantarlo.
Y esta vez, no hubo piedad.

El silencio tras la muerte de Roderic fue más ruidoso que cualquier grito.

El campamento de Cúatin, en otros tiempos, refugio, ahora ruinas y ecos.

El fuego devoraba los tejados, los pasillos, los pasados. Algunos corrían, otros se arrodillaban. Había quienes rezaban sin saber a qué dios, porque hasta los dioses parecían haber huido.

Yo me quedé de pie ante el cuerpo aún caliente de Roderic, con el machete colgando en la mano, chorreando sangre, sudor y decisión.

Porque en ese momento, todo el mundo era distancia.
Todo menos una sola cosa: el crujido de pasos tras de mí.

No necesitaba girarme. Sabía que era Salvador.

—Has terminado lo que yo empecé —dijo, la voz baja, como si no quisiera espantar la gravedad del momento—. Lo hiciste tuyo. No hay vuelta atrás.

Asentí con la cabeza. No podía hablar. Tenía la garganta cerrada y seca.

—Los nuestros ya limpian los restos. Este lugar no tardará en arder por completo. Hizo una pausa.— —Es tuyo, Bella —dijo, con voz solemne—. Lo que queda. Lo que arde. Todo. El liderazgo es tuyo.

Lo miré. Miré al grupo reunido tras él. Guerreros. Asesinos. Supervivientes. Me adoraban. Me temían. **Era su símbolo.**

Pero no miré al trono improvisado que habían alzado sobre una pila de chatarra.

Lo vi a él.

Dakota.

Apoyado en la entrada del refugio, la camisa desgarrada, una herida abierta en el costado que manchaba su piel como una flor marchita. Había llegado. Tarde. Siempre llegaba tarde. Pero siempre llegaba.

Nuestros ojos se encontraron. Y todo se detuvo.

—No me iré —dijo. Su voz era apenas un susurro, pero me golpeó como una tormenta—. No importa cuántas veces me empujes. No me iré.

No respondí.

El fuego crepitaba a mi espalda, devorando lo que una vez fue hogar. Las llamas dibujaban sombras que bailaban a mis pies. Podía sentir el calor en la piel, como un recordatorio de todo lo que había quemado para llegar hasta aquí.

Mis ojos brillaban con duda. Y, por primera vez, con miedo.

¿Y si no sabía cómo volver a amar?

¿Y si ya no sabía cómo vivir sin rabia?

¿Y si el fuego me había consumido del todo?

Di un paso hacia él. Luego otro. Mis pies pesaban como si arrastraran cada muerte, cada decisión, cada noche sin dormir.

Cuando estuve frente a Dakota, solo nos separaban unos centímetros.

—¿Por qué has venido…?

—Porque te amo. Porque, aunque ya no seas Bella, yo aún soy Dakota. Y mi sitio está contigo, aunque me odies, aunque me quemes. Aunque no quede nada de mí.

Me temblaron las manos. Las escondí tras la espalda.

—No sé si puedo volver.

—No quiero que vuelvas —susurró—. Quiero que seas **lo que eres ahora**. Pero quiero estar contigo cuando ardas.

Y ahí, en medio de la destrucción, entre la muerte y la ceniza, supe que **él era el único hogar que alguna vez tuve**.

—Entonces quémate conmigo.

Me lancé a él, mis manos buscando las suyas, mi cuerpo buscando el suyo. Y en ese abrazo, todo lo que había intentado huir se desmoronó. Ya no importaba si la Bestia me había consumido, si mi alma estaba rota. Lo único que importaba era que él estaba allí, y que, por una vez, podía ser solo Bella. Y él sonrió. Una sonrisa rota, cansada, pero real.

Detrás de nosotros, el fuego seguía ardiendo. Pero por primera vez, **no me quemaba.**

Era mío.

Yo era el fuego.

Y Dakota, el único que había sabido amarlo sin tratar de apagarlo.